

MORIR POR LA CIMA

Carlos Suárez



Prólogo de Leo Houlding



La montaña es un terreno donde el hombre se enfrenta a sí mismo y el éxito no se mide sólo por el número de cimas alcanzadas.

Morir por la cima narra un descubrimiento personal del alpinismo, una etapa apasionante relatada en primera persona por Carlos Suárez, quien se considera tan atrapado por su lado más racional como para realizar grandes aventuras. Sin embargo, arriesga su vida escalando en solitario o a través del salto BASE, buscando en su interior difíciles respuestas.

Carlos se propone, principalmente, el estudio del riesgo inherente al enfrentamiento con cada montaña. Cuenta experiencias compartidas con algunos de los mejores escaladores del mundo, nombres ineludibles en el ámbito de la escalada. Y paralelamente, describe una forma de ver el desarrollo profesional del mundo de la montaña, desde una premisa romántica, a la consecuencia que hoy medra en un clima mercantil.



Carlos Suárez

Morir por la cima

ePub r1.0

akilino 05.02.14

Título original: *Morir por la cima*
Carlos Suárez, 2011

Editor digital: akilino
Segundo editor: JeSsE
Corrección de erratas: Matt
ePub base r1.0



*En las montañas, como en cualquier otro lugar,
ocurre siempre lo inesperado.*

*Un momento de olvido en un lugar fácil, un descuido,
una mirada distraída, he ahí los autores
habituales del desastre... La principal fuente
de peligro es esta necesidad de atención
permanente, la invariable prontitud
con la cual el hielo, la nieve y la roca castigan
sin piedad un momento de olvido, o la más
ligera negligencia...*

Albert Frederick Mummery (1855-1895)

Prólogo

Por Leo Houlding

La escalada es muchas cosas para mucha gente. Para algunos es simplemente un deporte, una manera de mantenerse en forma y soltar un poco de energía. Para otros es una actividad social, una manera de hacer nuevos amigos y compartir experiencias profundas con los antiguos. Para algunos otros es puro escapismo, una forma de alejarse de la ordenada normalidad de la vida cotidiana y buscar la estimulación de la aventura vertical. Pero para algunos de nosotros es todo esto y mucho más.

Es una forma de vida, una razón de ser, una obsesión. Define cómo nos vemos a nosotros mismos y cómo vemos a los demás y al mundo que nos rodea. Construimos nuestras vidas en torno a la búsqueda de movimientos cada vez más desesperados, piedras más exóticas y cumbres más difíciles de alcanzar.

La escalada es nuestro idioma. Influye en todo: las personas a las que conocemos, adonde vamos y qué hacemos. Nos lleva a los más salvajes, recónditos y bellos paisajes de la Tierra, donde buscamos las aventuras más extremas y comprometedoras. En estos periodos de excepcional esfuerzo se forjan las amistades más fuertes. Compartimos el sufrimiento y la euforia, la adrenalina, el cansancio y una intensidad en las experiencias que no se obtiene en la vida cotidiana.

Carlos y yo hemos tenido la suerte de compartir algunas de estas experiencias intensas y a través de ellas hemos forjado una gran amistad. Nos conocimos gracias a la escalada y nos acercamos más por el amor mutuo de saltar desde paredes: el salto BASE.

En la escala de toda una vida hemos pasado pocos días en compañía del otro, pero la intensidad de las horas en esos días ha fabricado recuerdos que durarán hasta la tumba. Como un día en Riglos, en la primavera de 2009. Combinamos escalada de velocidad y salto BASE en las dos grandes torres, La Visera (270 metros) y El Pisón (300 metros), en 2 horas y 37 minutos extremos. Por lo general, lleva alrededor de 4 horas subir cada ruta y la mayoría de la gente baja caminando. O, unos meses más tarde, lo que fue el primer día de nuestra expedición al monte Asgard, en la isla de Baffin (en el noreste de Canadá). En un avión Dakota DC3 a cientos de kilómetros de cualquier lugar, cuando tiramos nuestro equipo por el aire y luego saltamos del avión en el desierto ártico para iniciar la aventura de una vida. Congeladoras tormentas polares, cruce de ríos letales, desprendimientos infernales de morrena y caída de rocas del tamaño de casas fueron sólo algunos de los peligros que se interponían entre nosotros y nuestro objetivo de ser los primeros en trepar y saltar BASE desde el poderoso monte Asgard.

El peligro es inherente a estos juegos. Las consecuencias de que las cosas salgan mal superan con creces a las recompensas cuando todo sale bien. ¿Por qué sentimos el impulso de hacer estas locuras? ¿Qué es eso que posee a personas inteligentes y les hace jugar con apuestas tan altas? ¿Por qué estamos dispuestos a arriesgarlo todo por una cumbre arbitraria? ¿Dónde terminará todo

esto?

En este libro, Carlos intenta meterse tras la bravuconería de la aventura y discutir la filosofía de estas difíciles preguntas, abierta y honestamente, con el objetivo de llegar al núcleo de lo que es, de lo que nos hace estar dispuestos a ¿morir por la cima?

Presentación

Por Rafa Doménech

En el camino (el título no es casual)

La mejor definición de Carlos (Carlitos para sus viejos amigos) la dio Alfonso Vizán, el alpinista más valiente y con mejor pluma que yo he conocido: ... y luego está Carlitos, que en realidad no es humano, pues es el hijo del dios de los vientos, y por eso va por ahí ligero, provocando al pasar el revoloteo de sus fans. «El alpinista secreto» (*Revista Peñalara* 454, 2º trimestre de 1990).

Cada día me interesan más las montañas y menos los montañeros, a lo que no es ajena la pedantería reinante en una gran mayoría de los llamados alpinistas mediáticos que hacen continuo, inoportuno y vano alarde de sus méritos, ténganlos o no. Se trata, en mi modesta pero libre opinión, de personas interesadas.

En el otro lado se encuentran las personas interesantes, y de vida auténticamente novelesca, como aquel niño que se escapaba del colegio interno, se subía a dormir a un monte y terminaba en una comisaría; que fue compañero de cordada de Alfonso Vizán y que con 17 y 18 años, recién cumplidos, escaló en solitario el Pilar Bonatti y el Espolón Walker. Son los que a mí me interesan, como Carlitos Suárez.

Mi presentación podría haberse dado por terminada, pero tendría, al menos, un defecto, cual sería quedarse en la exposición de Carlos Suárez antes de llegar a la veintena y hoy, mentira nos parece a quienes le vimos llegar a Peñalara, está próximo a convertirse en cuarentón.

Felizmente, pues la desgracia hubiera sido no llegar, como les ha ocurrido a compañeros del alma. Compañero del alma, compañero. (*Elegía a Ramón Sijé*. Miguel Hernández).

Durante los últimos años, dedicados en parte al estudio teórico, universitario y práctico, a través de sus continuos viajes por el mundo, de la Sociología y las Humanidades, Carlos ha cambiado y se está haciendo mayor, pero sin dejar de ser quien era, pues sus ojos conservan el mismo brillo inocente que tenían cuando le conocí en 1986. Sus amigos de entonces seguimos siendo sus amigos, y los más recientes, pues su nómina de amigos, como es lógico, se enriquece con el paso del tiempo, aprecian en «Carlos» las mismas virtudes que, en los viejos tiempos, descubrimos otros «Carlos, me enorgullece ver cómo te desenvuelves en la montaña, y no sólo en la pared, sino tu trato con los montañeros, veo que te has ganado el respeto y la admiración». (Darío Barrio, 14 de agosto de 2011).

Tuvo razón Darío Rodríguez cuando, en 1989, escribió que «... está muy claro que Carlos Suárez representa para muchos de nosotros la gran esperanza del alpinismo español» («filosofía de por vida». *Revista Desnivel*, 59).

1. La libertad de la montaña

Todavía no había aparecido el sol y el frío de la cumbre ya me había dejado atenazado, casi inmóvil. Sentado y observando el paisaje al amanecer pude entender que quien arriesga a buscar aventuras las encuentra y que éstas no tienen por qué ser divertidas; tienen que ver más con los vaivenes de una vida ligada a la pasión, donde se atraviesan caminos tan repletos de sufrimiento como de alegrías...

Para mí, todo empezó con trece años, cuando dormí por primera vez en la cima de una montaña, el pico Abantos en la serranía de Madrid. Hasta entonces tan sólo puedo recordar vagamente, quizá porque la importancia de esos años quedó relegada por lo que vendría después.

Mi padre fue una persona bien relacionada, gallego, nieto de conde, educado en Inglaterra, ingeniero y gran aficionado al deporte (jugó al golf con algunas de las personalidades más influyentes de España). Mi madre, en cambio, se crio con las monjas, pues mi abuela tuvo que emigrar a Alemania, como muchos españoles después de la guerra, y tuvo que dejar a sus dos hijos a cargo del destino. De mi abuela sólo recuerdo algunos de sus postreros días, con su último ligue en la residencia, diciendo que se había buscado a un pelmazo, pero que se lo pasaba bien. Me acuerdo de su sonrisa y parece que sólo por eso mereció la pena conocerla.

La familia y el tiempo en el que uno vive es clave para el desarrollo personal, eso es seguro, aunque no adivino a pensar el nivel de influencia que ello puede provocar en decisiones futuras.

La posguerra que debió vivir mi abuela me la imagino muy dura, como cualquiera podría pensar, por lo que no es nada comparable a la época que a mí me ha tocado vivir: la transición a la democracia. Una etapa mucho más benigna en todos los sentidos. La primera etapa de la dictadura fue una época de hambre, de miseria, donde el burgués era menos burgués y el pobre, un mero superviviente. La democracia, ya consolidada, no ha hecho más que, entre otras cosas, aportar y crear diferentes trabajos o formas de vivir.

Jamás podría contar ahora lo mismo que en épocas pasadas. El hecho de tener unos ejemplos familiares tan opuestos y tan cercanos a la vez me ha dado una manera de ver casi todo con cierta distancia, desde los años de la adolescencia hasta los actuales. Evocando a Ortega y Gasset, yo soy, y lo creo así, la consecuencia de un tiempo concreto con una circunstancia concreta. Y, por ello, creo que hay algo que se escapa al alcance de nuestro pensamiento por mucho que queramos manejar nuestro destino. Está claro que ni toda la gente vive igual ni se tienen las mismas oportunidades desde que se nace. Y no dudo de que en la vida todo el mundo se las tiene que ver con su condición: unos con lo que tienen y lo que pueden, y otros con lo que no tienen.

La cuestión es que mi madre no me podía criar sola y, por eso, pasé la mayor parte del tiempo en internados o en casa con mi madre y la asistenta, que se encargaba que ya desde pequeño estuviera algo controlado. Mi padre se ocupó de su otra familia, y yo, por suerte, fui a estudiar a alguno de los mejores colegios de Madrid.

Sin lugar a dudas, el mejor recuerdo que tengo de mi adolescencia fue en el monasterio de El Escorial. Allí se respiraba el aire que respiraron grandes reyes, la historia de todo lo imperecedero, la grandiosidad de una de las maravillas de la Tierra. Estaba interno y, cuando

llegaba el fin de semana, recuerdo que no quería encontrarme con la disciplina de mi madre. Y allí, en el bosquecillo donde antaño debieron de jugar príncipes y plebeyos, mis amigos y yo siempre estábamos en la cima de algún árbol. Lo importante no era estar en unas buenas ramas; sino alcanzar el lugar más alto posible, donde comienza el movimiento... Eso lo aprendí de uno de mis amiguetes, que era un peso pluma, alguien como yo con necesidades extraescolares. Yo sentía una atracción total por todo lo que fuera trepar a los árboles y no bajar de allí. Parece el comienzo del libro *El barón rampante*, donde su protagonista decide subirse a las copas de los árboles y no bajar jamás. Con eso, Italo Calvino intenta explicar que la indisciplina sólo se hace respetable cuando se asume con todas las consecuencias, principios por los que ya desde muy joven yo sentía una cierta atracción. Pero la literatura es una cosa y la vida otra diferente, y yo quería tener ideales de hombre salvaje, como el del chico que se sube a un árbol con un cuchillo y se hace una cabaña. No sé si es uno de los típicos ideales de un adolescente pero, en cualquier caso, en mí resurgía muchas veces como si fueran grandes deseos de independencia.

Por alguna razón, mi vida giraba en torno a la influencia de algunos de los peores compañeros de clase que se puedan tener; una influencia que me buscaba yo solito, pues la típica educación de un chico normal me parecía sosa y aburrida. Debe de ser que, en el fondo, uno siempre acaba buscando compañeros de su estirpe. A mí siempre me pareció que alguien que destacaba por alguna cosa era alguien interesante. Pero en esto se puede uno confundir (lo mismo que las apariencias engañan), aunque no puedo negar que también guardaba un gran respeto por algunos de los chicos más educados. Había uno con el que yo me juntaba y que me sorprendía por su extremada limpieza bucal a una edad en la que uno siempre sale corriendo cuando ve llegar cualquier cosa parecida al jabón. Aquel chico siempre se lavaba los dientes después de cada comida y me llamaba la atención por su sencillez y aparente soledad. Era un sobrino del Rey, aunque yo no lo supe hasta mucho tiempo después. En cualquier caso, no fue con él con quien me pude escapar el fin de semana a la montaña.

A los trece años uno puede ser un tierno adolescente o un chico muy espabiladillo. Yo era de estos últimos, así que pude liar a otro amigo de Madrid, un poco más influenciado que yo, para vivir nuestra primera aventura en la montaña. En realidad, nos escapamos con la fuerza con la se puede escapar un niño, sin pensamientos de futuro que puedan ahuyentar los sueños o frenar el presente. Yo, desde luego, no me planteaba ni por un momento volver a mi casa, pues la bronca que me esperaba por parte de mi madre iba a ser monumental; ni por un segundo me planteaba la posibilidad de que mi madre decayera en su carácter por un instante.

Y con esa actitud de rebeldía sin sentido, mi amigo y yo cogimos lo que pudimos y salimos en los trenes azules de cercanías que te llevaban a la sierra de Madrid. Destino: el monasterio de El Escorial. Con la información de la que disponía, todo giraba cercano a lo más alto que podía contemplar. Mi intención se convirtió en un objetivo concreto: dirigirme a la cima del monte Abantos, que sólo podía ver desde la lonja del monasterio en mis días de clase en el colegio.

Se podría decir que me convertí en un jefe de la cordada con miras un tanto inocuas. En realidad, lo único que contemplaba en mi cabeza era imitar la imagen de un hombre sentado en la cima para reflexionar. Y lo conseguí. Lo que necesitaba era simplificar los pensamientos

trasladando mi cuerpo al lugar idílico que representa la cima de una montaña. No sabía por entonces lo que eso significaba: una enorme inquietud que necesitaba poner en práctica en cualquier tipo de terreno. Pero la montaña estaba allí enfrente del monasterio como algo prehistórico y como una especie de indicativo de lo que vendría después. La verdadera cima no era lo que se veía, formaba parte de una larga loma que llevaba a la cima principal. Había que llegar a esa primera cima en cualquier caso, buscando el único objetivo de lo que parecía el punto más alto. En ese montículo cerrando una arista se encontraba una especie de caseta construida en piedra.

La verdadera cima no se alcanza nunca, pero lo entendí años más tarde a través de la experiencia. Para comer, subimos algo de pan y embutido en bolsas que, a su vez, llevábamos en otra bolsa de deportes a modo de mochila. Como es de suponer, parecíamos montañeros de lo más aguerridos. La caminata surgía por donde nos llevaba la intuición porque no sabíamos que, normalmente, hay un camino que te lleva a los sitios, algo que a mí me sorprendió en mis futuras excursiones, y tuvimos que retroceder en el bosque para encontrar el camino, igual que en un glaciar rodeados por las grietas. Una vez que llegamos a una especie de cima muy escarpada, con la vista puesta en el pueblo, pudimos contemplar que era una cima secundaria, con una vista y una posición de privilegio que nunca hubiera podido imaginar. Allí nos quedamos.

Me gustaba imaginar la imagen de alguien pequeño que se transporta desde el mundo de allí abajo para entender qué es lo que quería hacer y adónde quería llegar. Una forma más de simplificar lo que te rodea. Sencillamente, necesitaba buscar una paz que no tenía; probablemente era la libertad, mi libertad, y respondía a una curiosidad que no conocía y que no cesaría jamás.

De alguna forma comenzaba la verdadera aventura de mi vida. No sin antes preparar lo que iba a ser mi primer vivac a la intemperie.

Era verano, un clásico verano seco y caluroso en Madrid. En la sierra era otra cosa. Quizá si hubiese sido invierno no me habría escapado, quizá no habría conocido la montaña. Pero allí estábamos por algún discernimiento que sólo el destino conoce. Cayó el sol detrás de la montaña. Todavía podíamos ver las últimas luces naranjas que antecedían el cambio de temperatura. Preparamos el vivac con unas mantas y las bolsas a modo de cama. Yo ni sabía que existían las clásicas esterillas de montañero. Caí en un sueño profundo hasta que poco a poco el frío de la noche fue abrazándome con su fuerza. La helada terminó por despertarme a altas horas de la madrugada. El frío se calaba por todos lados, uno de esos fríos que no te dejan estar relajado y que retuercen tu cuerpo en mil posturas, casi siempre en forma de cuatro o bola. Con los futuros viajes comprobé que esa sensación es igual en cualquier montaña e, incluso, con algunos de los materiales más sofisticados. En ocasiones duermes unas horas por el cansancio y cuando empiezan las piernas a despertarse es justo el momento del amanecer. Sólo en la Patagonia me ocurrió que antes de que cayera el sol ya estuviese totalmente congelado...

El frío intenso hace que no pienses bien y que todas tus ilusiones se vengán abajo en cuestión de minutos. Amanecemos en lo alto del monte Abantos con el único pensamiento de comer algo caliente y bajar al pueblo cuanto antes. Con la cara entumecida por la mala noche, yo no quería ni moverme, justo todo lo contrario a lo que hay que hacer en estos casos, pues unos pequeños

movimientos aceleran la circulación y hacen que todo se pueda ver con otra perspectiva. Fue en ese instante cuando vi a un cura cerca de la cima deambulando con unas cuerdas y mosquetones. Venía sudando por la caminata que llevaba encima. Por mi bien sólo esperaba que no fuera uno de los profesores del monasterio. Disipada mi duda, me acerqué y pude ver de cerca cómo organizaba una especie de rápel a la antigua, rodeándole el cuerpo con la sotana y todo. Había que creer en algo realmente espiritual para pensar que allí no iba a pasar nada. Gracias al cura, pude ver cómo era aquello de la escalada, que existía y que parecía atraerme.

Si no hubiera sido por el duro frío de aquella mañana que me retuvo un rato tratándome de abrigo y la experiencia esotérica con el cura cerca de la cima escarpada, probablemente habría vuelto sin saber que se podía escalar en las montañas.

Volvimos a la complicada existencia de allí abajo, al árido calor de la ciudad, con su contaminación y ambiente de pelea. Volvimos al tren azul camino de Madrid. El ajetreo en la calle era poco divertido cuando no tienes un lugar donde volver, yo quería llegar hasta el final de algo ya que estaba fugado, pero duró pocas horas más. Fue en una especie de comedor público al que me llevó un vagabundo que conocí en la calle... y allí mismo acabó mi aventura. En la puerta del edificio esperaban dos policías que le preguntaron al vagabundo por mí, a lo que este respondió: «No le conozco de nada». Para un chico de catorce años aquello era cuanto menos sorprendente, pues no dejaba de ser un nuevo amigo que me había echado. Ya en comisaría esperaba la gran bronca de mi madre. Las madres lo soportan todo, pero eso uno no lo sabe a los catorce años. Yo sólo esperaba que el tiempo me resarciera de aquello. A esa edad uno no espera que todo lo bueno de una madre vaya a aflorar en su carrera tarde o temprano.

A los pocos días me enfrentaba en casa con mi vida normal. Aburrido una tarde de domingo, apareció una imagen en la televisión que aún recuerdo. Era una escena de escalada del recién estrenado programa *Al filo de lo imposible*. Puse tanta ilusión por verlo que mi madre accedió a dejarme ver el documental y eso que mis privilegios en casa debían estar bastante restringidos a juzgar por el carácter de mi madre. El documental me enganchó desde el primer momento por la aventura que acababa de vivir y por las pintas de los personajes. Me llamaban la atención las mallas de colores, los pañuelos en la cabeza y lo vertical del paredón que se veía. Eso me gustaba. Los protagonistas de aquel documental eran Miriam García y Félix de Pablo escalando la vía Zarautra al Gallinero, en Ordesa. Los dos murieron en la montaña: Félix en el Aconcagua, unos meses después de la emisión de aquel programa, y Miriam en la India, a los pocos años. A ninguno de los dos los conocí en persona, una anécdota relevante teniendo en cuenta que con los años tendría la gran suerte de llegar a convivir con mucha gente y especialmente con algunos de los mejores escaladores del mundo.

Eran los primeros días de noviembre de 1986, gobernaba Felipe González y, a menos que en casa se tuviera un sentido de la cultura política muy desarrollado, importaba poco más que el bienestar económico. Todo el mundo había votado un tiempo atrás a Felipe González, y a mí me llegó la fiebre contagiosa de los nuevos tiempos. Sin saber si había democracia o no, cualquier chico de mi edad podía vislumbrar los tiempos de un momento reformador plagado de libertad. La escalada no escapaba a ello y vivía a escala internacional su gran revolución, la escalada libre.

Yo todavía no sabía de esta transformación en las paredes, pero tardaría poco en enterarme. Para un chico de catorce años, la revolución consistía en escuchar música derivada de la Movida madrileña, y yo me fui a los extremos: Loquillo y los Trogloditas, Radio Futura, Alaska y los Pegamoides, pero también la Polla Record, Sex Pistols y los Clash. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que paralelamente a los tiempos de bonanza se vivía una vida marginal, vestigio de un tiempo de mayor escasez, donde las drogas, y especialmente la heroína, se encontraban todavía por los parques públicos.

A los pocos días de ver el reportaje que marcó mis comienzos en la escalada, me tocó acompañar a mi madre a visitar a un abogado. En realidad, era un amigo de mi madre que solía llevarle temas de papeleo. Nada más entrar al despacho me encontré de frente con un hombre de traje y corbata. Se llamaba Rafa Doménech, un aficionado a la escalada que cambiaría mi vida. Lo primero que me preguntó fue si yo era un poco chulo. Yo siempre he pensado que era una artimaña para debilitar al contrincante, como una especie de puño rápido al estilo Muhamed Alí, para advertir... Algo así como «aquí estoy yo y me vas a escuchar». En su empeño por echarme un rapapolvo teledirigido por mi madre en la sombra, yo no paraba de asentir a un tipo que ni me iba ni me venía y que estaba lejos de mi marejada interior. Eso hasta que llegó la pregunta que marcaría un antes y un después en mi trayectoria: «Y a ti, ¿no te gusta hacer algún tipo de deporte?», mientras añadía que pensaba que era un buen cauce en la educación integral de un joven para que se apartara de un futuro incierto o marginal. Yo le respondí sin dudar: «A mí me atrae eso de la escalada». Su nerviosismo era de tal calibre que no alcanzaba a preguntar con la coherencia de un buen abogado: «Pero tú... ¿has escalado alguna vez?». También me contó su historial al frente de un club de montaña, la Real Sociedad de Alpinismo Peñalara, del que se haría presidente en un breve espacio de tiempo. Creo que aprovechando la coyuntura llamó a algunos de los mejores escaladores madrileños del momento, como Fernando Cobo, para darme un curso. Y todo eso mientras tenía convencida a mi madre de las virtudes de una vida saludable en la montaña, a la luz del sol y las estrellas. La casualidad hizo que aquel abogado con pinta de abogado fuera escalador y me organizase un cursillo para ese mismo fin de semana. Al despacho pasó un personaje que sería clave en la historia del alpinismo español al ser el primero en subir a las cimas más altas de todos los continentes. Se llamaba Ramón Portilla. Apareció con unos vaqueros, camiseta y una melena rubia. Estaba en todo su apogeo, fuerte y cerca de los treinta. Éste sí que parecía más aledaño a mi revoltosa vida adolescente. Su primera motivación al pasar por el despacho era la de llevar a un chico rebelde a la montaña, pues aquello de los cursillos tampoco era lo suyo, ya que entonces empezaba a trabajar con el programa *Al filo de lo imposible*. Lo primero que hizo nada más entrar al vestíbulo fue llevarme a solas a la sala de espera para preguntarme si fumaba porros... Una forma de examinar al nuevo pieza como otra cualquiera.

Fue de camino a plaza de Castilla, al norte de Madrid, cuando mi madre me planteó la posibilidad de ser monitor de escalada, si eso me gustaba. Nunca más me animó a ello y, sin embargo, aprobó la realización de aquel cursillo, que fue mi primer encuentro real con la escalada.

Ese mismo sábado quedamos en la parada de los autobuses de plaza de Castilla que te llevaban a la Pedriza, punto de encuentro de muchos montañeros. Yo llevaba un mochilón, saco de dormir,

arnés y pies de gato. Ese material que a mí me compraron en una tarde le sirvió a Ramón para explicar su condición. Para conseguir un buen saco de dormir, él había tenido que trabajar durante todo un mes de agosto y eso que la economía del país parecía conocer otros apogeos...

Nos fuimos a la Pedriza y yo llevaba mi *walkman* Sony, con casete y música de lo más cañera, algo que a Portilla le debió hacer gracia de juzgar por su mueca. Yo estaba feliz. De la mano de Ramón Portilla tenía el privilegio de entrar por la puerta grande a un mundo desconocido. Aquello era como escaparse de casa, pero con permiso materno. Era la mejor solución para empezar a rastrear los abismos de mi inquietud.

Ya no había marcha atrás. La pasión por la montaña empezó a calar dentro de mí sin aspavientos extraños, por casualidades inimaginables, como son todas las casualidades. Sin quererlo demasiado ni forzar nada sentía que había encontrado un lugar donde simplificar los pensamientos, imaginándome en la cima sentado y haciéndolo, transportado, reflexionando qué hacer ahí abajo, en la tierra de los mortales. La Pedriza era el lugar que anhelaba sin saberlo. La montaña era el sitio donde podía construir cabañas en mi imaginación y sentir toda la libertad que, por algún motivo, tanto deseaba.

2. Aprendizaje salvaje

Desde el primer momento que pisé la Pedriza tuve la sensación de empezar una experiencia como la de Mogli en *El libro de la selva*, una vida lanzada a lo salvaje donde todo estaba por descubrir. Era la sensación de encontrarse en la esencia de la naturaleza, algo que necesita cualquiera que tiene que ir conociéndose a sí mismo. Una vuelta a los orígenes que hacen de la comprensión de todo lo que vivimos un comienzo absolutamente primitivo. Por suerte, para los que nos tocó vivir la adolescencia en esos años ochenta no tan lejanos, no había móviles, portátiles ni internet, algo que ahora parece imprescindible y, aunque suene simple, de ninguna manera parecía necesario. Esa falta de tecnología hacía que en ese comienzo personal antropológico los entramados de la roca y los caminos fueran más auténticos.

El sencillo hecho de andar por la Pedriza era acumular nuevas emociones, dimensiones desconocidas que escapaban a cualquier intento de explicarlas. Sumergido en mi soledad, cada vez tomaban más altura mis propias fantasías. Sentía la verdad de la existencia, escuchaba el ruido de la naturaleza, miraba con otros ojos a un universo infinito de rocas graníticas con una dimensión humana. La Pedriza fue desde ese primer instante el lugar que estaba buscando en mi interior. Un universo de una estética laberíntica entremezclada de rocas y canchales difícil de describir.

En mi primer fin de semana libre con permiso legal, el objetivo era sólo aprender a escalar, cosa que podría ser secundaria, pero ya en la primera vía que escalamos en el Yelmo me lo pasé como nunca antes.

Ramón Portilla no era un monitor al uso, nada de calentamientos previos o explicaciones pesadas. Desde el momento que me ató a una cuerda todo se basaba en escalar y escalar. Lo demás, la teoría, ya iría llegando progresivamente. Alguna explicación aquí y allá, pero, sobre todo, a escalar. El mejor monitor que podía imaginar. La segunda ruta que hicimos fue la Guirles Campos, donde yo ya empezaba a escuchar historias de aperturas de vías desde abajo o que subir por la cumbre para luego bajar equipando la pared no estaba bien visto desde una perspectiva ética. Guirles parecía ser uno de esos gurús de nuevas aperturas y sus vías eran de lo más respetado. Animado por la destreza que veía en mí, Portilla dio un paso más allá y me llevó en el primer día de escalada a la vía Gálvez Pascual, un poco más a la derecha de la Guirles, con una dificultad de 6c, que para un principiante era bastante difícil. ¿No es acaso esto de lo que va la escalada? Retos que parecen difíciles, pero quizá posibles y que si no los pruebas jamás llegarás a saberlo. Como tenía la ventaja de ir siempre con una cuerda por arriba, y al ser el granito un terreno de adherencia no muy vertical, digamos que me podía ir sujetando un poco a ella, aunque todos me decían que la podía escalar en libre; esto es, sin necesidad de agarrarme a la cuerda o a los mosquetones, que sólo me servirían de seguro.

Aquí, la historia de la vía era de lo más polémica, al no saber la gente si Jesús Gálvez había puesto un seguro en la pared, descolgándose desde arriba o la había abierto desde abajo, como mandaba la ética del momento. Lo primero suponía una auténtica herejía en la tribu *pedricera* y, por ende, de todos los cánones venidos de afuera. La Pedriza representaba, al igual que muchas escuelas de escalada de todo el mundo, el lugar local donde se reunían todos los fines de semana

los escaladores de la ciudad más cercana, que, en este caso, era Madrid.

Fue por la mañana, en la pradera del viejo menhir llamado el Yelmo, que tiene ese nombre por la forma del casco antiguo de los caballeros medievales, cuando me quedé alucinado viendo a Ramón Portilla haciendo una dominada con dos dedos de una sola mano. Lo hizo colgando de un artilugio que había puesto en una fisura. Sin ninguna intención o tipo de demostración extraña; simplemente porque se lo pedía el cuerpo, al tiempo que me daba alguna lección de material de escalada. Ramón estaba en plena forma, se iba a Patagonia en unos días con Félix de Pablo, su mejor amigo y el escalador que yo había visto a través de la televisión. Entonces ya había estado en el K2, en una de las viejas expediciones auténticas, donde Ramón ya comentaba que no era amigo de tomar aspirinas porque quería vivir la experiencia de la altura con todo su rigor. Hoy en día, el consumo de aspirinas para la altura está más que asentado y nadie duda de tomarse su pequeña ración diaria en el Himalaya. Ramón era ya una estrella mediática a juzgar por cómo le paraban todos los escaladores por la Pedriza. Recuerdo las vestimentas y el ambiente de la época, que evocaban los restos de un movimiento hippie venido a menos, pero que en la Pedriza algunos lo vivían en todo su esplendor.

Fue mi primer fin de semana en la montaña escalando y había encontrado un baúl a rebosar de historia, de entretenimiento, de verdad y de libertad.

Otra vez la casualidad quiso que en el Yelmo encontráramos al abogado Rafael Doménech, que no sabía que yo andaba por allí. Hay cientos de sitios para elegir escalar en la Pedriza pero aquel sábado decidió ir por allí. Venía con unas mallas chillonas como no podían existir otras; también las tenía llenas de agujeros y, no pudo ser de otra manera, que a partir de entonces yo le apodara *El Abogadillo*. No fue difícil tampoco ver la diferencia de porte físico entre un escalador seudoprofesional como Ramón y otro aficionado como Doménech. Cuando le dijeron que había escalado la Gálvez al Yelmo, Doménech no se lo creía: una vía que ni por asomo él se podría plantear de primero.

A través de la diferencia generacional, los diferentes cortes de pelo y las mallas de colores pude ver perfectamente cómo en la montaña convivían diferentes concepciones en torno a la forma de entender la escalada. Posiblemente, ahí radicaría mucha de la riqueza de la montaña que aún yo no alcanzaba a vislumbrar pero que me atrapaba irremediablemente y que a menudo me dejaba boquiabierto.

Después de aquello, contacté con un amigo de Ramón, un desconocido de nombre Juanjo que, a su vez, me presentó a Almudena, ambos representaban parte de la cultura montañera en la Pedriza. Almudena era una chica delgadita, enfermera cercana a los treinta años que se convertiría en mi verdadera profesora de escalada. Con ellos empecé a salir todos los fines de semana sin excepción. Siempre escalando de segundo, con la cuerda por arriba y acampando en los mejores sitios para contemplar las estrellas. Los llamaba para ir a escalar hasta cuando probablemente no entraba en sus planes salir el viernes con un chavalín. Todavía no me interesaban mucho las chicas, pero pude ser testigo de cómo una de aquellas noches al fuego Almudena conoció al que se convertiría en el padre de sus hijos.

Fue un tiempo para digerir toda la información que tenía a mi disposición, especialmente dos

libros que Ramón me había dejado a modo de despedida y como trabajo final de curso. Los libros eran de formato fotográfico, tipo los de sobremesa: *Escalada libre en el valle de Yosemite (California)*, de George Meyers, y *Everest cara suroeste*, de Chris Bonington. Era una forma de dejarme las dos concepciones que existían entonces en la montaña. La escalada de pared vertical y las expediciones. En aquel momento, la carrera clásica de cualquier escalador se suponía que comenzaba en su habitual zona de escalada; después, serían los Pirineos, los Alpes y los Andes, y, finalmente, como colofón a una trayectoria alpina, el Himalaya. Era obvio que algunos ya empezaban a saltarse algunos pasos... De fondo había una revolución de la escalada transmitida a través del libro de Meyers con una característica especial: la rebeldía en todos los aspectos. No era simplemente una revolución ética en torno a la escalada, era una revolución social en el mundo de los escaladores, comandada por algunos de los más atrevidos del valle de Yosemite, como Jim Bridwell, Ron Kauk o John Bachar.

Es curioso cómo cada época tiene sus protagonistas y no a todos se les debe la revolución de fondo. Mientras que en Estados Unidos la deriva del movimiento hippie se volcaba en las paredes y las influencias de Castañeda —esta visión espiritual de la vida se leía en los nombres de las rutas, como *Separate Reality* (separado de la realidad)—, en Europa la revolución se vivía de otra forma. En California se fraguó la idea de escalar libre, que no era otra cosa que no agarrarse a los seguros mientras protegías tu escalada. En algunos casos, estos ideales se llevaban al extremo, prescindiendo de las cuerdas, como así hizo un fuerte escalador rubio llamado John Bachar. Su influencia fue determinante para la escalada a nivel mundial; su idealismo le llevaría a la muerte cuando, ya pasados los cincuenta años, pareciese que su ambición sólo le alcanzaría para escalar vías sencillas. En Europa, los años cincuenta y sesenta ya trajeron conatos de esta revolución ética en torno a la escalada más pura, y se pueden leer escritos como los de Paul Preuss donde relataba su ideal de escalar sin cuerda, pero bajar también sin ayuda de ella.

El verdadero paso para la escalada libre llegaría de la mano de un alemán totalmente desconocido para todo el mundo al vivir al otro lado del muro, en la Alemania Oriental, cerca de Dresde. Se llamaba Bernd Arnold y escalaba descalzo, como no tenía otros medios, se componía como podía, pero era de complejión fuerte y muy entrenado físicamente. Escalaba en libre casi todo lo que probaba, sin agarrarse a la cuerda para progresar, solamente asegurando las rutas con ayuda de anillos de cuerda que anclaba en las protuberancias que afloraban por la roca, pues entonces había ya en esta zona, conocida como Elbastein, un fuerte sentido de la ética y respeto por la naturaleza, no queriendo dañar la roca más que lo imprescindible. Así pues los seguros de expansión estaban prohibidos. Estos anillos de cuerda era todo lo que utilizaban a modo de lazo o nudo para asegurarse en las fisuras. Por eso mismo a Bernd Arnold le llamaban *El Señor de los Anillos*. Fue entonces cuando Kurt Albert, un alemán de Núremberg, matemático y compañero de piso del posteriormente famoso Wolfgang Güllich, se aventuró a escalar por Elbastein y observó cómo aquel individuo al que llamaban Arnold se lo escalaba todo en libre sin ayuda de mecanismos artificiales. Entonces, a su regreso a su zona local, el Frankenjura, se dispuso a pintar un punto rojo en todas las vías que hacía en el mismo estilo: acababa de nacer el famoso Rotpunkt. Desde ese mismo instante, se creó la regla más respetada hasta ahora: el Rotpunkt o, lo que es lo

mismo, encadenar una vía. Con el tiempo Kurt se sentiría orgulloso de aquel descubrimiento pero añadiría que cualquier regla era una prisión para la creatividad en la escalada.

Lo más sorprendente de todo es cómo en la historia suceden acontecimientos parecidos en los más remotos lugares de la Tierra y sin conexión entre sí. Es verdad que en cuanto empiezan a unirse los puntos todo estalla como una chipa que estuviera esperando su momento.

La Pedriza no fue ajena a todos los movimientos internacionales de la escalada y, para colmo, la similitud de la roca granítica adherente, que recuerda a Yosemite y, especialmente, a Joshua Tree, también en California, la convierte en un lugar único en el mundo sólo secundado por lugares como Valí di Mello, en Italia, o Squamish, en Canadá.

Por alguna razón, el estilismo californiano y la influencia del valle de Yosemite se podían ver por todas partes y cuajó con más firmeza. La señal inequívoca eran los pantalones blancos anchos y un pañuelo en la cabeza. Entonces, uno de los buenos escaladores de Madrid y primeros en intentar ser profesional de la montaña, Francisco Javier Orive, alias *Chochin*, protagonizó una portada con todo ese estilo en la todavía reciente revista *Desnivel*. Todos los escaladores se vieron contagiados por esa fiebre en las formas de vestir como una especie de religión.

Antes de que saliera y se distribuyera la revista *Desnivel* en los años ochenta, el boca a boca entre las rocas hacía que la escalada se envolviera en un halo de leyenda que mitificaba las actividades hasta límites insospechados. Era un clásico que después de escuchar alguna historia a uno se le pusiera la piel de gallina. Eran anécdotas aterradoras de escaladores cayendo sin más o escalando sin cuerda hasta que se les agotaban las fuerzas y no sabían qué hacer. Por esa época escuché por primera vez la historia sobre la muerte de un escalador cercano, Félix de Pablo, que moría en el Aconcagua, antes de reunirse con su amigo Ramón Portilla. Meses después, en casa de Portilla vería fotos que me harían pasar cerca de lo que podía pensar la cabeza de Ramón. Había otras leyendas y verdades, como las del primer escalador español en hacer séptimo grado, «el Musgaño», en la Cabrera, en la vía Metamorfosis, donde por lo visto, con un sentido de la ética muy agudizado, si se caía en medio de la vía, volvía a la carga y otra vez a empezar hasta que la hiciera en libre. La historia más truculenta era que este escalador se enamoró de la novia de otro famoso escalador, Paco Aguado, y ambos, Musgaño y Marisa, su nueva novia, acabaron arrastrados por un alud en los Alpes franceses. El tercero de la cordada fue el único que sobrevivió al accidente, un tal Javier Alonso Aldama, que sufriría las consecuencias de una mano amputada, lo que no le impediría hacerse catedrático años después.

Lo más impresionante que se recuerda entonces es la vorágine a la que se vio sometido Paco Aguado al intentar buscar sus porqués interiores en los Alpes franceses con la consigna de un explorador desesperado: «O me encumbro o me mato», y esa forma de escapar a un accidente común entre las personas dio como resultado algunas de sus ascensiones más meritorias, en su mayoría en solitario.

Un joven que se lo cree casi todo a cierta edad se ve estimulado por entrar en ese juego de fantasmas que lo acechaba, pero que todavía no tocaba. Si hubo una leyenda viva que me podía impresionar por su personalidad, misticismo y que, además podía tocar, era la de Jesús Gálvez: andaba siempre descalzo, con cualquier ropa, con grandes mochilas y sacos de dormir que él

mismo fabricaba y era el único de los que rondaba por la Pedriza que había estado en Yosemite. Gálvez era toda una personalidad indiscutible, la imagen de esa revolución de la escalada libre, era el hippie auténtico, pelo largo, pañuelo en la cabeza, andaba con los pies desnudos y no le importaba el futuro, vivía por y para la escalada como se podía entender entonces. Sobrevivía con un trabajito aquí o allá y, sobre todo, fabricando unos sacos de plumas pesados, pero a prueba de muchos inviernos en la Pedriza. Hubo un momento en la sierra de Madrid que no había nadie durmiendo que no tuviera un saco de dormir de Gálvez o de Pedro Gómez. Había otros escaladores interesantes, como Papila, del que decían que era el creador de los nombres originales que Gálvez ponía a sus rutas; también escalaba siempre con éste, como todo el mundo quería.

Jesús Gálvez tuvo su sucesor en Josechu Jimeno, un escalador con cualidades excepcionales. Pero Gálvez fue la estrella indiscutible, el héroe del momento, el referente a seguir. Es curioso cómo un escalador como Josechu Jimeno, con una forma de escalar fuerte y también muy personal, siempre pareció el discípulo de Gálvez y eso que hizo escaladas de lo más interesantes.

Galvéz me impresionaba mucho, pero si de alguien aprendí yo todas las bases de escalada fue de Almudena, la enfermera que visitaba todos los fines de semana la Pedriza sin excepción. Sus amigos eran todos personajes interesantes, escalar con ella o con Galvéz era una suerte por el simple hecho de estar allí cercano a ellos.

La primera vez que observé a alguien escalar con estilo fue a un tal Suxo, otro de los amigos de Almudena: hacía todos sus movimientos acompasados, con mucha plasticidad, como si no le costasen. Su equilibrio era una danza en la pared. Ése fue el primer momento en el que, probablemente, tomé conciencia de la importancia del estilo y los pasos en terreno vertical. Era un momento en el que empezaban a distinguirse dos tendencias claramente diferenciadas: los que preservaban el estilo clásico de escalada, derivando en el objetivo de las grandes paredes y el alpinismo, y los que se decantaban por un estilo más deportivo.

La otra escuela de escalada en Madrid era Patones. Allí no había que andar, lo que era muy criticado por los escaladores de la Pedriza. Las vías eran cortas y explosivas. Estaban los que escalaban vías en Patones, y de allí no salían, y los que escalaban en la Pedriza.

Gracias a que por aquellos días escalaba con Gálvez, tuve la suerte de acercarme con él a lo que sería la primera competición oficial de escalada en España. En Europa ya se había celebrado la considerada primera competición de la historia de la escalada en Bardonequia (Italia), donde el triunfador, Patrick Edlinger, y todos los mejores escaladores internacionales pudieron asistir y comparar así su nivel. Allí estaban todos los grandes del momento, los que marcaron un tiempo pionero: Jerry Moffat, Wolfgang Güllich, Stefan Glowach, Jacky Godoffe, Lynn Hill, Catherine Destivelle... En aquella competición se pudo ver cómo para superar un paso estaban los que sentían la necesidad de hacerlo elegante, sin poner la rodilla para progresar, y los que querían subir a toda costa, bien para ganar o bien porque la elasticidad no entraba todavía en los parámetros de su entrenamiento.

Volviendo a Patones, y a un ambiente a la española, se encontraban los más destacados escaladores de toda la geografía nacional: Txavo Vales, Snoopy, Javier Orive «Chochin», Patxi Arocena, Carlos García, Miriam García, Montse Pascual, Finuco, Francisco Blanco y un largo

etcétera. El ganador sería un espectacular Txavo Vales destreando los metros finales en una vía de 7a+ para así poder escalar la parte final sin confundirse. Recuerdo a Gálvez, sobre sus pies descalzos, hablando con la gente: «Lo bueno de las competiciones es que ves a todo el mundo en un mismo lugar», palabras que no dejan de ser un testimonio de la forma en que podía verse en esa época todo lo relacionado con una competición.

Con el invierno, llegó mi primer contacto con los amigos de Rafael Doménech para que me acercase al refugio que se encontraba en Navacerrada, más arriba de la Pedriza, y donde habitualmente en invierno se puede esquiar. Antes de eso, Doménech me llevaría a escalar en la sur del Pájaro, una vía abierta por miembros del club Peñalara, en un periodo histórico de la Pedriza donde contaban relatos de cadenas cerca de la parte final para poder acceder a su cima... En la clásica pared sur pude ver cómo mi aprendizaje con algunos de los mejores escaladores de la Pedriza había empezado a dar sus frutos; en algunos pasos me resbalaba constantemente a punto de caer arrastrado por el adherente granito. Me aferraba a la pared con uñas y dientes, agarrarme a los mosquetones para progresar estaba totalmente prohibido para mí, lograba salir indemne gracias a mi ímpetu, ya me esforzaba en escalar en libre todo lo que podía, y eso que todavía no me dejaban escalar de primero de cordada.

3. La huella de Alfonso Vizán

Rafael Doménech ha seguido mis pasos en la montaña desde que pisé por primera vez la Pedriza. Contrastaba con la mayoría de escaladores *pedriceros* por ser de una generación anterior al pie de gato; no en balde, contaba muy buenas historias con las famosas *cletas*, unas botas rígidas con las que se escalaba antes de que apareciese la goma cocida. También destacaba por su educación; había hecho la carrera de Derecho y unas oposiciones a la Administración. Los viajes en su coche siempre marcaron la diferencia con cualquier otro escalador con el que yo acostumbraba a salir. Baste como ejemplo aquellos trayectos que se hacían por la carretera nacional que te llevaba al Pirineo: siempre que pasábamos por Calatayud soltaba aquello de «¿a que no sabéis como se llaman los de aquí?». A lo que sólo él podía responder con un grito: «¡Del latín bilbilitanos, mendrugos! ¡De la antigua Bílbilis!», y acto seguido acompañaba su explicación de la frase que más me marcó por aquella época: «Burrus que en el campus pacen, cuanto más pacen más burrus se hacen». Y así fue como yo, con la educación a medio hacer, empecé a poder ver la diferencia entre la cultura y la incultura. En realidad, yo ya observaba todo en términos de escalada, es decir, escaladores con cultura o sin ella. Y, desde luego, que Rafael pertenecía al grupo de los primeros, al abogado mayor, que ejercía como mi tutor con una responsabilidad directa hacia mí. Años después se convertiría en el presidente de Peñalara, dirigiendo un club casi centenario donde siempre han imperado unos valores en torno a la educación libre con el entorno natural como marco inseparable, dándole un toque intelectual que perfectamente podía convivir con las tendencias más actuales que ofrece la montaña. Yo no sé si es exactamente por la naturaleza de una mentalidad abierta o el simple hecho de que en el club había socios realizando las más diversas actividades en la montaña, el caso es que por el salón de la Gran Vía madrileña podías observar que aquello estaba plagado de montañeros completos; es decir, montañeros que durante todo el año se adaptaban a las posibilidades que ofrecía la montaña. Destacaban especialmente Teógenes Díaz e Ignacio Lucas, dos escaladores pioneros de las primeras rutas difíciles en la sierra de Madrid. Teo sería el artífice de la primera ascensión al Torreón de los Galayos en la sierra de Gredos y colaboró intensamente en la construcción del primer refugio al pie del Naranjo de Bulnes, en Asturias. Leer sus artículos en la revista *Peñalara* era una maravilla, un viaje a tiempos remotos que para mí, en el fondo, no lo eran tanto. Viendo que los socios del Peñalara escudriñaban la montaña en todas sus variantes, me animé de la mano de Rafael a probar con los esquís de travesía.

En el club Peñalara, las estaciones del año se atravesaban de la forma más completa. En invierno, esquí de fondo antes de que arrancase la temporada de esquí de travesía; después, escalada en roca, y con el verano algún viaje a los Alpes o países lejanos. Muchos de esos viajes se organizaban en autobuses, lo que hacía que bajaran los costes y pudieras disfrutar de todo un lujo de vacaciones no tan al alcance de personas de una clase media.

Yo ya había hecho un poco de esquí cuando era pequeño, con lo que ya contaba con una cierta base. La llegada del segundo invierno sería determinante para mi futura forma física, ya que me pasé las Navidades haciendo un curso de esquí de fondo, entrenando y preparándome para lo que

no sabía que iba a venir.

La encargada de dar el curso era Sonsoles Soria, hija del ya famoso escalador Carlos Soria, con lo que tenía garantías por adelantado de, al menos, no convertirme en un blandengue. Otra vez la suerte de tener a un buen profesor.

Lo bueno del esquí de fondo es que era como correr, algo a lo que yo no estaba muy acostumbrado, con la ventaja de ir encima de unos finos esquís, evitando el constante golpeteo en las rodillas. Esos finos esquís hacen que tengas que mantener un equilibrio que agota a cualquiera y, por el contrario, alcanzas una técnica que ayuda a cualquier tipo de esquí que te calces con posterioridad. Sonsoles guardaba ya grandes lecciones deportivas aprendidas en las excursiones con su padre. Una de ellas era la forma de hacer elasticidad, a la que nos dedicábamos todas las noches después de haber estado entrenando todo el día. Era un verdadero placer estar en el refugio del puerto de Navacerrada, con el fuego de la chimenea, sin otra cosa en la que pensar más que en la idea de no volver al colegio. Retrospectivamente, y desde mi experiencia, creo que siempre en las artes o en el deporte se puede encontrar algo para vivir una adolescencia canalizada hacia las pasiones más sanas.

El invierno supuso para alguien como yo, inmerso ciegamente en la escalada, un verdadero parón. Un paréntesis en mi nueva vida de sueños verticales. Y eso después de un buen año atacando las paredes.

También probé algo de esquí de travesía, un auténtico lujo, pues no eran tiempos en los que cualquiera pudiera acceder a un curso de escalada en verano, con su consiguiente compra de material, y luego un curso de esquí, con los gastos que éste conlleva. Pero estas eran mis posibilidades con unos padres separados y la influencia de un club que sería clave en mi forma de entender la montaña.

Con el final del invierno llegaba la primavera y mis pequeñas responsabilidades.

Al mismo tiempo que crecía mi ansiedad por descubrir nuevos parajes de montaña, empezaba a suspender las primeras asignaturas en el colegio. No había forma de enderezar mis estudios. Quizá el apoyo que no encontraba en un padre lo buscaba en los pasos de escalada a los que me enfrentaba. Esos pasos que te enseñan estrictamente que lo que no hagas bien, seguro que te va a salir mal. También puede ser cierto que la carencia de tan vital apoyo tenga que ver con la pasión con la que uno se pueda agarrar a las cosas. Quizá el fin mismo de una pasión sea la búsqueda de esa intensidad que da la presencia siempre intimidante de la figura de un padre. Al menos en mi caso podría ser así. Yo nunca lo sabré. Pero puedo decir que lo aprendido por uno mismo va restando en vida parte de lo que a uno le es negado por naturaleza.

El encuentro con la primavera tuvo que ver otra vez con esta especie de autoeducación sin apoyos básicos a la que ya empezaban a llevarme mis impulsos más ciegos. Volver a los estudios y a las lecturas de montaña.

Esa especie de autoeducación es lo que algunos llaman *hacerse a sí mismo*.

En la vastedad de la Pedriza me volvía a encontrar en mi superficie preferida, en el equilibrio que daba sentido a mi desasosiego interior. Volvía a ver a los escaladores clásicos de la Pedriza, donde empezaban a despuntar algunos escaladores deportivos a los que no les gustaba alejarse

mucho del coche, personas a las que les interesaba más la pura dificultad de una pequeña pared que una dura caminata para una escalada clásica.

Si algo tiene la juventud es ese empezar a ver las tendencias modernas sin ningún tipo de prejuicio. Sin la profundidad de pensamientos que pueden contaminar las mentalidades más complejas. A mí me empezaba a atraer cualquier tipo de disciplina que se desarrollara en la montaña.

Por los rincones de la Pedriza predominaban montañeros de curioso linaje que destacaban por formar parte de un club imposible. Era una sociedad de balas perdidas, con un incierto porvenir. Tenía algo que ver con el deseo de libertad, fuera de todo contexto político y que se acercaba más al influjo predominante de la escalada en Yosemite. La estética estaba bien definida: ni bávaros ni los ya clásicos pantalones blancos de pintor. Destacaban las mallas de colores de lo más distinguido a lo que se podía acceder. En la parte superior, cuadraban camisetas sin mangas y pañuelo en la cabeza a lo indio o a lo pirata del Caribe.

Como es de suponer, la presión ejercida en el ambiente circundante pesó también en mi manera de vestir. Para no ser menos, me agencí unas mallas de leopardo de lo más vistosas. Yo me encontraba entre los más jóvenes de varias generaciones, los mayores con los que solía escalar y los siguientes de Peñalara a los que les costaba acceder a las nuevas vanguardias. Esta reticencia a vestir de la manera que se llevaba y la existencia de un refugio propiedad de Peñalara en todo el centro de la Pedriza para uso y disfrute sólo de socios hacía que los diferentes clanes no acercasen posturas. En no pocas ocasiones oí decir que alguien tenía que volar aquel maldito refugio...

Yo escalaba con todos todo lo que podía y con quien por azar me tocase cualquier día. Todo el que visitaba la sierra de Madrid pertenecía a una hermandad que disfrutaba con las mismas sensaciones y hablaba el mismo lenguaje. Nada más hay que un deseo desinteresado por los mismos objetivos sin ánimo de lucro o competitividad.

En este juego de baraja andaba yo cuando disfrutaba de las noches de hoguera, después de un buen día de fisuras o adherencia en las placas *pedriceras*. Unas veces con los hippies auténticos, otras con los escaladores más clásicos. Los unos apenas tenían para la gasolina del coche e iban en autobús a la Pedriza; por contra, estaban más fuertes que la roca por la dureza padecida de pasarse todo el invierno escalando. Todos ellos gozaban de las mieles que dan los riscos más escarpados. Los otros tenían coche, trabajo seguro y un peor nivel de escalada... Sin embargo, atesoraban la posibilidad de viajar a otros terrenos de montaña.

Entre unos y otros deambulaba mi entusiasmo. Tuvo que ser gracias a Rafael Doménech, una vez más, que conociese al que se iba a convertir en mi compañero de cordada, Alfonso Vizán.

Alfonsito llegaba siempre tarde. Fue así como le vi llegar por primera vez entre las jaras de la Pedriza. Había cogido el autobús, pues ya no le daba tiempo a la cita que tenía con Rafael Doménech y conmigo para escalar en la zona de las buitreras. Llegó sin más, con una especie de pantalón de chándal más parecido a los que le daban en el instituto que a un pantalón propio de ir a la sierra. La mochila torcida como si fuera la primera vez que le ponen la mochila a un niño y no se entera ni de lo que le está pasando. Empezamos a hablar por el camino que subía directo a las buitreras, un lugar clásico de rutas pioneras en la Pedriza.

Desde el primer momento, podías notar que no hablabas con una persona que mantuviese una conversación vulgar o normal, según se entienda; quiero decir, que tenía una parsimonia propia a la hora de expresarse que hacía necesaria la pausa antes de decir cualquier cosa. Meditaba lo que decía o su respuesta venía acontecida por un pensamiento anterior ya madurado. Por ejemplo, si le preguntabas por mujeres, pues sólo había conocido a una, decía de una forma un poco más rápida: «A las mujeres hay que quererlas», lo que denotaba que lo había pensado desde un punto de vista metafísico, pues su paso por la universidad le había dejado parte de ese saber filosófico para el que estaba hecho. De todos modos, no fueron sus estudios de Filosofía o su profesión de bombero lo que le hacía pensar. Fue su lectura rigurosa de Ortega y Gasset lo que le dio las bases de una futura trayectoria intelectual propia de filósofos. Alfonsito pensaba como nadie y se advertía en sus pasos lentos, desacompasados de una vida normal. Hizo una oposición para la Administración para ser bombero porque no habría sabido qué otra cosa hacer, excepto la de escalar y relacionarse con Ninoska de Gracia, su mujer, una pintora excepcional cuyo trabajo recuerda a los mejores cuadros de Van Gogh.

Desde un primer momento hablamos sobre la idea de escalar en libre siempre que se pudiera, pues no había otra forma más natural de acercar posturas y, de paso, analizar los fundamentos de la escalada más puros.

Alfonso tenía esa aura propia de los verdaderos intelectuales que van a otro ritmo. Ortega y Gasset los definió como pescadores que van con la red sondeando las profundidades con la lentitud propia que esa acción conlleva. Por esta razón, siempre sentía que el peligro estaba cerca de Alfonso en todas sus escaladas. Alfonso era tranquilo. El alpinismo necesita de reflexión, pero también rapidez de decisión. Para colmo, Alfonso manejaba bien los hilos de su propio romanticismo vanagloriándose de hacer actividades con cualquier tipo de vestimenta aun a riesgo de congelarse los dedos. Lo malo nunca fue eso, sino todos aquellos que agrandaban esa aureola de simpática actitud disfrazada de autenticidad, cuando en el fondo creo que había cierto argumento de marketing personal inspirado en las historias del alpinismo más clásico.

No fue su actitud, sin embargo, la que le llevó a su muerte, sino una maldita piedra que le esperaba en un corredor fácil del Himalaya pakistaní. La mala fortuna quiso que esa piedra, la única que cayó por aquel corredor, fuera a parar justo a su vena femoral, impidiendo su rescate en aquellas tierras remotas. Su muerte es algo que me ha perseguido como una especie de tortura psicológica en todos los aspectos. Por un lado, está esa parte de riesgo incontrolable que reside en el alpinismo y, por otro, una especie de sentimiento de culpabilidad, porque en el fondo de mi corazón no puedo negar que, al igual que otros, entreveíamos que su muerte podía llegar, aunque no como sucedió. En cualquier caso, una cosa era pensarlo y otra muy diferente que se convirtiese en realidad.

Alfonso se la jugaba a todas por un ideal que sólo estaba en su cabeza. Y ahí era donde más nos parecíamos, excepto en la forma de atacar esos ideales. Yo entrenaba hasta la saciedad y ponía todos los medios disponibles a mi alcance. Una vez nos vimos atrapados literalmente en medio de la cara norte del Eiger. Aquello sólo pasó de un intento. En aquella excursión, en pleno invierno, me acuerdo que a Alfonso no le importaba que el pronóstico meteorológico no fuera del todo

favorable, como si quisiera acrecentar esa áurea de superviviente de las más agueridas aventuras, y yo le seguí a sabiendas de un futuro incierto y de un lío seguro en plena pared. Pasamos el día hundidos en la nieve hasta alcanzar un punto de descanso que nos serviría de vivac. Preparando una especie de cama encima de la mochila con no mucho más espacio que ésta para estirar las piernas empecé a maldecir a mi compañero de cordada en mi interior. Quizás respetaba demasiado a Alfonso como para llevarle la contraria. La pared parecía ponerse cada vez más vertical mirásemos por donde mirásemos. Pensaba que el invierno iba a ser más duro en medio de la cara norte del Eiger. A fin de cuentas estábamos viviendo una aventura de las de verdad pero en la que no acabábamos de creer, especialmente por el tiempo dudoso. El Eiger cuenta relatos de algunas de las historias de alpinismo más escabrosas y ese peso es el que uno lleva en cada escalada en medio de esa tremenda pared. Con parte de ese miedo en el cuerpo por todas mis lecturas sobre el Eiger traté poner algo de remedio, puse los crampones y el piolet al borde de la repisa vivac como para pensar que tenía algo de protección en caso de darme la vuelta. Procuré estar bien atado a la pared. Me abrigué con todo lo que tenía y no podía moverme. Sentía perfectamente mi respiración. Al menos me sentía seguro y calentito. Empezó a nevar durante la noche y al mismo tiempo caían ríos de nieve por encima de nuestra cabeza. Al amanecer entendimos que allí acababa nuestra pequeña ilusión. Seguí a Alfonso hasta que a la mañana siguiente nos rescataron los operarios de la salida del túnel que se encuentra casi en medio de la pared. Ese túnel que atraviesa la pared para gusto de turistas ha hecho que muchos alpinistas sobrevivan a las torturas de esa montaña. Justo el agujero que pasaba por nuestra vía, la John Harlin, hacía las veces de mirador con más de quinientos metros de desnivel hasta el suelo. Un cristal y debajo una superficie lisa de hormigón hacía imposible la escalada. No necesitamos gritar para pedir ayuda, de allí salió un operario gritando al estilo obrero pero en tirolés. Por mí como si se acordaba de mis antepasados, me pareció el grito más agradable del mundo. Ató una cuerda con un nudo cualquiera a una anilla dentro del andén y subimos como pudimos. Cuando vi el nudo no podía creérmelo, era terrible, aguantaba como por arte de magia. No era el momento de pedir explicaciones de seguridad en cuestión de nudos. El funcionario con una mueca sonriente y hablando alemán nos invitó a un café en su garita. Me pareció un hombre rico, contento, que no necesitaba de la aventura. El calor de la estación invadió todo mi cuerpo dándome espasmos extraños. El hombre nos miraba con estupefacción como si no fuera con él. Se juntaban dos mundos opuestos, el de la rutina de un trabajo seguro y la escalada arriesgada escogida libremente. Sobra decir que el café nos pareció el más bueno que habíamos probado hasta entonces. Por suerte nosotros pudimos contarlo.

Aquella filosofía con la que Alfonso vivía el alpinismo nos acompañó en muchas escaladas, pues él era mayor que yo, y por lo tanto, todo un jefe de cordada. Mis andanzas con Alfonso desembocaron en la mayor parte de las escaladas clásicas en los macizos españoles, como el Naranjo de Bulnes, donde escalamos la Rabadá Navarro. Yo me enamoré literalmente de esa montaña.

Pero fueron tantas las escaladas que hicimos juntos que sería imposible describirlas todas. Juntos iríamos a los Alpes en tren desde Madrid y también en los autobuses que el Peñalara

organizaba cada verano. Fue en Chamonix, después de probar algunas de mis primeras experiencias de escalada en solitario en la Pedriza, donde elegiría por primera vez prescindir de la compañía de Alfonso y algunos otros amigos. Quizá sentía que, con mi entrenamiento, la compañía de Alfonso no era suficiente para colmar mis ambiciones un poco más exigentes deportivamente hablando.

Elegí escalar el pilar Bonatti influido por todas las historias de escalada que había leído sobre él. Desde este momento empezaría una serie de aventuras más protagonizadas por mi fuerza interior que la que me pudiera alentar un compañero de cordada.

Fue también con Alfonso con quien iría a mi primera expedición al Himalaya, al Thalay Sagar cuando todavía no contaba con ninguna vía por su cara norte. Aquello casi acaba en desastre una vez más y no logramos escalar más de mil metros de una pared que tenía unos mil quinientos. Fue una auténtica aventura en términos exploratorios, pero poco más. Como en el Eiger tuvimos que vivaquear a pelo en medio de la pared hasta que las caídas de piedras nos despidieron al suelo. Rapelamos todo el día siguiente para llegar a un campamento que teníamos montado a pie de pared en pleno glaciar. Teníamos tal cansancio acumulado que nos pasamos dos días en la tienda sin poder ni siquiera cocinar. Las horas pasaban mientras picábamos algo de comida fría pues no teníamos fuerzas para comer de manera decente. El tiempo seguía bueno y cuando a ratos nos despertábamos, maldecíamos no tener una hamaca para pasar las noches con seguridad en la pared. Pagamos la inexperiencia en todos los aspectos pero acabamos por conocernos en profundidad. De bajada a la ciudad lo pasamos en grande quedándonos sin dinero y nos convertimos en amigos para siempre, especialmente, por la experiencia de visitar un país tan emblemático y difícil como la India a tan temprana edad. Después de aquella expedición tomamos caminos separados, cada uno con su manera de entender la montaña.

No obstante, gracias a ese romanticismo que imperaba en la vida de Alfonso se pueden leer algunas de las frases más bonitas que yo he leído en la montaña. Una de ellas justificaba el alpinismo desde un punto de vista totalmente ideológico. Decía así: «También hay muchas maneras de enfrentarse con el hecho de que por vivir se están corriendo muchos peligros. Y, a mi juicio, el alpinismo es una de las soluciones o actitudes más elegantes a este respecto, porque coge el toro por los cuernos y de una especie de lastre de la condición humana se dispone a sacar todo el partido posible». Con esta frase, Alfonso dejaba entrever un pensamiento profundo que iba más allá del alpinismo. Se puede entender la importancia que tenía para él el rastro que uno deja a través de una vida dedicada a la escalada, con la entrega a cuerpo desnudo, sin ningún tipo de artificio ni entrenamiento previo. Una definición muy certera de lo que puede representar la auténtica aventura de la vida.

La elegancia para Alfonso era fundamental; jamás pasó por su cabeza criticar ni engañar a nadie. Si hay algo que detesto del alpinismo son algunas de las palabras de escaladores que nos ha arrebatado, un tesoro que nunca aparecerá porque nunca la montaña dejó que existiera.



Fue también con Alfonso con quien iría a mi primera expedición al Himalaya, al Thalay Sagar cuando todavía no contaba con ninguna vía por su cara norte.

4. Veranos en los Alpes

El pilar Bonatti es un espolón de roca de más de setecientos metros de longitud desde el suelo a la cumbre. Pertenece al Petit Dru, una montaña fácilmente reconocible desde el valle de Chamonix, la capital mundial del esquí y la montaña, como les gusta definir a los franceses este pequeño pueblo. El Dru destaca porque hay pocas montañas en los Alpes, y especialmente en Europa, con tal perfección. Es una pirámide puntiaguda que ha sucumbido a los deseos de los mejores escaladores del mundo. Escalé esta ruta que Walter Bonatti abrió en los años cincuenta a la edad de diecisiete años. Cada vez que paso cerca del Petit Dru me sigue impresionando el poder de la naturaleza. Esa mole gigante de más de mil metros puesta allí para que la vean. Para que represente todo o nada para algunas personas. En algunos casos, como en el de Walter Bonatti, Catherine Destivelle, Christophe Profit, Jean Marc Boivin, Marc Batard o el mío propio, el Dru transformó nuestra vida en algún momento. Para Bonatti supuso una gran aventura de varios días de duración, que prácticamente cambió el concepto con el que el hombre podía llegar a enfrentarse solo ante una montaña.

Walter Bonatti fue un pionero del alpinismo clásico, se preguntó si se hizo solitario o nació solitario pues muchas de sus empresas destacaban por escalar solo en las montañas. No era un alpinista antisocial pero rechazaba todo lo que de interés superfluo protagonizaba la vida de muchos alpinistas de su época. Era lo que se dice un escalador auténtico. Su voluntad no tenía límites. Todo lo que hizo en la montaña lo trasladó con el tiempo a otros terrenos de aventura. Lo que aprendió de esos esfuerzos fue «que las montañas son sólo montones de rocas si el hombre no se enfrenta a ellas». Todos los demás alpinistas que he nombrado, y otros tantos, también se enfrentaron en algún punto de sus trayectorias al Dru en solitario. Todos escalaron también con compañeros de cordada. Una casualidad o que el Dru estaba allí esperando como un reto. Para mí representó el ejemplo personal de lo que podía hacer en un futuro, el nivel al que me podía enfrentar: si con diecisiete años era capaz de hacer eso en solitario, ¿qué no podría hacer en el futuro? Por suerte, hacer cosas difíciles a tan temprana edad te da una perspectiva amplia de los riesgos y de las opiniones que sueltan las personas ante tales *hazañas*.

Técnicamente, después de un largo proceso de aprendizaje en las paredes de la sierra madrileña, me sentía seguro como para enfrentarme a semejante paredón. Preparé la mochila con todo tipo de detalles, hice un agujero especial por el que saldría la cuerda cada vez que me autoasegurase los tramos más complicados. Estudié el croquis de la ruta como si fuera la asignatura más difícil del colegio ya que no podía suspender. Todo estaba en mi cabeza, sólo necesitaba empezar la marcha de aproximación con la vista puesta en la cima.

Todavía hoy me fascina y me admira ver que la gran avalancha producida en la cara suroeste barrió no sólo gran parte de la pared, sino la historia de unas vías y el pasado histórico de muchos grandes alpinistas allí vivido. Solamente el recuerdo de una vivencia se mantiene con el tiempo como algo que pudiera sobrevivir a las montañas en su constante transformación. La experiencia humana queda escrita con un rastro indeleble. Con todo ello, a pesar de borrarse del mapa tan preciosa ruta, las palabras de Walter Bonatti tienen todavía un mayor significado. Las rocas

simplemente están ahí, no te esperan si tú no te acercas.

Pensé que iba a tardar por lo menos dos días en escalar aquella pared. Mis amigos decidieron venirse a la misma vía, estaban cerca, escalando también a unos cuantos metros hasta que los vi separarse en la distancia. Sin embargo, ¡qué mundos tan diferentes representábamos! Por un lado, el de la alegría y el del compañerismo; por el otro, el de la soledad más áspera que yo solo había elegido. Después de más de ocho horas asegurándome largo a largo con algún que otro tramo entre medias sin ayuda de la cuerda, llegué a la cumbre para librarme de una tormenta que no estaba anunciada en los partes meteorológicos. Y eso que Chamonix tiene fama de que sus informaciones meteorológicas son fiables al cien por cien. Estaba exhausto de tanto subir y bajar para autoasegurarme. Dormí en un collado al pie de la pared ya con mis amigos. Nos resguardamos allí unas horas bajo la lluvia. Con la ropa empapada nos daba todo igual, nos reíamos sabiendo que estábamos fuera de peligro. La paliza en el cuerpo no era nada en comparación con mi alegría. Todos los riesgos habían merecido la pena, me sentía lleno y comprendido por mis amigos, lo que atestiguaba que mi locura tenía parte de cordura.

A la bajada paré en el refugio de la Charpua, justo antes de una ladera muy empinada. Lo primero que me preguntó una guardesa, con pinta de cavernícola, era la edad. Al decirle que tenía diecisiete años, lo primero que acertó a decir era si me iba a dedicar a ser guía de montaña. Respondí que sí por darle la razón. Los guías en Chamonix gozan de una gran reputación en el valle, cosa que a mí no me parecía cierta, pues en esos primeros veranos en los Alpes ya pude ver con mis propios ojos cómo alguno de ellos siempre estaba acompañado de algún cliente dando pasos de abuelo por los glaciares más transitados. Para un radical como yo, debido a mi juventud, aquello no parecía un futuro muy prometedor o, al menos, divertido.

Las historias románticas de Gastón Rebuffat acerca del oficio de guía nunca me impactaron. Siempre preferí la trayectoria de un coetáneo suyo, Lionel Terray, con una mentalidad mucho más deportiva y menos romántica.

El Dru no me enseñó grandes cosas desde un punto de vista experimental. Simplemente, me dio algo de confianza respecto a lo que podría escalar más adelante.

Fue una mirada al Espolón Walker de las Grandes Jorasses la que me provocó el entusiasmo al verlo como un posible objetivo y quien se encargaría de darme mi primera gran lección, el mundo de la escalada también guardaba intereses mercantiles.

Como si por efecto de un péndulo se tratara, lo que un día representa todos tus sueños deja de serlo en cuestión de segundos. Eso me pasó a mí en la cima del Petit Dru que, sin quererlo, me vi transportado por la belleza de una cumbre a otra. Desde esa altura, la vista de la cara norte de las Grandes Jorasses es imponente; una montaña que representa una parte muy importante de la historia del alpinismo simbolizada en una persona, un trabajador italiano y humilde llamado Ricardo Cassin. Su historia y su grandiosidad me encandiló desde el primer momento que vi una foto de la pared. Algo parecido le debió de ocurrir a Ricardo Cassin cuando, empujado por una postal como guía útil a modo de croquis, consiguió su primera ascensión. Aunque, en realidad, ésa era toda la fuente de información de la que disponía, Ricardo marchó a por esta primera ascensión porque la que él quería hacer, la norte del Eiger, ya se le habían adelantado.

Me propuse hacer la ruta de Cassin en solitario y, sabiendo que esta pared era más grande y exigente que el Dru, entrené todo el año pensando en ella. Gracias a las carreras de esquí de fondo y travesía que había hecho durante el invierno, con la llegada de la primavera estaba ansioso por escalar. La motivación me llevó a encadenar mi primer octavo grado en los primeros años en los que se hacía este grado en España, a comienzos de los noventa aunque anteriormente se había hecho ya alguno. La combinación de las dos actividades durante el año resultó totalmente enriquecedora para poder plantearme cualquier escalada en los Alpes con seguridad. Nada más llegar a Chamonix en verano, el parte meteorológico anunciaba buen tiempo para unos días. Sin dudarle un momento preparé la mochila para la Walker y me dispuse a empezar la aproximación, esta vez, sí, totalmente solo.

Aprendí durante el invierno en las carreras la importancia de la ligereza. Entonces los dos mejores esquiadores de travesía que existían, Jacques Soulie y Jordi Canals, recortaban todo lo que podían al material para restarle gramos de peso. Se convirtieron en mi referencia y en la de muchos otros que siguieron sus pasos ayudando a desarrollar el deporte hasta los tiempos actuales. Muchas de esas carreras, con el tiempo, también derivaron en los maratones de montaña. Pero entonces eran un encuentro entre clubes de montaña que se encargaban de organizar alguna carrera con elementos cada vez más competitivos.

Al igual que los esquiadores de travesía, recorté parte de los tacos de la suela a mis botas de montaña y agujereé parte del piolet, y así con todo el material hasta dejar una mochila de lo más ligera. Era asombroso ver la diferencia entre algunos escaladores que se planteaban vivaquear en la pared, con el consecuente peso en la mochila, y mi manera de moverme con total soltura, sin cansarme y con total agilidad.

Madrugué como todos, a eso de la una de la mañana, que era la hora en la que te levantaba el guarda del refugio. Ya me había acostumbrado algo, pues en las carreras del invierno más de una vez tuvimos que despertarnos a eso de las tres para poder estar preparados con todos los trastos antes de que tocaran la bocina.

El frío era corrosivo, propio de una noche de los Alpes con el cielo despejado. Un frío que afecta más al ánimo para meterse en una pared de más de mil metros que al cuerpo en general. Fue allí donde me encontré al primer escalador francés bueno de verdad. Un tal Fred Vimal, que tenía el sueño de escalar la misma vía que yo. Su sorpresa fue mayúscula cuando me vio con mi insignificante mochila. Con dieciocho años podía perfectamente descifrar un leve halo de arrogancia que dejaba entrever en su conversación. Aun así, era un escalador simpático que no me pareció que escalara a un gran nivel; de hecho, no escalaba más de séptimo grado, un grado mínimo para plantearse escaladas de ese nivel en solitario. Sin embargo, era el escalador local fuertemente patrocinado que lo conocía todo de la zona. Un helicóptero le seguiría por la pared para hacerle fotos, por lo que me pidió que me apartara un poco del encuadre para que pudiera salir él solo en el reportaje. La diferencia en cuanto a seguimiento y patrocinio se dejaba notar. ¿Cómo podría yo plantearle a ningún patrocinador en España que me hubiera seguido pagando los costes de un helicóptero? Aquello era impensable en aquel momento. Yo me concentré en escalar sin pensar demasiado en el asunto.

Una vez en el centro del glaciar de Lechaux, me perdí entre las grietas y le perdí la pista a Fred Vimal. Al comienzo de la pared me di cuenta que Fred había dejado que apareciesen los primeros rayos de sol para ir más seguro por el glaciar.

Pasada ya la rimaya y metido de lleno en la pared, que se encontraba en muy buenas condiciones, escalamos juntos un buen tramo, siempre sin ayuda de las cuerdas y separados por unos cuantos metros.

Los tramos se sucedían a mucha velocidad, haciendo que me perdiera parte de la historia de esta escalada. En cualquier caso, eso pasaba a un segundo lugar pues el hecho de salir rápido de una pared de estas dimensiones significa escapar de muchos peligros. Cuando llevaba unas tres cuartas partes de la pared en los diedros de salida, cayó una piedra, hiriendo fuertemente a un escalador. Pude entender cómo le decía a su compañero de cordada en un perfecto inglés «me he roto la pierna». Lo increíble no fue su descripción tan fría del momento sino ver cómo en cuestión de minutos apareció un helicóptero con un hombre colgando dispuesto a sacar a aquel accidentado de la pared. Aquello revelaba parte de los tiempos modernos que estaba viviendo el alpinismo, rescates en plena pared donde apenas hacía unos años no se podía ni pensar en ello. A la vez, se fraguaba un alpinismo moderno rodeado de todas las nuevas tecnologías para potenciar la seguridad y explotar los nuevos caminos del marketing, haciendo fotos y grabando todo lo posible para enseñar al público general todo aquello que vive el alpinista en absoluta soledad. Una de las diferencias más tangibles del alpinismo en comparación con otros deportes o actividades es que, al final, no hay gente que disfrute directamente del espectáculo; de ahí que la montaña todavía conserve parte de su encanto alejada del mundanal ruido clásico de los grandes eventos deportivos.

Después del pequeño incidente cerca de la cima, los últimos metros se sucedieron tranquilamente y disfruté de un paisaje cada vez más espectacular. En casi todas las grandes cimas suele ocurrir una experiencia parecida: lo que se ve desde arriba va sorprendiéndote a medida que te acercas al final, regalándote la sorpresa última con el doble de visión, pudiendo ver lo que se ve al otro lado. La cima no es más que ese sitio donde la panorámica alcanza los trescientos sesenta grados. La vista transforma las emociones en felicidad contenida. Normalmente coincide también con el lugar de máxima preocupación por lo que te espera antes de llegar a un sitio sano y salvo.

Llegué a la cima de las Grandes Jorasses con el tiempo justo para ver cómo mi nuevo amigo salía volando con un parapente traído por sus colegas para intentar otra montaña ese mismo día. Era la época de los encadenamientos en varias paredes, actividades en menos de veinticuatro horas o todas las montañas que uno solo fuera capaz de hacer de una forma autónoma y continuada.

Fred Vimal y sus colegas se dejaron un litro de zumo en la cima. Desconozco si lo dejaron a propósito, pero yo me lo bebí como merecido premio a mi nueva escalada.

La última vez que vería a Fred Vimal sería en una feria de productos del *outdoor* en Chamonix. A los pocos meses murió intentando en invierno una ascensión en solitario al Capucin, otra montaña cercana a las Grandes Jorasses. Dicen que le debió alcanzar un rayo a juzgar por el lugar donde cayó y la forma en la que se encontraba colgando de la cuerda. No sé si aquello formó parte de una leyenda que los franceses contaban, pero a mí no me extrañó mucho viendo a la

velocidad que se manejaba por el Espolón Walker sin un nivel de escalada especialmente elevado. De todos modos, esta muerte cercana fue un preámbulo de lo que se me avecinaba: toda una sucesión de accidentes que todavía no sabía que iba a padecer.

Al llegar al camping de Chamonix donde normalmente me hospedaba no tuve motivación para escalar muchas más cosas y eso que el tiempo parecía querer aguantar una buena temporada. Tuve la impresión de que escalar otras cosas era como arriesgar gratuitamente. Justo al contrario que Alfonso Vizán, que se pasó todo el verano escalando.

En aquellos días de verano en el valle pude entrever que había nacido en mí un estilo concreto de hacer alpinismo.

Si bien es cierto que después de conseguir un buen objetivo es natural quedarse relativamente sin mucho empuje, no entraba en los planes de la mayoría de mis amigos cercanos no escalar cuando hace buen tiempo. Pero después de ver accidentes cercanos, y de comprobar la adrenalina que supura una escalada de este tipo, pude empezar a entender que el tiempo en la montaña se cobra su precio tarde o temprano, aunque sea por una simple cuestión de probabilidad. Supe en aquellos días que viviría muchos accidentes y que incluso alguno de ellos podría ser el mío propio.

Cuando llegué a Madrid, el revuelo en la comunidad alpina debido a mi escalada en las Grandes Jorasses fue muy sonado. Aquello tuvo sus consecuencias. Entre ellas, la primera llamada de un fabricante dispuesto a *regalarme* material sólo por llevarlo puesto en todas mis escaladas.

Al poco tiempo, se organizó una reunión de escaladores en la sierra madrileña por mis compañeros del club Peñalara. En ella estaba como invitado de honor el gran escalador de las Dolomitas Ricardo Cassin. En una de las mesas redondas que se establecieron, donde yo también me encontraba, le preguntaron con cierto tono de envidia por mi escalada al Espolón Walker, queriendo que les corroborara lo que aportaba aquello a la escalada, como si esa primera ascensión hecha por Cassin fuera lo único mencionable en el transcurrir de la historia de la montaña. La respuesta de Cassin fue contundente: «¿No es algo nuevo hacerlo en solitario y además en seis horas?». Por aquella respuesta comprendí para siempre que el futuro del alpinismo no se iba a regir simplemente por primeras ascensiones. Muchos son los escaladores que han sobredimensionado la importancia de una primera ascensión, como si fuera casi lo único valorable o auténtico dentro de las cosas que se pueden hacer en la montaña. La evolución posterior del alpinismo llevaría a derroteros que nadie imaginaría en su sano juicio, pero estábamos a punto de ver campeonatos de escalada organizados a nivel internacional y un mercado profesional incipiente parecido al más fabuloso de los circos ambulantes.

Las escaladas en los Alpes me dieron la amplitud visual suficiente para observar las paredes españolas con otra confianza. Empecé mi periplo por algunas de las paredes más clásicas de la geografía española, escalando vías en libre y, de vez en cuando, en solitario.

Fue gracias a la escalada invernal que hice en la cara oeste del Naranjo lo que provocó que me llamaran del programa de Televisión Española *Al filo de lo imposible*.

5. Primeras expediciones

Trabajar con el programa de *Al filo de lo imposible*, entonces el programa más conocido de aventura en la televisión española, me deparó una nueva experiencia: ganar dinero haciendo montaña. Aquello me hizo empezar a plantearme seriamente la escalada como un camino profesional. Una llamada de Ramón Portilla me hizo cambiar todos mis planes de verano. Me citaron en un despacho de lo más sencillo donde se fraguaban muchos de los sueños del *Al filo*.

Curiosamente, fue su director, el conocido Sebastián Alvaro, quien me propuso algo que no tenía nada que ver con la aventura: repetir la Murciana, en el Naranjo de Bulnes, una vía que ya había hecho en invierno. Para un escalador joven, con hambre de conquistas, repetir una vía y en verano no representaba una motivación especial, incluso si había una transacción económica de por medio. Convencí al director para hacer en solitario la Directísima, otra vía abierta por los hermanos Gallego un poco a la derecha de la clásica murciana del 78, también en el Naranjo. Desde el primer momento me pareció que Sebastián Alvaro tenía una gran capacidad de trabajo y leía siempre por las noches, algo fundamental en cualquier carácter con algo de inquietud. Sebastián Alvaro fue el primer hombre en acercar la montaña a todos los telespectadores. Un mérito incuestionable. De paso, algunos escaladores se hicieron profesionales. Una forma de hacerse profesional un poco particular, a costa de unos presupuestos públicos, y por ende de todos los españoles. Era un momento en el que todavía no existía un mercado alrededor de la montaña como para la existencia de cualquier tipo de patrocinio. Sí que es verdad que ya existían algunos monitores dedicándose por entero a la enseñanza de la escalada. Sebastián Alvaro era una persona aguda y consciente de la oportunidad que tenía ante un medio de comunicación tan poderoso como la televisión. Guardo especial recuerdo de una frase que decía, para mí, un reflejo de lo que ha sido parte de nuestra historia contemporánea en todos los campos. Decía algo así: «Quién copia mil veces, se convierte en un genio». Y con ello se refería a todo: a sus grabaciones, escritos, frases hechas y demás.

Contaba entonces yo con diecinueve años cuando subía sudando por las cuestas que van a dar a la cara sur del Naranjo llevando trípodes y cámaras de cine muy pesadas. Aquél era el momento en que Ramón Portilla, que trabajaba siempre con el programa, me recordaba el sueldo que iba a ganar para que mi cansancio se evaporara como por arte de magia. Y es cierto que funcionaba el dicho «sarna con gusto no pica». No había más que pensar en ganar el mismo salario pero estando en una oficina para que te cambiara la cara hacia una delicada sonrisa.

La sorpresa que me tenían guardada en la cima no podía ser más emocionante: saltar en parapente biplaza con uno de los mejores expertos de vuelo que hay en España, Laureano Casado. Laureano lo ha probado todo en el aire: parapente, paracaidismo, ala delta, globos, etcétera. Era el auténtico experto del aire. Tratábamos de hinchar el paracaídas pero no había forma. Necesitábamos la ayuda de todo el equipo de cámaras para poder mantener el ala el suficiente tiempo como para soltar los anclajes que nos tenían unidos a la cima. Justo cuando el parapente inflado nos despedía cortado abajo, uno de los seguros no quería salir. En aquel momento Sebastián Alvaro se acercó con determinación y pudo soltarnos libres con todo el vacío a nuestros

pies. Aquella aproximación a la caída libre por medio de un parapente, después de mi escalada, recorriendo la cara oeste que tantas veces había escalado, me dejó una imagen que ya nunca podría quitarme de la cabeza. La escalada que acaba de hacer casi era lo de menos. Era la visión de las vías desde una posición privilegiada que antes no podría haber imaginado lo que me llenó de satisfacción. Aquella visión a través de un espacio prohibido para cualquier escalador me dejó claro que el vacío con el que siempre luchaba era algo que tendría que explorar en un futuro.

Con el dinero que gané tenía la posibilidad de ir a una expedición a las torres del Trango, que no parecía estar formada y que al final no salió. Finalmente, me fui a Australia con la posibilidad de ir ahorrando algo de dinero en comparación con el gasto que hubiera supuesto una expedición al Himalaya. Allí probé la mítica vía del alemán Wolfgang Gullich, Punks in the Gym, una vía graduada de 8b+ y que realmente me hizo considerar la especialización y dedicación que necesitaba si quería hacerme con ella. Preferí viajar por varias zonas del país. Un mes de escalada deportiva en un lugar interesante para un europeo sólo hizo que se incrementaran mis deseos por conocer todo lo que tuviera que ver con la escalada, todas sus disciplinas, paisajes, zonas nuevas, etcétera. El mundo entero estaba detrás, pero yo sólo estaba absorto en mi mundo de paredes verticales. Mis vacaciones financiadas por *Al filo de lo imposible* me permitieron descansar de las cargas de adrenalina a las que me había visto sometido. El cielo podía esperar, había mucho que escalar en todo el mundo antes de practicar otros deportes. El viaje a Australia me proporcionó la idea de que para enriquecerme a través de la escalada iba a ser necesario viajar a muchos más lugares.

Uno de los primeros viajes exóticos que iba a hacer como escalador semiprofesional sería a Mali junto a dos escaladores catalanes, Anna Ibáñez y Carles Brascó. También vendría Darío Rodríguez, el director de la revista *Desnivel* para hacer un buen reportaje.

Hicimos varias escaladas difíciles en la Mano de Fátima, una serie de agujas verticales de más de quinientos metros en pleno desierto del Sáhara. Las vías no tenían muchas repeticiones y la inclemencia del lugar hacía que no apeteciese pasarse mucho rato al sol de las paredes. La estrategia que había que tener era la de escalar en la sombra y no quedarse deshidratado. Las condiciones eran duras, con poca agua y la arena que siempre se metía por todos los recovecos, lo quisieras o no. Pero si hubo algo que me impresionó por encima de todas las cosas no fue la escalada, ni el paisaje, fue la inmensa pobreza que se respiraba en el ambiente. Algunas de las imágenes que tantas veces había visto por televisión se hacían reales. Aparcaras donde aparcaras el 4x4, en cualquier lugar del desierto aparecía alguien como salido de entre las piedras. La instantánea de los niños semidesnudos con mocos en la nariz esperando que les dieras cualquier cosa a través de las ventanas del coche me hizo madurar de golpe más que cualquier asignatura de colegio que hubiera estudiado con anterioridad. No era la imagen simplemente lo que me impactaba, era lo que nos separaba: un simple cristal que marcaba la diferencia de suertes tan dispares.

En estos viajes, la exploración de los lugares y, sobre todo, el redescubrimiento del sitio al que uno pertenece marcan el rumbo fijo. Muchas ocasiones no se escala la montaña deseada pero a cambio se extraen grandes experiencias. En el extranjero siempre se vuelve a pensar en las

pequeñas montañas que rodean tu casa. Por muy lejos o paradisíaco que parezca el paisaje, siempre se echa de menos el sitio donde uno tiene sus costumbres, algo que va más allá del sentido patriótico que uno tenga de su país. Antaño las expediciones incluso escalaban en nombre de su patria como en el comienzo de la conquista de los primeros ochomiles. Un eterno debate más que complicado. ¿Fue Sir Edmund Hillary o Reino Unido quien conquistó el Everest? Más que el sentimiento de un país yo siempre he sentido el lugar propio donde vivo como algo hogareño o acogedor, sin importarme tanto el color de una bandera. Un tema complejo por el que Reinhold Messner se buscó muchos enemigos escribiendo que él escalaba por él y no en nombre de ningún país.

En estos viajes, si hay algo que te puede llegar a despertar los sentidos es la hospitalidad que llegas a encontrar en cualquier rincón del mundo, independientemente de la pobreza que le rodee a su gente. También me he encontrado con personas que no acababan de despertar esa sensibilidad, y que no agradecían esa hospitalidad, o simplemente no diferenciaban entre las personas, aparte de sus ideologías o religión. De todos modos, está claro que en todos los lugares hay una influencia histórica a la que cualquier persona está ligada y de la que a veces es difícil escapar.

Nada más dejar África empalmé un viaje con otro al otro lado del océano Atlántico. El siguiente destino que marcaría para mí un punto y aparte en la manera que tenía de enfocar la montaña sería la Patagonia. Durante cinco temporadas me metí en un círculo del que no podía salir. El cielo argentino emanaría un embrujo en el que me dejaría atrapar hasta ahora. En realidad, todo empezó cuando me sentía ya más profesional de la escalada. Después del viaje a Mali la importancia de la actividad y la fotografía que trajese de cada uno de estos sitios me hacía comprender que me iría llevando a cotas más altas de profesionalidad. Necesitaba proyectos a la altura y la Patagonia lo estaba. Y digo «me sentía más profesional» porque en el fondo nunca me he considerado un experto total en la materia. La palabra profesionalidad siempre me ha dado mucho reparo. Más bien, casi lo contrario, he sentido ser un privilegiado con suerte que en algún momento le han pagado sólo por escalar. Sí que es cierto que podía permitirme viajar o dedicarme por completo a la escalada sin ninguna otra ocupación. Y eso, que a priori parece una ventaja, también se puede convertir en una trampa peligrosa. Un camino sin retorno, empujado por la presión de hacer las escaladas más difíciles y sin visos de futuro asegurado.

Sí, el mercado de la montaña empezaba a dar sus frutos. Unos decidieron vivir como monitores o instructores de escalada, otros como guías, fabricantes o distribuidores y, con ellos, representantes de productos técnicos. También estaba el periodista o editor. Parecía lógico que la figura del escalador profesional llegara en algún momento. Y yo estaba ahí para aprovecharlo.

Reuní todo el dinero que pude embaucando a varios de mis patrocinadores. Con un poquito de aquí y otro de allá me podría costear una expedición por un tiempo. La promesa, siempre a futuro, de que eso sería rentable es algo en lo que han confiado empresarios del sector. En un mercado que todavía estaba en sus albores, la idea de marketing, publicidad o comunicación es algo que se conocía, pero que no se sabía cómo usar exactamente. Muchos patrocinados hemos aprovechado esa circunstancia a sabiendas de que era difícil demostrar si una contraprestación era realmente rentable o no.

Allí estaba yo en la Patagonia con el deseo interior de escalar el Cerro Torre. Más allá de ese deseo propio de escalar semejante mole en solitario, la verdad es que por primera vez me invadieron deseos de un éxito profesional más de lo necesario. En realidad, siempre he pensado que hay un porcentaje muy alto de realizar este tipo de escaladas por un sentimiento interior que va más lejos de cualquier tipo de profesionalización o fama. Pero sí es cierto que esa parte de ego personal en cualquier objetivo existe; en un porcentaje pequeño, pero existe. No en vano, a cualquiera le gusta que le digan lo bien que hace las cosas. O, incluso, aparecer en revistas alguna vez. A estas alturas, embarcado en el avión, ya era consciente de los beneficios del patrocinio al poderme dedicar por entero a la escalada y, de hecho, siempre me ha parecido un dinero relativamente fácil si lo comparas con otros trabajos o mercados, a lo que hay que sumar la libertad que ese tipo de ganancias genera. Conseguir algo de dinero para irte de expedición supone irte un par de meses por ahí a conocer mundo. Esto es tan cierto como la misma realidad. Si tienes éxito en tu expedición, todos los beneficios van a repercutir en tu propia propaganda, alimentando una especie de bonus que sube o baja, según tus resultados. En el peor de los casos, tendrás que justificar con todos los medios que la escalada que intentaste fue imposible de hacer.

Me fui con Joan Quintana y Jordi Pons, dos de los más grandes personajes de la escalada en Cataluña. Con Joan ya había hecho un viaje corto a Canadá para aprender a escalar cascadas de hielo. Al no poder hacer una primera escalada que teníamos planeada juntos, me quedé finalmente solo en el campo base. Decidí perder mi billete de vuelta. Tenía todo el tiempo del mundo por delante para tener éxito. Llegaron algunos americanos por allí. Uno de ellos me propuso escalar junto a él cualquier cosa, pues para él era también la primera vez que visitaba la zona. Su humildad para acometer cualquier escalada contrarrestaba con mi ambición por hacer grandes cosas. Cosas que se le suponen a un buen profesional de la escalada.

Desde que escalara en los Alpes varias vías en solitario me pareció que cualquier cosa que hiciera acompañado nunca sería lo mismo. Es cierto que se pueden escalar cosas en cordada tremendamente difíciles, pero la idea que siempre me rondaba era que eso mismo también sería más complicado en solitario. Había descubierto por mí mismo que el mérito de escalar en solitario era muy superior al de hacerlo acompañado. Era, por definirlo, una lucha más exigente y sincera, pero también más vendible. Así que rechacé escalar con el americano a sabiendas de la oportunidad que perdía. Ahora podía decir que estaba totalmente comprometido con mis verdaderos sueños. Con el buen tiempo y el viento en calma, llegó mi oportunidad.

Después de varios porteos de material, me adentré en el glaciar solo con un gran petate para varios días. Subí las primeras rampas hasta el hombro del Cerro Torre, donde empiezan las dificultades. Me metí en la rimaya esperando encontrar una cueva de hielo que cada año alguien construye para su propia ascensión. Allí no había nada. Quedaban pocas horas para que acabase el día. Tuve que hacer una pequeña repisa para poder cocinar algo y meterme en el saco cuanto antes pues sabía que el día siguiente iba a ser duro. Me empapé en sudor por el esfuerzo de intentar cavar una cueva en la rimaya y en un momento me vi calado hasta los huesos con toda la noche por delante. Al amanecer no paraban de caer gotas encima de mi saco producto de un agujero mal hecho en vez de una cueva de hielo decente. Me levanté hecho un cuatro a eso de las cinco de la

mañana. Uno de los privilegios de escalar en solitario es que todo va más deprisa y no es necesario pegarse mayores madrugones. También es importante moverse con luz tanto por el glaciar como por la pared por tu propia seguridad.

Preparé lo necesario solamente con equipo para la pared, casi no llevaba comida ni agua. Tenía que ir rápido a toda costa. Empecé el primer tramo sin ayuda de la cuerda dejando la mochila con las botas atadas al final de la cuerda. Según iba ascendiendo me aseguré en algunos largos con una técnica un poco arcaica, haciendo una especie de lazos grandes por las lajas de roca que encontraba y, cuando superaba unos metros, simplemente tiraba de la cuerda como un auténtico vaquero.

Estaba totalmente solo en la montaña, una sensación absolutamente sobrecogedora en un macizo tan imponente, pero no encontraba tiempo para sentir la soledad, pues entre unas cosas y otras estaba ocupado. De repente, todo el ambiente a mi alrededor cambió por completo, como queriendo adelantar acontecimientos. Aparecieron unas pequeñas brisas de aire. Me pilló bastante arriba cuando empezaba a ver la cima con cierta cercanía. Si hubiera estado acompañado de alguien no le habría dado la menor importancia a la meteorología en ese momento, pero al estar solo se despertó en mí una cierta inquietud. Consciente de que estaba en unos de los sitios de la Tierra donde el viento puede ser huracanado, no me fiaba ni de mi sombra. Cuando me encontraba a unos siete largos aproximadamente de la cima empecé a sentirme totalmente deshidratado y con miedo...

La historia de esta montaña es absolutamente fascinante, escrita en torno a Cesare Maestri como una de las posibles mentiras más grandes que haya podido haber en la historia del alpinismo. Maestri sorprendió al mundo de la montaña cuando fue encontrado en el glaciar con su compañero muerto y afirmando que había hecho la primera ascensión de la montaña considerada por muchos como la más bonita de la Tierra. Maestri volvió para hacer la ruta en la que yo me encontraba llenándola de seguros de expansión y abandonando cerca de la cumbre un compresor que hasta ahora ha quedado allí colgado. Esta vez, Maestri reconoció no haber pisado su cumbre, una especie de hongo somital que, según sus palabras, «no pertenecía a la cumbre de la montaña».

Con ello, Maestri acrecentó todavía más dudas sobre su primera ascensión, pues si había subido la primera vez en un estilo tan limpio, ¿cómo volvía después con semejante arsenal a sus espaldas?

Justo cuando tenía a la vista el compresor de Maestri pensé en retirarme. Me encontraba cansado. Era demasiado joven como para pertenecer a la historia de esta vieja montaña. La sola idea de imaginarme allí solo con una tormenta patagónica hacía que todos mis pensamientos me llevaran a la seguridad del suelo. Lancé las cuerdas y empecé a rapelar con una decisión irrevocable. Con las pequeñas brisas las cuerdas se engancharon una y otra vez, torturándome en la retirada. Lloré interiormente. La montaña había podido conmigo limpiamente. Un esfuerzo que, a pesar de mi error con el agua, provocaba que no me viera capaz de volver a emprender la escalada: demasiado riesgo, demasiado grande para mí en solitario.

La llegada al campo base fue de lo más devastadora en términos de éxito o fracaso. Todo el mundo, incluido el americano, había escalado en los alrededores, haciendo actividades

importantes como alguna ruta difícil al Fitz Roy, la otra montaña grande que se encuentra cerca del Cerro Torre. Para mí, la experiencia que había vivido pertenecía a otro universo. Por mucho que hubiera fracasado, había aprendido mucho de mí mismo: primeramente, había sobrevivido y, sobre todo, me había enfrentado con toda la crudeza de la montaña a mis límites y posibilidades, teniendo que convivir con mis propias deficiencias y mi ambición desmesurada.

Desde este fracaso, observado desde el punto de vista social, la escalada para mí ya no sería la simple diversión que constata la actitud de cualquier *amateur* de la montaña. Quizá había perdido parte de la inocencia que todo escalador experimenta en su trayectoria personal.

Me junté una semana más tarde con un esloveno llamado Grega Lacen al que su compañero había dejado abandonado para intentar abrir una vía en la cara este del Cerro Torre. El tiempo no nos dejó en dos meses siquiera subir cien metros. Acumulé un fracaso más, pero no iba a ser el último. Por allí me encontré con Ermanno Salvaterra, que lo ha hecho todo en Patagonia, y me dijo que la cara este del Torre era una locura. Curiosamente, años después Salvaterra consiguió la primera ascensión de esta misma pared.

Unos días más tarde llegó por allí Simón Elías, un alpinista de Logroño con una buena estrategia para escalar la cara oeste, toda repleta de hielo, para lo que había que organizarse en una cueva de hielo al otro lado de la montaña, un lugar más que remoto que tiene como ventaja que ves llegar el mal tiempo y las condiciones de la ruta se pueden encontrar normalmente con mejores posibilidades. No obstante, es una ruta difícil, cuya primera ascensión corrió a cargo del italiano Casimiro Ferrari, mucho menos conocido, y que, probablemente, haría la verdadera primera ascensión a la cima de la montaña. Esa ascensión le valió a Simón Elías, y a su compañero Josu Merino, el más prestigioso galardón que da la Federación Española de Montañismo, el Piolet de Oro. En mi caso, nadie me felicitó, ni siquiera por mi rotundo fracaso. No sentí una especial envidia, pero aprendí lo que cualquiera puede valorar con facilidad, que es el simple hecho de llegar a la cima.

Aprovechando mi viaje a Patagonia, y ya que había perdido mi billete de avión, me fui al Aconcagua pensando en hacer una ascensión tranquila y sin nada que tuviera que ver con paredes verticales. Allí había más montañeros que escaladores. Muchos de los que por allí había comentaban que para subir al Aconcagua no hacía falta ser un buen escalador. Con toda la buena forma física que traía tuve que abandonar también en la parte somital, justo cuando me encontraba en el corredor final, a unos trescientos metros para terminar.

Esta vez no lloré; llevaba un sufrimiento interno incapaz de subsanar. Vendí todo mi material para volver a España. Nada podía ir a peor. De este viaje traje una lección duramente aprendida. Se trataba de la definición que hacía Kurt Albert de la Patagonia: «El lugar donde los esfuerzos nunca son recompensados».

Una vez en Madrid, me recompuse haciendo algo de escalada deportiva, sin querer escalar grandes cosas. Nada que tuviera que ver mucho con andar o con el sufrimiento ligado a la práctica del alpinismo.

La opción que podía restituir mi ambición era Yosemite, en California: paredes verticales en un valle plagado de turistas al sol y buen tiempo.



... había aprendido mucho de mí mismo: primeramente, había sobrevivido y, sobre todo, me había enfrentado con toda la crudeza de la montaña a mis límites y posibilidades...

6. Vivir profesionalmente de la escalada

Subía por la carretera de curvas que da acceso al parque natural más conocido en California. Llegaba de Oregón, donde había pasado unos días en la caliza roja de Smith Rocks. Estaba ansioso por ver al Capitán. Tras unas cuantas curvas más apareció la mole granítica entre los árboles, cerca de una inmensa llanura. Me impresionó, tal y como me lo había imaginado. Un farallón de roca esculpido por la propia naturaleza. Se notaba un ambiente de escalada mezclado con un turismo de lo más internacional. Desde el primer momento que aterricé en el valle me adapté a la rutina allí, conviviendo con los escaladores locales tan legendarios. El valle de Yosemite era un paraje de sueños inimaginables para el que había que estar entrenado. No era fácil escalar allí. Se podía sentir la frustración fácilmente cuando una placa lisa de granito no te dejaba alcanzar esos sueños. Algo parecido a lo que viví en la Patagonia, donde de una forma más radical siempre te sentías engañado. No importaba la ambición que tuvieras, siempre te ibas a sentir frustrado, y es que esos vientos de la Patagonia podían arrebatarte todos tus deseos más profundos. Ahora esperaba que el tiempo de California, más benigno, me deparara aventuras más placenteras o que al menos dependieran más de mi estado de forma.

Y vuelvo a la Patagonia hablando de Yosemite porque ambos sitios son la meca para muchos escaladores. Para muchos alpinistas, Yosemite es la antesala para escaladas en grandes paredes en macizos montañosos, casi solo para escaladores, pues en muchas de estas montañas, como en Patagonia, solo se puede acceder a la cumbre por medio de escaladas complicadas con descensos aún peores. Así, la visita a Yosemite se vuelve casi obligatoria para cualquier escalador. Este lugar de encuentro de alpinistas de todo el mundo sigue siendo el sitio donde descubrir las últimas tendencias. El lugar ideal donde aprender a manejarte bien en una pared hasta el punto que parezca un sitio fundamental para un buen reciclaje cada cierto tiempo. La organización para un viaje aquí requiere llevar los clásicos petates y hamacas que se arrastran por la pared para poder permanecer varios días colgado. Yosemite es el sitio donde las rutas tienen las famosas frases del escritor Castañeda, como *Tales of Power (Historias de poder)*, leyendas propias de los años setenta, cuando las drogas y la escalada tenían mucho que ver con un viaje espacial. Para otros, Yosemite es el viaje a la historia de la revolución de la escalada libre o, simplemente, un gran lugar para la escalada al sol con bloques placenteros. En ambos lugares hay también mucho espacio para la fiesta, el sexo y todos los vicios de los que disfrutaban muchos alpinistas.

Fue gracias a Portilla el que cayera en mis manos el mítico libro de George Meyers *Escaladas en Yosemite*. No me puedo ni acordar la de veces que pude ver aquellas fotos con los hippies de los años setenta. Y ahora estaba allí, nutriéndome de cada vista y cada olor del bosque. Entonces, cuando leía aquel libro, no me creía que algún día visitaría el mítico valle en California. Menos aún que escalaría el Capitán o los pequeños bloques más conocidos.

Midnight Lighting es, probablemente, el bloque más famoso del mundo al encontrarse en medio del archiconocido campo 4.

Revistas de todo el mundo han retratado este campamento en fotos, donde en las tertulias de escaladores también se reinventó el *slackline* o funambulismo, una actividad de relax que se

practicaba en descansos entre escalada y escalada. La cuerda que se colocaba entre dos árboles, servía de entrenamiento para el equilibrio físico y mental. Con el tiempo esta actividad se pasaría a las grandes paredes atravesando cortados impresionantes. Algunos escaladores como Dean Potter lo llegarían a hacer sin asegurarse con un arnés a la cuerda por la que se pasa en equilibrio.

Nada más llegar al camping me puse los pies de gato. Me dolía la espalda de tanto viaje pero la motivación de probar el bloque más conocido del mundo fue superior a cualquier dolor. Me costó varios intentos y varias caídas pero sólo estar allí probándolo era como sentirte el mejor de los escaladores. Encontré el truco que me venía bien. Hacer el bloque más fotografiado del mundo fue para mí una inyección extra de moral, pero junto a este bloque ya florecían algunos pasos con un nivel estratosférico que no llegaba siquiera a vislumbrar. Había bloques y vías difíciles por todos lados. Sentía constantemente la sensación de que no acertaba a fusionar mi nivel de escalada con la ambición que tenía. Otra vez la ambición. También en este universo de paredes se dejaba entrever la cantidad de disciplinas diferentes que iba cogiendo la escalada de su raíz principal, el alpinismo.

Ya no era posible plantearse como antaño escalar montañas en la Patagonia y al mismo tiempo poder escalar las vías de roca más punteras. Había que dedicarse a una sola cosa.

La estrategia para hacer grandes escaladas volvía a ser igual de importante que una montaña, un buen compañero o un buen material podían ser el resultado positivo de una buena escalada.

Fui a Yosemite a resarcirme del último viaje a Patagonia, buscaba tranquilidad. Era el momento de disfrutar sin pensar demasiado en cimas. Necesitaba un descanso mental. Pero el corazón me decía otra cosa. Fui al valle con un amigo de Vitoria, Gorka Hernaez, un bombero con una trayectoria larga en la montaña. Nada más pasar un pequeño proceso de aclimatación de dos jornadas pude escalar el Capitán en tres días, y el Half Dome en unas horas, algo que me pareció de cierto nivel deportivo en su momento. Pero lo que para muchos sería todo un proyecto de años de escalada tampoco me pareció una gran cosa. Era, por así decir, la consecuencia de una evolución natural de la que yo ya formaba parte. Digamos que aquellas escaladas, que serían divertidas, no calmaron mis ansias de conseguir grandes metas. Dormir en las repisas del Capitán con la tranquilidad de que el tiempo sería estable era una nueva experiencia, pero no me relajaba el ardor interior que sentía. Hoy en día se escala el Capitán y el Half Dome en unas horas, por no hablar de los solos de Dean Potter o Alex Honnold por los vericuetos más inaccesibles. La mejor escalada que hice fue la Free Rider al Capitán en libre, una variante de la Salathé Wall que harían los hermanos Huber para poder ascender en libre al Capitán. Aunque no pude más que hacerla con cinco reposos disfruté muchísimo con un amigo brasileño que había conocido en el campo 4. Pedriño, como se hacía llamar, era un informático bien educado que soñaba con vivir de la escalada y que, a todas luces, en su condición de brasileño errante le iba a ser difícil de conseguir. Nos pasamos cinco días allí colgados con la sensación de que por más alto que subíamos, a unos ochocientos metros por encima del suelo, nunca llegábamos a acostumbrarnos a la altura. Me encontraba en buena forma, listo para la escalada libre. Largo a largo iba desollándome las manos con las fisuras cogiéndole el tranquillo. Digamos que tampoco era el lugar ideal en medio del Capitán pero no tenía tiempo para pasarme la vida abajo en el valle. A medida que cogía altura,

las sensaciones de la altura limitaban mis expectativas. Cada tramo que superaba en libre me costaba una eternidad. El vacío me creaba una angustia constante. En una de las famosas travesías de la vía tuve ganas de devolver, el estómago se me encogió y no me quedó más remedio que aguantar con tal de no caerme. Cada metro que escalaba era un triunfo que arrebatava al miedo que sentía al ver tanto espacio bajo los pies. En algunas ocasiones las pequeñas regletas donde podía apoyarme hacían que fuera inevitable mirar para abajo. La cuerda colgaba en tramos con el último seguro a unos cuantos metros por debajo de mi cuerpo. Llegué verdaderamente con las últimas fuerzas a la cuesta cimera. La vista desde allí era todo cuanto podía pedir. Venía de un universo vertical al que no podía acostumbrarme. Necesitaba otra aproximación para llegar a acostumbrarme a la escalada libre a tanta altura.

Una ascensión que para mi hubiera significado algo importante en su momento, y que hoy no dejaría de ser una vía clásica de 7c o la vía más fácil en libre en esta mítica pared.

Me enamoré del ambiente *yosemite*, tal y como lo había imaginado desde pequeño, siendo consciente de cómo habían cambiado los tiempos. Rayando los veinticinco años podía ver cómo incluso los hippies se transformaron viajando en buenas furgonetas con los pies descalzos. Aunque ese tiempo, el que me tocaba vivir a mí también, guardaba parte de su hechizo histórico en las fisuras y placas de cualquier pared con la que te enfrentarás.

Cada escalada en Yosemite tiene el encanto de su historia en todos sus agarres. Encadené varios viajes seguidos al valle. Empecé a conocer a los grandes escaladores de la época más hippie y los del tiempo actual, desde Ron Kauk, conocido por su simpatía y carisma clásico de cowboy americano, hasta Yuji Hirayama, el mejor escalador japonés con toda su rectitud asiática. También conocería a un escalador con un futuro más que prometedor, Dean Potter, que entonces andaba solo jugando con las cintas del funambulismo a ras del suelo y que posteriormente al hacerlo sin asegurarse, como dije antes, llevaría esta práctica a ser conocida en todos los ambientes juveniles como parques o universidades de Estados Unidos.

A partir de aquí supe que volvería al valle casi cada año y se sucedieron más viajes. Otro de mis sueños en las siguientes visitas al parque fue escalar en solo la superclásica Separate Reality, una fisura en un techo totalmente horizontal que representaba la auténtica revolución de la escalada libre llevada a cabo en Yosemite en los años setenta. No me costó demasiado debido a mi experiencia de escaladas en granito en la Pedriza, donde se encuentran infinidad de fisuras. Estaba totalmente convencido de poder hacerla sin ayuda de las cuerdas, rememorando la vieja manera de hacer las cosas, como en el libro de George Meyers, y cada vez que pasaba por allí encadenaba todos sus movimientos con total seguridad y con la secuencia de pasos realizada de manera perfecta, hasta el punto de parecerme fácil, condición indispensable para hacer cualquier escalada en este estilo. Pero no sé si fue el peso de las fotos del mítico escalador Wolfgang Güllich, que ya la había escalado sin cuerda en los ochenta, que recaía sobre mi mente con toda su fuerza o simplemente que no me atreví. Wolfgang no era un escalador cualquiera, era el compañero de Kurt Albert, primero en escalar una vía sin cuerda de esta espectacularidad y el primero en inaugurar un noveno grado de escalada en el mundo. Lejos de convertirse en una actividad totalmente marginal, la escalada sin cuerda se ha hecho en cada década desde entonces. El caso es

que los años me han enseñado que hay una diferencia clara entre lo que puedes hacer y lo que crees que es posible hacer en tu imaginación. Pero sin los sueños de lo que crees que es posible, nada de lo que se hace se convertiría en realidad. He aquí un equilibrio difícil de encontrar, pero en el que todo escalador con una inquietud o ambición por progresar acaba inmerso en algún momento de su camino.

Allí en el valle estaba Alex Huber, un escalador alemán con un sentido de la profesionalidad totalmente arrollador. Alex no iba a Yosemite a perder mucho tiempo viviendo el ambiente de los lugareños del valle. Su propósito era el que residía en su cabeza antes de llegar, cuando probablemente todavía estuviera en su casa fraguando los sueños en una libreta. Llegaba al valle y se adentraba en la pared a trabajar como un auténtico hombre responsable, con deberes que desarrollar, como cualquier otra persona en su trabajo diario. Y así hasta que conseguía su objetivo. No te daba la sensación de que Alex fuera el escalador más cualificado, pero sí el más trabajador con el firme propósito de alcanzar sus deseos. Alex abrió la etapa postmoderna de la escalada en el valle al escalar en libre muchas de las vías que solamente se podían hacer en artificial hasta entonces. Desde finales de los años noventa ha habido un sinfín de ascensiones en libre por lugares que hasta hace unos pocos años parecía imposible ascender de otra manera que no fuera agarrándose a todo.

En un lugar de encuentro con escaladores de toda la escena internacional, uno empieza a darse cuenta de la medida de su potencial para hacer cosas. Quiero decir que no es fácil resistir a la comparación aunque tu espíritu no sea especialmente competitivo. La competitividad en la escalada ha sido siempre contra uno mismo y todo lo que uno sea capaz de desarrollar, pero está claro también que ha habido en la historia de la escalada un factor de competitividad importante entre escaladores que ha llevado a muchos a conquistar grandes hazañas. Muchas de esas conquistas han sido las que han llevado a la evolución de los deportes de montaña en general.

Cuando te acercas a tus límites en la escalada, empiezas a comprender ciertas cosas que antes, en una etapa de conocimiento, no podías siquiera interpretar. Detrás de muchos de estos sufrimientos por alcanzar tus sueños se abre ante ti una verdad que, a veces, permanece oculta a los demás, tal y como reza un aforismo hindú.

Después de la etapa en Yosemite, pude darme cuenta que contaba con unos años cruciales, en los cuales podría o no desarrollar los sueños que estaban en mi cabeza. Quizá podría o no convertirme en uno de esos grandes escaladores profesionales que empezaban a aflorar por diferentes países.

A partir de ahora tendría que concentrarme en mis propios objetivos, más que en los ya realizados por otros. Una vez completada una especie de periodo de aprendizaje en el que había pasado por todas las disciplinas de la montaña era el momento de elegir, ¿podría o no hacer de la escalada una verdadera profesión?

Yosemite me sirvió para ver cómo las posibilidades entre unos escaladores de unos países y otros cambian radicalmente. En el valle experimenté con Yuji Hirayama o Alex Huber cómo lo que puede diferenciar a un escalador bueno de otro es el aspecto mental. A muchos de ellos les sobraba la motivación para estar todo el día escalando sin reparar en otras cosas. Pero, también,

pude ver cómo el entorno que te rodea puede llegar a ser determinante.

No es una coincidencia que sea en los países más desarrollados donde el alpinismo nació y se desarrolló con mayor rapidez. En la famosa explicación con la pirámide de Maslow se puede entender de forma individual por qué una vez cubiertas las necesidades básicas las personas pueden empezar a preocuparse por desarrollar su nivel de autosatisfacción personal que se encuentra en la cúspide de la pirámide. Y eso es lo que pasa en general con el alpinismo estudiado por países. Si descontamos algunos casos excepcionales de alpinistas que existen en cualquier país con una renta per cápita pobre, como, por ejemplo, el alpinismo que se desarrolló en los países del Este en los años ochenta, el entorno pobre no favorece un alpinismo profesional. Así, en esa gran universidad que es Yosemite, al igual que los Alpes en Europa, se puede estudiar cómo los mejores escaladores de antes del siglo XXI fueron de países como Inglaterra, Francia, Alemania, Italia o Estados Unidos.

La historia de la escalada en España se remonta a escasos cien años, cuando el marqués Pedro Pidal y Gregorio Pérez, *El Cainejo*, vislumbraron la posibilidad de escalar la montaña más emblemática de España, el Naranjo de Bulnes, conocido por los lugareños asturianos como el Picu Urriellu. Hay escritos sobre esta ascensión de lo más esclarecedores sobre el momento que se vivía la historia de España todavía con un sentido patriótico propio de los grandes estados pioneros en la historia de la civilización. Don Pedro Pidal decía sobre el Picu Urriellu: «¿Qué idea me formaría de mí mismo y de mis compatriotas si un día llegase a mis oídos la noticia de que unos alpinistas extranjeros habrían tremolado con sus personas la bandera de su patria sobre la cumbre virgen del Naranjo de Bulnes, en España, en Asturias y en mi cazadero favorito de robegos?». Y no deja de ser menos interesante cómo describía Don Pedro Pidal a Gregorio Pérez, *El Cainejo*, su mejor compañero de cordada posible: «Es un hombre fornido, cazador eterno de robegos, que vive en la peña, mientras las nieves no le arrojan al valle; sus pies descalzos agarran como ventosas en las cornisas inclinadas de los acantilados infinitos que cuelgan sobre los precipicios de los Picos de Europa; desaloja al robezo de sus más inexpugnables torres y lo mismo duerme al pie de un ventisquero que corre a cobrar un animal al fondo de un abismo. Gregorio era el hombre que me convenía...».

Pidal, marqués de Villaviciosa, y Pérez *El Cainejo*, fueron la primera cordada de la historia del alpinismo español, los primeros en ver los Picos de Europa desde lo alto del Urriellu. Fue el 5 de agosto de 1904.

Así pues, en un país con un retraso de cien años en la historia del alpinismo con respecto a países pioneros en la aventura, como Inglaterra, o los países alpinos es normal que el desarrollo moderno no se afianzase hasta pasados unos años después de la terrible Guerra Civil. Una guerra que junto a unos años posteriores de pobreza y autarquía total harían de España un Estado incomparable a lo que fue históricamente y que limitaría el desarrollo de cualquier otra actividad que no consistiera más que en la simple supervivencia.

No sería hasta los años cincuenta y el plan de estabilización del año 1959 cuando España se dio cuenta del evidente fracaso del modelo autárquico. Fue en estos años cuando empezó una cierta liberalización de precios y una apertura de fronteras que empezarían a calar

progresivamente en la motivación interior de las personas.

Así que en estos tiempos grises donde el estado de bienestar tampoco era una realidad como la que hoy conocemos, la miseria, la enfermedad y, sobre todo, la incertidumbre afectaban a todas las estructuras sociales. ¿Cómo podría haber un desarrollo del alpinismo o de la escalada con un panorama así? ¿Cómo cabría, incluso, en la imaginación de las personas la sola idea de arriesgar la vida haciendo algo que a todas luces nunca sería rentable?

De todos los pioneros de la escalada en España, dos hombres, Alberto Rabada y Ernesto Navarro, de Aragón, estarían llamados a convertirse en la más brillante cordada del siglo xx. En el año 1961 suman a su historial de increíbles escaladas como el Mallo Firé, en Riglos, el Espolón Este del Gallinero, en Ordesa. Pero su gran escalada sería a la impresionante pared oeste del Naranjo de Bulnes, vivaqueando durante varios días en la pared. Es obvio que cuando se enfrentan a la Oeste del Naranjo, en 1962, los aragoneses están en un extraordinario momento de forma física. Sería al año siguiente cuando esta formidable cordada moriría al intentar escalar la cara norte del Eiger, uno de los grandes objetivos europeos que ya habría sido escalado en el año 1938, cuando los españoles estábamos inmersos en la cruenta guerra fratricida.

Con una historia tan fascinante de ascensiones en épocas tan duras, con un nivel de comodidades incomparable al que podemos vivir hoy en día, resulta todo un viaje profundo al pasado plantearse escaladas a cualquier pared, pero es, especialmente, la escalada del Naranjo de Bulnes la que puede infundir más respeto, deseo y admiración que ninguna otra, especialmente para alguien que quiera medir todas sus fuerzas de juventud.

Es también el Naranjo de Bulnes donde sus líneas invisibles pueden contar toda una historia de escaladas resueltas por los protagonistas de las últimas generaciones. Esos paredones verticales, principalmente la pared de la cara oeste, han atraído a todos los escaladores. Allí se puede observar, a través de la actividad desplegada, todas las tendencias que ha habido en la escalada, como las primeras ascensiones buscando la lógica, las directísimas, las invernales, los récords de permanencia o velocidad y hasta las ascensiones solitarias. El Naranjo es como un pequeño Yosemite.

Es en esa pared asturiana donde iba a regresar una y otra vez para ver cumplidas muchas de mis fantasías y ambiciones. Un espaldarazo a mi camino en la montaña, cada vez más profesional.

7. El Naranjo de Bulnes

A veces, cuando se es muy joven, se piensa con una cierta seguridad no propia de la edad. Quizá un pensamiento fuerte por el hecho de no estar contaminados por demasiados conocimientos. Digamos también que se van afianzando algunos principios a los que queremos agarrarnos por puro asentamiento de la personalidad. Muchos de esos pensamientos, aunque carentes de toda solvencia, eran los que yo tenía cuando empezaba a escalar. Pensaba en ser profesional de la escalada por una fuerza divina, más allá de lo que yo supiera que podía alcanzar o lo que un mercado competente pudiera ofrecerme. Incluso me planteé la promesa de que si no era capaz de vivir de la escalada cuando cumpliera veinticinco años abandonaría todo para coger otro rumbo. Tampoco entraba en mi cabeza la idea de escalar como un aficionado que solo sale los fines de semana, que es lo que una vida *normal* te va a permitir.

Existen casos concretos como el de Reinhold Messner, el primer conquistador de los catorce ochomiles, que fue capaz de sobreponerse a un mercado inexistente. Tal era su caso en los años setenta, cuando todavía no se vendía el suficiente material como para que una casa de la montaña te pudiera patrocinar el ir al Himalaya.

Entonces, las expediciones estaban apoyadas por los gobiernos locales con la idea de que aquello todavía pertenecía a unos tiempos de exploración donde los hombres aportaban grandes cosas a la civilización. Hombres superiores capaces de padecer las durezas de la montaña que otros no serían capaces de resistir.

En el caso de Reinhold Messner, la idea de superhombre inventada por Nietzsche se cumplía a rajatabla. Messner pudo demostrar a científicos que el hombre podía resistir unos minutos sin oxígeno artificial en la cima del Everest, aclimatando en una atmósfera enrarecida antes de la ascensión. Incluso mostraría que lo podía hacer totalmente en solitario, sin ayuda de nadie más. Al mismo tiempo, Messner registraba sus experiencias en una grabadora para luego transcribirlas y convertirlas en un libro. Después, se organizaría para dar conferencias y así un sinnúmero de actividades más que pocas personas tienen el privilegio de conseguir sino es gracias a la madre naturaleza.

A medida que uno va adquiriendo algo de conocimiento, aunque sea sólo por leer algunos de los libros de Messner, uno se puede hacer una remota idea de la situación contemporánea de la escalada. Con muchos de los libros de literatura de montaña, como los clásicos de Bonatti, Terray, Rebuffat, Diemberguer, etcétera, yo aprendí a valorar con algo de perspectiva el tiempo actual.

Cosas que sorprenden ahora no lo hacen tanto si se conoce bien la historia. Messner y el resto lo hicieron prácticamente todo en la montaña. Vivieron los últimos años de verdadera aventura, en el sentido de lo que quedaba por descubrir, por conocer, por aportar... ¿En qué se diferenciaría cualquier escalada a las precedentes si no fuera por el tiempo o por el estilo? En esencia, quiero decir que nada de lo que se hiciera después de las épocas gloriosas cambiaría las cosas, excepto en una sola: el nivel de deportividad.

Con el tiempo, pasaría algo así como lo que ocurre en el atletismo: que nada evoluciona hasta que se establece un nuevo récord, pero la normalidad suele producirse en un marco de actividades

simplemente sobresalientes, sin hacer progresar tan rápidamente el deporte como lo fue en su época dorada cuando se batían los récords con mayor facilidad y rapidez. En la actualidad, en cualquier deporte, de vez en cuando, emerge una figura que colapsa los logros anteriores y pone un peldaño más en la evolución deportiva. Pasa lo mismo en el alpinismo. Es el caso de Ueli Steck, el escalador suizo más evolucionado pulverizando récords de velocidad inimaginables tanto en los Alpes como en el Himalaya. Todo este proceso es algo que yo pude entender a través de los libros y la escalada. La montaña es peligrosa: ésta es la principal diferencia con cualquier otro deporte, y una de las formas de actuar en contra de los peligros es incrementando el nivel de entrenamiento y la ligereza; de esta manera se puede pasar el menor tiempo posible en los glaciares. Con ello también se incrementa la deportividad y la competitividad. Hacer la Walker en seis horas sin conocer la ruta no es ninguna hazaña si uno lo mira con cierta objetividad. Ir en solitario, la no utilización de cuerdas, el no parar en reuniones y la ligereza que uno lleve hacen que un tiempo así sea lo normal. Es fácil entender que si a eso mismo le aplicas un aspecto más deportivo, conociendo antes el terreno, entrenando específicamente y yendo más ligero, lo normal sería bajar ese tiempo en otras tres horas.

Por todas estas reflexiones, actividades vividas y experiencias literarias, yo siempre que oía la palabra «expedición» me sonaba a algo parecido a un fraude, algo a lo que te tienes que acostumbrar porque tampoco es cuestión de expresarse en términos como «me voy de viaje al Everest». Pero los tiempos también cambian el lenguaje, las conductas y las formas. Hoy en día, cualquiera, con tal de vender una expedición en su pueblo, hace uso de esta palabra y lo que haga falta para irse de viaje al Himalaya.

Todo lo que vives y escuchas va calando en tu subconsciente de una forma invisible; eso es lo que yo sentía. También yo usaba la palabra «expedición». Pero si tienes la suficiente educación como para no intentar engañar demasiado, llega un momento en el que te planteas lo que de verdad aportas a tu entorno. Cuál es tu verdadera rentabilidad a través de tus acciones. Hasta dónde puedes llegar realmente vendiendo esa moto. En el caso de algunos alpinistas, a la hora de vender una expedición no es la autoestima alta lo que denota el buen concepto que algunos tienen de sí mismos, es claramente una falta de educación la que les lleva a no tener escrúpulos ni sentido de la vergüenza o de la ética. Además el hecho de pedir un patrocinio para tu actividad da por sentada la creencia de un cierto nivel por encima del resto, algo realmente complicado de medir en el alpinismo.

En mi caso, como escalador profesional, por definirlo así, llegué a crearme un pequeño sueldo con el que sufragarme para ir tirando, nada del otro mundo. Mucho de lo que a mí me han pagado los patrocinadores ha quedado totalmente rentabilizado aunque fuera sólo por apariciones en zonas de escalada, en revistas, conferencias o competiciones. Durante estos años nunca tenía mucho con lo que rascarme el bolsillo, así que también tenía un cierto margen de libertad para decidir cuál era mi escenario favorito.

Cuanto más disciplinas iba conociendo en torno a la montaña, como el esquí, el alpinismo, las grandes paredes, la escalada deportiva, etcétera, más difícil se ponía hacer algo interesante en cualquiera de ellas. Había que elegir poder hacer algo en condiciones y opté unos años por

abandonar el esquí durante el invierno.

El tema de la especialización es un asunto complicado si uno quiere renunciar a ciertos placeres que ya conoce. No es fácil combinar todas las actividades que se pueden hacer en un año. En términos profesionales, en un mercado floreciente en torno a la montaña, uno tiene que especializarse si quiere conseguir un hueco en él. Hay dos opciones: especializarse, y con ello conseguir una capacidad de concentración para obtener resultados mejores, o hacerse multidisciplinar y perder en cierta medida la opción de pelear por grandes retos. También está la alternativa de ir cubriendo etapas en las diferentes disciplinas hasta ver cumplidas tus expectativas en cada terreno. A nivel de aficionado esto no requiere grandes planteamientos; uno puede hacer lo que quiera y ya está. Pero el alpinismo extremo necesita de concentración para hacerlo de la manera más segura. Y entre viaje y viaje, entre el cambio de una disciplina a otra, siempre se pierde parte de la forma física.

En los años noventa, la competición de escalada y esquí en España era ya una realidad con un calendario que cumplir por parte de los deportistas durante todas las estaciones del año. Entendiendo que el alpinismo se iba haciendo cada vez más deportivo, nunca me importó participar en las competiciones de escalada a sabiendas que mi papel nunca sería algo relevante. Sin embargo, la experiencia que se consigue a cambio puede ser muy valiosa para el puro sentimiento deportivo. La sola idea de que un error provoca tu eliminación de la prueba te lleva a tratar de afinar todas tus virtudes, la concentración, la relajación, la fortaleza interior, etcétera.

Fue gracias a la competición que también incrementé mi nivel de escalada deportiva tratando de aplicar todo lo aprendido en las paredes más o menos cortas. Una de las paredes más emblemáticas que iba a acaparar toda mi atención durante años sería el Naranjo de Bulnes, o Picu Urriellu.

En compañía de Alfonso Vizán concretamos como objetivo de un verano sin planes la cara oeste del Naranjo. Entonces conseguimos una pequeña ayuda para el viaje de nuestro querido club desde que los dos empezáramos a escalar, la Real Sociedad de Alpinismo Peñalara. Un club con la solera de los viejos tiempos, donde la cultura, el medio ambiente, la educación basada en los valores que se encuentran en la naturaleza y, especialmente, en la montaña forman el principal patrimonio, ya que hasta ahora no ha dejado de ser una institución sin ánimo de lucro.

Fuimos hacia Picos de Europa primero en tren desde Madrid a Santander; de ahí a Torrelavega en autobús, y después en otro autobús al pueblo ubicado al pie de las faldas de la cordillera, Potes, una vuelta que hoy en día es del todo innecesaria. Ya en la montaña, hicimos una parada en el refugio Cabaña Verónica, con su *refugiero* jefe llamado Mariano, ya fallecido, que estaba al frente, valorando y dando cuenta por la emisora de todo lo que acontecía en el que, en teoría, era el refugio más alto de España.

Un día después llegaríamos, por fin, al pequeño refugio que había antes al pie del Naranjo, con un escalador conocido como Tito al mando de aquella pequeña casa construida con la ayuda de Teógenes Díaz, el primer ascensionista del Torreón de los Galayos y miembro del club Peñalara. Tito era un escalador muy bueno, asturiano, con un carácter necesario para vivir en estos parajes durante mucho tiempo.

La idea que llevábamos era la de escalar en libre la vía de Rabadá y Navarro a la cara Oeste. Hoy en día la caída forma parte de la progresión natural por forzar las vías en libre; algunas caídas son espectaculares por el aprendizaje derivado de la escalada deportiva. Cuando intenté escalar la cara oeste en libre, la escalada deportiva en las grandes paredes no era todavía lo que primaba y había que evitar a toda costa el vuelo, que era lo único que estaba prohibido en las paredes.

Entonces, en aquel verano típico asturiano, con su orbayo y bruma al atardecer, tenía una pequeña información de que un tal Francisco Javier Orive, junto a mi conocido Ramón Portilla, ya la había hecho en libre. Me até los pies de gato con fuerza y tuve un buen vuelo en el primer largo nada más empezar, una caída que no me llevaría a un fracaso posterior en mi aprendizaje particular para perfeccionar la caída libre, como podría constatar más tarde.

Seguimos ligeros, tratando de escalar deprisa para evitar el vivac en la pared, que era lo que realmente nos preocupaba al no llevar nada de abrigo con lo que pasar la noche. Por unas horas hicimos un viaje fascinante a la historia de una escalada que había representado un gran paso hacia adelante para la escalada moderna y futura. Era sobrecogedor saber que aquella misma roca la habían tocado Rabadá y Navarro.

Llegamos a la cumbre por la tarde con la sensación de haber cumplido no sólo con nosotros mismos, sino con todos los que en el club habían confiado en nuestro pequeño proyecto.

Pasados los años, yo seguiría visitando el Naranjo cada año sin excepción ya con Tomás Fernández como jefe de un refugio ampliado y modernizado.

Con Alfonso y los clásicos amigos *pedriceros* iría acumulando toda una colección de escaladas en Riglos, Ordesa, Peñón de Ifach, Terradets, y en el extranjero por los Alpes franceses y las Dolomitas en Italia por la pared de la Civetta. Amén de mis siguientes expediciones, una serie de escaladas acumuladas durante años me darían la posterior seguridad como para plantearme subir en solitario por la cara oeste del Picu Urriellu, como le gusta decir a los asturianos de Cabrales. Sin la experiencia de mis viajes y montañas a diferentes lugares jamás me habría podido plantear la escalada sin ayuda de la cuerda. La escalada sin cuerda no es algo que se entrene con la práctica pues no existe un terreno intermedio, o escalas con ella, o sin ella. Es solamente la experiencia acumulada de muchas escaladas en diversos macizos lo que te da la verdadera seguridad interior.

Sin duda, toda esa influencia que traía conmigo de las lecturas de libros y revistas hacían de mí un auténtico Don Quijote en busca de aventuras. De todas las historias que leía en tiempos del bachillerato eran las de un tal Tomo Cessen las que más me empujaron a idealizar una forma de escalada. Tomo Cessen, al que posteriormente conocería en un viaje a Eslovenia para hacer escalada deportiva, fue uno de los primeros alpinistas en tener una concepción absolutamente deportiva del alpinismo. Me acogió con generosidad en su casa. Sus hijos apuntaban maneras de buenos escaladores como así fue un tiempo después. Entrenamos fuerte por unos días y a pesar de verme yo más fuerte de entrenamiento deportivo jamás se me pasó por la cabeza comparar el nivel que tenía Tomo en la escalada. A diferencia de los escaladores franceses como Christophe Profit o Eric Escofier, que fueron los pioneros en hacer varios encadenamientos de varias rutas en el día en los Alpes, Tomo destacaba por hacer octavo grado y, a la vez, no contar con grandes patrocinios al venir de un país, primero Yugoslavia y posteriormente Eslovenia, con pocos recursos para la

escalada. Años después sería protagonista por crear una de las más grandes dudas respecto a una ascensión de un ochomil en solitario de forma meteórica, el Lhotse por su cara sur. Para muchos, la mentira más grande acontecida en el Himalaya. Para mí, fue tremendamente impactante vivir unos días en casa de un ídolo que había idealizado hasta la saciedad y ver cómo su familia, incluso sus hijos, creían su historia fehacientemente a pesar de que el mundo entero de la escalada le tenía ya por un gran mentiroso.

Con estos ideales de escalada en la cabeza, contruidos por una motivación desbordante que superaba cualquier realidad, decidí hacer en solitario la cara oeste del Naranjo por la clásica Rabadá y Navarro.

Me planté al pie de vía con una cuerda de siete milímetros y 30 metros, necesaria para hacer un rápel a mitad de la vía. Un péndulo, llamado el Rápel de la Guitarra, que en aquella primera ascensión de Rabadá y Navarro suponía la decisión de ambos de cortar la retirada en caso de no poder seguir hasta la cumbre.

Subí los primeros metros con la confianza que me daba el haber pasado un verano compitiendo hasta entrar en las finales con los favoritos. La escalada deportiva y la competición me habían dado un nivel superior. ¡Qué distinto me parecía todo aquello ahora a varios cientos de metros del suelo! La escalada segura que había realizado ese verano me dio, sin embargo, la soltura del octavo grado que ahora en grados menores de pared me permitía ir con bastante facilidad. Tramos que hacía años me parecían difíciles ahora ni siquiera me costaban. Pasaba los metros con bastante velocidad. No me agarraba con especial fuerza en los tramos más comprometidos, procuraba pensar en tener siempre a mano un buen agarre en caso de resbalón. Todo marchó a la perfección. En medio de la gran travesía me encontré con unos ingleses que accedieron rápido a dejarme adelantarles. Traté de expresarme en un buen inglés sin perder la compostura al igual que hacían los ingleses por mucho que estuvieran en medio de la pared. A partir de ahí volé literalmente hasta la cima. Grité de alegría hasta perder el eco de mi voz. Era un grito de liberación que volvería a repetir. No me habría creído nunca antes poder subir en escasas tres horas hasta la cumbre.

Aquella ascensión no la hice como la soñaba, pues pensaba que iba a tener que asegurarme en algún sitio, cosa que luego no me hizo falta. Colgué la cuerda en tramos dejándola arrastrar detrás de mí. Pero esa cuerda era necesaria no sólo para el rapel en medio de la pared sino también para bajar por el otro lado de la montaña. Hacer el Naranjo en casi solo integral, pues había llevado esa pequeña cuerda, me abrió las puertas de un mundo alpino que se plantaba ante mí con objetivos incalculables.

Durante años fui escalando al menos una vía anual en solitario en la cara oeste hasta llegar a diez y la apertura de una nueva vía. Una vía de la que luego me arrepentiría porque atravesaba excesivamente cerca de aquella obra maestra de la historia de la escalada que era la Rabadá y Navarro. Ninguna me deparó el recuerdo que me ha dado siempre la primera vez que subí en solitario por su cara oeste.

Durante la apertura de mi vía *Solo al viento* pasé seis días con una hamaca abriendo el que pensaba era el último hueco algo lógico de la cara oeste. Para ello, convencí a mi amigo Gorka, de

Vitoria, para que me ayudara a descolgar a un fotógrafo del periódico *El País*, que venía a retratar la ascensión. Aquel fotógrafo, que se llamaba Ricardo, quería vivir una de las mejores aventuras de su vida... ¡y vaya si la vivió! Durante unas horas cayó una de las tormentas más fuertes que yo había visto en los Picos de Europa, hasta el punto de caer dos ríos por la misma cara oeste, algo que muy pocas veces se llega a ver. Quiso la casualidad que uno de esos ríos cayera justo por donde yo me encontraba abriendo vía. El fotógrafo, al que yo le había prometido absoluta seguridad con mi amigo bombero, tuvo que ser abandonado en plena pared para conseguir más ayuda y poder así ser rescatado. Parecía que se estuviese pasando una vivencia mucho más interesante que la mía. Creo que fueron las horas más angustiosas que había tenido hasta entonces y vio cumplido su sueño de vivir una gran aventura. Al menos, pudo cambiar parte de su equipo fotográfico con la excusa de la tormenta, ya que al parecer aquel periódico que parecía la biblia de la prensa española no le cambiaba asiduamente los equipos por viejos que estuvieran, a menos que realmente ya estuvieran para el desguace, como así fue. Creo que fue esta la manera que tuve de descubrir cómo instituciones respetables, como un gran periódico, también tenían su lado humano y entrañable.

Mis aventuras se equilibraban como empresas que estaban a la altura de algunos buenos reportajes. ¡Qué fácil resultaba dejarse querer por todo el mundo! Salir en las revistas siendo reconocido era lo que yo quería; en realidad, estaba a la altura de mi propio egocentrismo y para sobrevivir en la montaña sólo había que dejarse llevar por el lado racional que uno lleva dentro, algo que en ese momento, en mi caso, era casi imposible de conseguir.

8. Octavo grado sin cuerda, el círculo se cierra

Me encontré en una de esas ferias internacionales que se convocan cada año para exponer, comprar y vender los productos relacionados con el *outdoor*, donde se engloban los deportes que tienen relación con la montaña. Yo me veía ya totalmente inmerso en una forma de vivir la escalada, pero en la feria me sentía como un extranjero en un país desconocido. Muchísima gente que no tenía nada que ver con escalar una pared o subir una montaña que no conocía y que probablemente tampoco llegase a conocer. Vivir profesionalmente de la escalada no era lo fácil o divertido que podría parecer. Era clave no dejarse influenciar, lo que para algunos parecía muy profesional para otros era todo lo contrario. Durante el tiempo de vivir profesionalmente de la escalada siempre te encuentras gente que sabe dar muy buenos consejos. Yo observaba más como un turista a la espera de alguna oferta. Siempre se me da mal eso de pedir para los proyectos personales de uno. Sin duda estaba en medio de la feria de las vanidades. Lo que más me apetecía era vestirme de mono y llevar mi papel con la mejor dignidad. Son facetas ajenas al mundo de la montaña y que sin embargo en un mercado profesional se hacen probablemente necesarias. Entre stand y stand me entretenía con las clásicas azafatas que no sabían nada de escalada, al menos podía enriquecerme con otro tipo de conversación que la clásica de algunos vendedores contándote historietas del mejor material o cómo debería organizarse el mundo profesional de la escalada. De todos modos, cualquiera que pueda malvivir de la escalada no tiene por qué tener motivos de queja, pues colecciona de fondo la idea de que se está en una posición privilegiada respecto a otros trabajos. Una vida regalada que puede cambiar en cualquier momento, en cuanto los vientos no sean del todo favorables. El tiempo pasa muy deprisa en esta mezcla de pasión y trabajo. Cuando te quieres dar cuenta, acarreas una experiencia acumulada que empieza a tener un sentido.

De repente, en cualquier momento, todo parece encajar y las rutinas de un escalador profesional se convierten en un oficio con sus usos y costumbres. Que si dar una conferencia, enviar unas fotos, escribir un artículo, hablar con un patrocinador, entrenar, etcétera. Múltiples tareas a la vez que enriquecen el día a día. Corría el peligro de aprender muchas labores a medias, sin acabar los estudios, dejando de lado el fomentar la idea de base, que no es otra que la de ser un buen deportista.

Entre los variados trabajos que hice para labrarme un futuro dentro de la escalada profesional también estaban los que no tenían nada que ver con este nuevo oficio, como el pintar paredes verticales en edificios. Muchas veces me veía colgado de una cuerda en un patio inmundo por unos días con tal de no hipotecar mi libertad a corto plazo. La consecuencia de esto era que cada día que pasaba ni cotizaba a la seguridad social ni me labraba un futuro serio como el que entiende cualquier persona.

La vida de un deportista profesional tiene ocasiones de lo más variopintas, como la vez que me encontraba dando la mano al alcalde de Madrid, Alberto Ruiz Gallardón, por una demostración de escalada que hice en el metro cuando un rato antes había estado limpiando unas bajantes de baño en un patio interior realmente nauseabundo.

En esa vida de lo más entretenida contactó conmigo una empresa de viajes de aventura y me encontré con la posibilidad de trabajar de guía de montaña. Una oportunidad así, en un momento en que la titulación oficial para ser guía de montaña no estaba muy establecida, creo que no me llegó por casualidad. Para mí tuvo que ver con lo que a mí me gusta pensar como las consecuencias de un riesgo que yo decidí emprender cuando me planteé ser, en el mejor sentido, todo un buen escalador profesional. Una prueba de que la suerte o el destino también se lo busca uno mismo. Pero todavía no quería aprovechar esa oportunidad de visitar profesionalmente el Himalaya. Era consciente de que estiraba de la cuerda, pero por mi temprana edad y ambición no quería involucrarme de lleno. A pesar de mi experiencia en montaña, no me veía con edad suficiente como para dirigir a grupos de *trekking* con personalidades variopintas.

Con los años se van acumulando los sueños y las aspiraciones. Consciente de que ese tiempo joven tiene un margen para conseguir los retos más temerarios, me propuse dar de sí toda la energía que llevaba dentro para hacer de mis escaladas una especie de estela más imperecedera. Un recuerdo que me podría perseguir toda mi vida llenándome de satisfacción. Son esos pensamientos los que Alfonso Vizán llamaba los *recuerdos brújula*, unos recuerdos que hace falta rescatar cuando uno se siente más desorientado. Así que me propuse dedicarme a escalar con mayor dedicación.

Una de las asignaturas pendientes que tenía para desarrollar mis sueños era escalar la vía Desmond Tutu en la escuela de escalada deportiva en Madrid por excelencia, Patones. Una vía graduada de 7c+ o 8a, según las opiniones, y que surcaba un techo de ocho metros horizontales a unos veinticinco metros del suelo. Mi planteamiento era escalar esta vía sin ayuda de las cuerdas, en solo integral, buscando un nivel superior al de las escaladas que había hecho anteriormente en solitario.

Había llegado a este nivel de compromiso con la percepción de que no sería capaz de llegar a arriesgar a niveles más altos. Sabía perfectamente que estaba en mi límite psicológico.

Anteriormente, había escalado la vía Posible Mission, 8a, también en Patones. Fue la primera vía de octavo grado que hacía sin cuerda y la primera que se hacía en España. Esta vía era todo un icono por ser una de las primeras de 8a en España. Hoy en día, a una altura máxima de doce metros, podría llegar a considerarse un boulder alto. Pero en aquel entonces no existían los famosos *crashpads*, unas colchonetas gigantes que se utilizan a modo de colchón anticaídas para la escalada en bloques no muy altos.

Lo que para mí resultaba más complicado, antes de atreverme a escalar aquella vía sin cuerda, era la ausencia total de referencias. Sabía que en Francia había un tal Alain Robert escalando alguna vía de mucho grado sin cuerda, pero no tenía información concreta. Posteriormente, este escalador se haría famoso a nivel internacional por subir edificios en todo el mundo sin cuerda y ningún tipo de permiso. Un tipo que conocí en Yosemite y que no me pareció alguien a quien apegarse fraternalmente. Más bien me pareció un loco total, al igual que pensaron algunos escaladores famosos como Ron Kauk y Jerry Moffat, que querían verlo cuanto más lejos mejor. Nunca me han gustado esos escaladores que se enfrentan a peligros de forma totalmente descontrolada.

La pregunta que yo me hacía interiormente al respecto de un reto tan arriesgado como escalar sin cuerda era sobre mi nivel de cordura, pues no hay nada más esclarecedor en un loco que vea en lo ajeno cosas que no ve en él mismo.

Creo que siempre he tenido una buena intuición, lo que no significa que ésta me fallara en cualquier momento. Mi intuición me decía que podía escalar una vía de octavo grado sin cuerda con un control absoluto. Después de encadenar cientos de vías de octavo grado con cuerda, la lógica me decía que estaba en un momento adecuado para poder decidir el prescindir de ésta.

Metido de lleno en la vía y sin protección de ningún tipo pude darme cuenta que tenía pocas alternativas a la hora de pensar. Más me valía concentrarme en lo que estaba haciendo y no desviar demasiado la atención. A diferencia de una gran pared, donde se irían intercalando tramos de varias dificultades, aquí no había respiros que me permitieran disfrutar del paisaje. Esto es algo que dejaría para después. Mientras, trataba de sondear en una búsqueda de la perfección. Yo encontraba en la escalada sin cuerda el estilo más puro que podía existir. Si había algún tipo de error está claro que se pagaría muy caro. Pero la idea de rozar esa perfección era la principal atracción. Una exploración personal clarísima en torno a la verdad, como aquella que buscaba en la montaña de El Escorial. Esa verdad se encontraba ahora en una vía de escalada. Sabiendo a lo que me enfrentaba, ¿hasta dónde podría llegar? ¿Cuáles son las acciones más correctas que marcan una trayectoria personal?

Cualquiera que haya escalado vías de esta dificultad sabe que el error de un resbalón o una caída imprevisible están a la orden del día. Por esta última razón no me podía plantear la idea de acometer este tipo de dificultad sin ensayos previos. Con un único amigo como testigo me lancé sin cuerda con toda mi fuerza y motivación. Estaba dando todo lo que había de mí para un objetivo quizás innecesario. Fui soltándome a media que cogía altura. Concentrándome en colocar bien los pies para no balancearme más que lo necesario. Cogí la cadena que marca el final de la vía y solté toda la energía que tenía retenida dentro. Arriba no había nada, no existía la cima, sólo lo que había hecho para llegar hasta ahí. Ahora quería disfrutarlo de alguna manera. Para festejar este tipo de ascensión, marché al Naranjo a escalar una vía invernal con el objetivo de encadenar diferentes disciplinas en el menor tiempo posible. Aquello me daba la medida de todo lo que uno puede llegar a conseguir. Un simple recuerdo que puede encauzar las mejores energías.

Una vez escalé Posible Mission y el Naranjo en menos de una semana, me dirigí a la escuela de moda, en su momento, en la ciudad de Cuenca. Allí hice un sinfín de escaladas de octavo grado. La vida en Cuenca no tenía nada que ver con el padecimiento de las grandes montañas. Todo allí era comodidad al pie de pared. Podías escalar en invierno saliendo del coche previamente con el aire acondicionado calentando las manos y escuchando música al mismo tiempo. Entre todas las vías que allí se repetían por los mejores escaladores venidos de toda España, había una que destacaba en particular: se llamaba Cazaprimeras. Su nombre provocador se debía a aquellos que no respetaban la primera ascensión; en teoría, una recompensa que pertenece a los aperturistas de la vía. Y es cierto que a los aperturistas se les debe mucho de lo que los escaladores disfrutaban en diferentes escuelas.

El nivel físico que se alcanza gracias a todas las vías que se pueden realizar en un mismo

sector es incalculable y eso es gracias a los aperturistas. En estos sectores hay una especie de fiebre contagiosa donde todos los escaladores quieren participar de una actitud deportiva plena.

Cuando escalas durante mucho tiempo en la misma zona, te conviertes en un local con un gran conocimiento de la roca. Sólo así muchas de las vías difíciles se pueden llegar a hacer para calentar. Eso mismo era lo que a mí me pasaba con Cazaprimeras, una vía que encadenaba de cualquier manera y cualquier día. Fue de expedición en la Patagonia cuando se me ocurrió que, quizá, podría hacerla sin cuerda. Normalmente, las expediciones son viajes que ayudan mucho a reflexionar sobre cómo direccionarse y organizar los sueños. En definitiva, te favorecen a mejorar tus retos como persona. Ahora que sabía lo que quería hacer, deseaba que llegara el día en que probase la vía otra vez.

Tuvo que pasar un año hasta que finalmente me decidiese a lanzarme sin cuerda. Durante los ensayos previos trataba de ganarme mi propia confianza encadenando la vía con los ojos cerrados o marcándome tiempos cada vez más rápidos. Cuanto más me acercaba al día señalado, las dudas se volvían más fuertes. La constante que venía siempre a mi cabeza era hasta qué punto merecía la pena. Había algo que podía con todos los pensamientos negativos. Era la idea de conseguir un objetivo que me acompañaría a lo largo de los años y permaneciese duradero en el tiempo. Sabía que paralelamente a un esfuerzo tan extraordinario habría consecuencias positivas igual de excepcionales.

Antes de decidirme a escalar Cazaprimeras sin cuerda me encontré escalando con un alpinista francés que se hallaba por la zona. Le aseguré en la vía aprovechando mis entrenos, y en el último paso, justo antes de llegar a la cadena final, se cayó por la rotura de un agarre. Aquello me provocó unas dudas tremendas. En muchas de las vías que se abrían en Cuenca se añadía un poco de sikadur en aquellos agarres que por la mala calidad de la roca fuera necesario. El sikadur es una especie de pegamento fuerte que sujeta la roca con la misma resistencia que ésta. Todavía hoy se utiliza en muchas vías donde la roca está muy rota. No era el caso de esta vía, que no tenía la especie de cemento por ningún lado. Tuve la debilidad de poner un poco de sikadur en aquel agarre invertido de la parte final y con lo que me sobró añadí un poco más en algún otro sitio para los pies. Nunca se me hubiera ocurrido añadir algún milímetro de más a los agarres, pues una mínima muesca puede hacer cambiar el grado total de una ruta, aparte de cómo quedase la vía a vista de todos los escaladores.

Llegó el día. Hacía calor, pero no lo suficiente para cambiar mi decisión. Corrió la voz por la zona y vinieron unos cuantos a ver el espectáculo. No me importó, estaba totalmente centrado en mi idea de hacer los movimientos correctamente. Me limité a hacer las cosas con la rutina de siempre. Subí por la pared con total seguridad y concentración. Un compromiso total con todo el peso de mis pensamientos, con mi forma de entender que el riesgo forma parte de la vida. Muchos de mis amigos de entonces no entendieron lo del sikadur. A las pocas horas, después de escalar Cazaprimeras, en vez de juzgar el aspecto ético de la cuestión, algunos se preocuparon por desacreditar la ascensión, llegando a decir que los agarres se habían convertido en grandes agujeros, como llegué a oír en alguna ocasión.

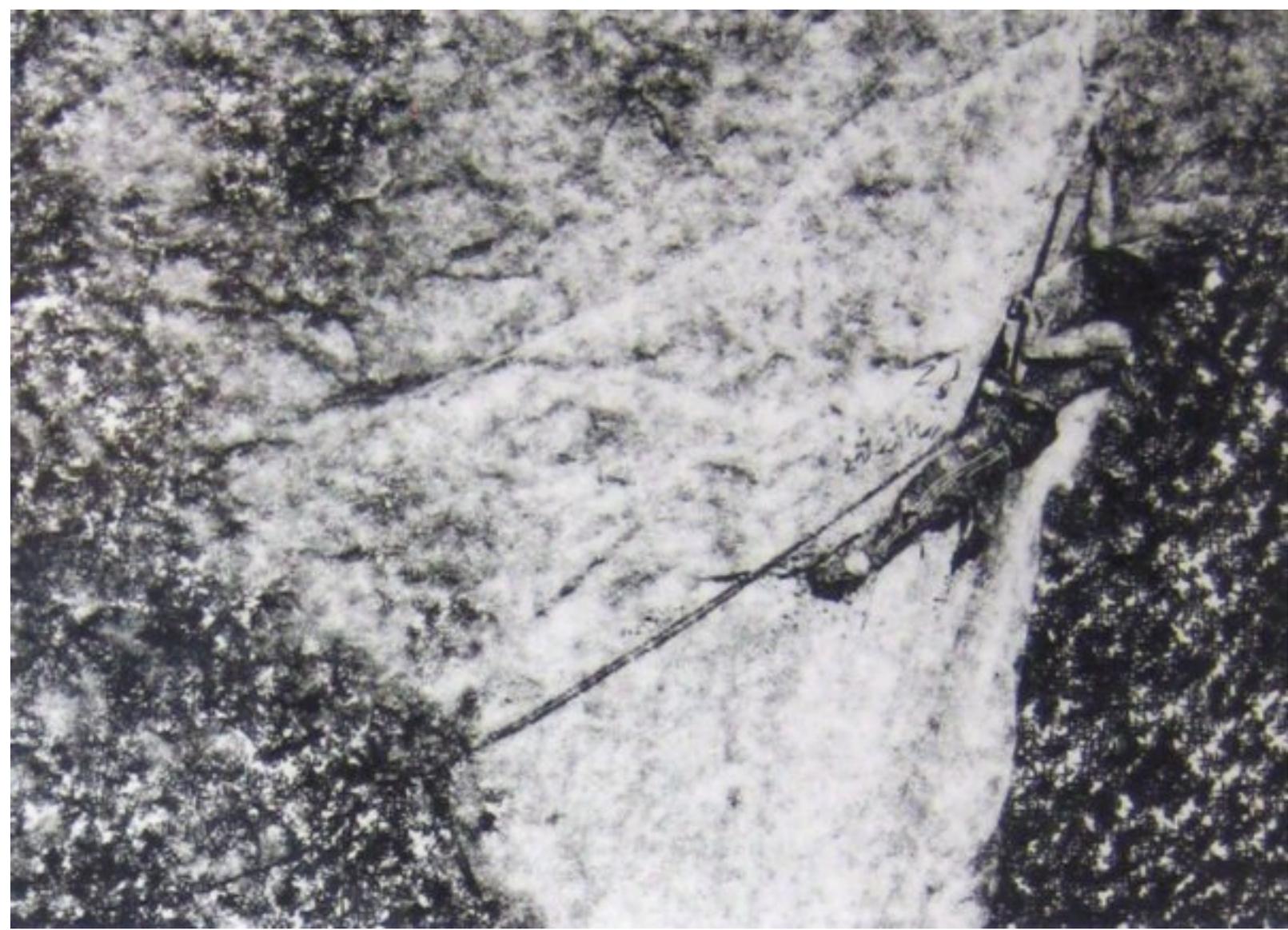
Al igual que con Posible Mission, fue el momento de irme al Pirineo a escalar cascadas de

hielo en la misma semana, una especie de vacaciones y un modo más de mantener mi motivación sin caer en la decepción personal que sentía acerca de la amistad. Seguir escalando en Cuenca hubiera supuesto un empobrecimiento total de mis posibilidades como alpinista. Me vino el recuerdo de aquello que decía Wolfgang Güllich acerca de los escaladores locales, que siempre corrían el riesgo de, por no viajar, llegar a creerse los mejores escaladores del mundo.

Después de ver las insidiosas maquinaciones de la envidia en todos sus grados, antes de escalar Desmond Tutu, en Patones, ya sabía a lo que me enfrentaba. Iba a ser sin duda la última vía de este grado que escalase sin cuerda. Esta vez no iba a caer en la tentación de poner sikadur en los agarres, pero me esperaba los ataques maliciosos de los mismos escaladores, como así ocurrió. Gracias a mi convivencia en Patagonia con Kurt Albert y otros escaladores no menos famosos, como Dean Potter, reforcé mis carencias de autoestima al verme respetado por otros grandes mitos a los que yo siempre había admirado. Sin embargo, es asombroso lo que pueden llegar a influenciar las críticas malignas en determinadas personalidades. Supongo que es como en la política, donde la falta de escrúpulos consigue cualquier meta.

Me enfrenté a Desmond Tutu con la conciencia y el compromiso absoluto de alguien que ya había recibido unas cuantas lecciones. Saber si me compensaba no formaba parte ya de mis pensamientos. Sólo sabía que necesitaba pasar a través de un túnel oscuro en el que yo solo me había metido. Sólo yo conocía la salida, utilizando toda mi experiencia. Un paso dinámico en medio de un techo se había convertido en mi montaña particular.

El día clave que decidí enfrentarme corría un viento fuerte que utilicé a mi favor pensando en lo que ayudaría a que los agarres se mantuviesen con mejor tacto ante alguna humedad. Me metí de lleno en el asunto. Estaba totalmente confiado. Creyendo en mí mismo. Los movimientos fluían con naturalidad. Balanceaba el cuerpo en medio del desplome con solvencia. No dudé un solo instante. El grito de liberación al llegar a la parte superior del techo supuso un momento clave en la forma en la que me plantearía cualquier proyecto deportivo. El ruido de la cámara de fotos me devolvió a una realidad con la que coexistía, pero no acababa de reconocer. Las pulsaciones más altas aún bombeando me advertían de la imperfección humana. Intuía claramente que no sería capaz de volver a hacer algo más exigente. El círculo de mi trayectoria personal como escalador se cerraba. Llegué al punto de satisfacción de no necesitar nada más en ese aspecto tan riguroso, desde el punto de vista deportivo y psicológico. Volví a casa con la sensación única de poseer una vida más rica y más liberada. Tenía mucho material de reflexión para más adelante. Profesionalmente se valoraba menos que muchas otras escaladas conocidas que había hecho con anterioridad, algunas de ellas, para mí, no poseían ningún tipo de interés. Las revistas especializadas, influenciadas por la crítica maligna, justificaban ahora un riesgo que siempre había estado inherente al alpinismo. La única diferencia es que yo me enfrentaba a ese riesgo de frente, asumiendo mis retos. En mi interior, sentía que lo que había hecho tenía un valor añadido por la incomprensión periodística. En realidad, había empezado a vislumbrar las consecuencias de una escalada tan arriesgada a través de una visión oculta a los demás, pero que dependía de un juego incomprensible carente de todo romanticismo. Conservaba una vida que me pertenecía a mí por mis propios méritos. Ahora sí me encontraba preparado para ir al Himalaya.



Creyendo en mí mismo. Los movimientos fluían con naturalidad. El grito de liberación al llegar a la cima supuso un antes y un después en la forma en la que me plantearía cualquier proyecto deportivo.

9. El Cho-Oyu (8251 metros)

Sentado en un despacho de una agencia de viajes empecé a diseñar mi futuro a medio plazo. Me fui dejando convencer para trabajar de guía de montaña. Haría una serie de viajes a Nepal con la intención guardada de irme acercando a las grandes montañas del Himalaya. Cerca de la treintena, no adivinaba el modo de mandar a más de veinte montañeros en un viaje a tierras desconocidas. Sobre todo, cuando muchos de esos montañeros me sacaban unos cuantos años. Era lógico, teniendo en cuenta que las expediciones de *trekking* a estos países cuestan una buena cantidad de dinero y nadie está dispuesto a que le den ningún tipo de orden. Al menos mis escaladas difíciles hechas previamente me daban cierta autoridad en la montaña.

Estaba en el aeropuerto de Karachi, en Pakistán, tratando de organizarme con los pasaportes de todo el equipo cuando se acercó otro guía que colaboraba con la misma empresa, Jesús Calleja. Jesús era un montañero clásico que se había curtido en viajes con fondos que conseguía de la venta de coches traídos de Alemania. Congeniamos muy bien desde el principio.

Se advertía de lejos que Jesús proyectaba una simpatía inteligente proveniente de una mente espabilada en mil batallas. Necesitado como estaba yo de su pericia, digamos que supe atraer su maestría a mi causa.

Metidos en el barullo de las calles de Katmandú disfrutábamos de las mismas cosas que imperan en un país con leyes menos estrictas. Jesús me enseñó muchos de los trucos que se utilizaban para solventar los clásicos problemas por ir en grupos numerosos. Una de las cosas que aprendí es que no era necesario esperar grandes colas en el aeropuerto si uno disponía de los recursos necesarios. Mi educación hacía que ni por asomo me planteara semejantes recursos, pero la inmediatez y mi impaciencia establecían que no diera mucho tiempo a reflexiones morales. Decidí integrar en mi equipo algunas monedas extra y unas buenas botellas de whisky.

Las expediciones comerciales me enseñaron una cara del alpinismo que había olvidado. En mi ceguera como deportista profesional, ya no recordaba ese brillo en los ojos que destacaba en la mirada de un aficionado a la montaña. Muchos de esos aficionados me devolvieron de golpe mi primera asignatura en una montaña: admirar la naturaleza. El respeto por las cosas más simples, como una caminata tranquila, sin dejar un solo rastro a tu paso, era algo que yo casi ni añoraba. A través de los ojos de un grupo de personas con sus oficios normales me encontré disfrutando de unos viajes que nada tenían que ver con la élite del alpinismo al que tanta entrega yo profesaba. En cada viaje fui notando la experiencia de mis expediciones pasadas que me permitían desenvolverme cada día con mayor soltura.

Algunos de los aficionados con los que compartía viaje te contaban sus historias personales sobre una vida rutinaria. Muchos de ellos escapaban de su trabajo o su familia sin tener una experiencia mínima previa en montaña. A todos se les despertaba una sensibilidad ante la pobreza en el Himalaya. Recuerdo un caso de alguien que me preguntaba cómo se iba a lavar los dientes. Una pregunta normal cuando tu vida está ligada a unas costumbres difíciles de cambiar.

Se caminaba de una forma tranquila, totalmente diferente al ritmo clásico de expediciones con alpinistas profesionales. Eso me permitía disfrutar del paisaje y la gente de los valles. La

fragilidad que me daba mantenerme en un trabajo tan inseguro me hacía tener un respeto por otras profesiones, como la de los sherpas. Con ellos siempre mantuve una relación de respeto mutuo. La correspondencia la enriquecía con unas palabras que aprendí en nepalí, que a larga ayudaban mucho a solventar problemas.

Después de unos cuantos *trekking* a montañas de seis mil metros gané mucha seguridad y me movía como pez en el agua, pero perdí un poco de confianza a la hora de aclimatar, ya que todos estos viajes no duran mucho más de veinte días, el tiempo necesario para empezar a notar los efectos de una buena adaptación a la altura.

Por fin llegó mi oportunidad de probar una montaña alta, el Cho-Oyu, de 8251 metros, que emana del altiplano tibetano, esa tierra invadida por los chinos en un país que durante siglos se mantuvo aislado del resto del mundo.

Ahora tenía la oportunidad de probarme durante al menos treinta y cinco días. Un periodo suficiente para conseguir una buena aclimatación en el campo base. Llegué a un acuerdo con el director de la agencia para responsabilizarme en todo lo concerniente a la organización de la expedición, pero una vez en la montaña estaría en igualdad de condiciones que los demás miembros de la expedición, ya que yo tampoco tenía experiencia por encima de ocho mil metros.

La diferencia entre un viaje de *trekking* y una expedición a una montaña de ocho mil metros es que a los expedicionarios se les supone un alto nivel a pesar de haberse pagado todos los gastos que derivan de una ascensión así. Lo que ocurrió fue que cuando llegué al campo base constaté lo que ya suponía. La experiencia de los expedicionarios no era la esperada, lo que me convertía por obligación en una especie de vigilante camuflado sin potestad para mandar a los demás. A nadie le gusta que le pongan en su lugar en el paraíso de sus sueños, y menos si ha pagado una cantidad ingente por ello; por eso, mi situación se convertía en un asunto delicado, especialmente en un campo base incómodo a cinco mil metros de altitud. A diferencia de los *trekkings*, los miembros de la expedición tenían unas cuantas ascensiones a montañas más bajas en su haber. Se sabían mover por montaña de forma totalmente autónoma. La diferencia generacional hizo que no nos entendiéramos bien del todo. Por suerte, la montaña hizo su trabajo colocando a cada uno en el sitio que le correspondía por naturaleza; así que yo no tuve que preocuparme demasiado.

Me sorprendió especialmente el poco nivel general que existía en la montaña por parte de otras expediciones, utilizando oxígeno o tirando la basura en las grietas del glaciar sin ningún tipo de escrúpulos.

La utilización de cuerdas fijas a diestro y siniestro hacen de una ascensión, casi apta sólo para escaladores de muy buen nivel, una excursión para colegios que les lleva a los alpinistas aficionados sin saberlo a un posible infierno disimulado por las vistas cercanas a la cima. Si a esa altitud les cogiera una tormenta las posibilidades de supervivencia se volverían casi nulas.

Las expediciones comerciales, donde los miembros tienen que costearse todo el viaje, no son peores que las de los alpinistas profesionales. En ese terreno fronterizo que separa la profesionalidad de la afición, ¿quién se atreve a definir la diferencia? Pensando en términos morales, algunas expediciones sufragadas por gobiernos locales no dejan de ser un fraude a todas luces, aprovechadas por alpinistas que proclaman su aportación lícita a la pequeña historia del

alpinismo. Es cierto que algunas expediciones, a cambio de una buena subvención, prometen un resultado absolutamente elitista, pero otras, en cambio, no dejan de ser un viaje de amiguetes a una tierra exótica.

Me encontraba a ocho mil metros, en ese terreno que llaman la zona de la muerte. Todos los sueños que tenía de pequeño estaban a punto de cumplirse y no como había imaginado. Me esperaba estar en una de las cimas más altas de la Tierra en total soledad; sin embargo, aquello parecía más una pequeña procesión de almas contagiadas por la misma necesidad. En vez de poder analizar mi vida allí abajo, en la tierra de los mortales, pertenecía ahora a una tribu con su coma de pronóstico reservado.

La parte final era un plató largo y ascendente que desembocaba en un precipicio con una vista espectacular del monte Everest. Esa vista es la que se supone que avisa de que estás en la verdadera cima, un tanto particular por la llanura tan inmensa. Sin embargo la vastedad del terreno daba la sensación de situarte en un ámbito diferente en el que hubiera estado antes. Era cierto que la zona de la muerte tenía algo de especial. Algo de místico y misterioso. Sentí por primera vez que mi fuerza estaba limitada coartándome de mover mi cuerpo con entera libertad, al menos con ese margen de seguridad que da saberse fuerte y con la resistencia suficiente para lo que haga falta. Me mantuve unos cuantos minutos con la vista puesta en el Everest. No parecía una montaña mucho más alta pero allí estaba la silueta perfectamente dibujada en el horizonte que tantas veces había visto en revistas.

Bajé de la cima con uno de los pocos españoles que hicieron cumbre ese día y miembro de mi expedición, Fernando. Desde los primeros metros fuimos separándonos a ratos. No fui consciente de lo agotado que bajaba mi compañero, yo también notaba los efectos de la altitud. Llegué al campo 3 a 7500 metros con antelación y tuve que esperar unas horas antes de subir a recogerlo a 7800 metros. Al menos podríamos pasar una noche en una tienda vacía que habían depositado los sherpas en el campamento. El cliente de la agencia era minero, una buena persona y muy trabajador, un tipo duro que evidenció con su esfuerzo ser capaz de llegar hasta el límite. Nos acurrucamos en la tienda como pudimos y a media noche apareció un alemán que todavía bajaba de la cumbre pidiendo un hueco en la tienda. Entre el material y la tienda que no era muy grande, allí no cabía un alfiler. Parecía un auténtico camarote de los hermanos Marx. Por lo menos juntos nos podíamos dar algo de calor. Otra noche más para la colección de vivacs a la intemperie. Después de una noche terrible por el frío, el viento empezó a hacer estragos y pensé que saldríamos volando en cualquier momento. La mañana no podía ser peor, una niebla cerrada nos impedía ver el camino de bajada. Se acercaron otros escaladores que había en otras tiendas cercanas pidiendo auxilio porque sabían que allí había un guía de montaña español. No podía dar crédito. No podía sentirme más líder en una empresa más destartada. A 7500 metros en medio de una niebla cerrada, con mi compañero con síntomas de edema, sin comer ni beber desde hacía más de veinticuatro horas, ni siquiera borracho habría confiado yo en mis propias capacidades para salir de allí con vida. Decidimos bajar en grupo despacio en lo que suponíamos era la vertical del campo 3. Una hora más tarde la suerte se ponía de nuestro lado limpiando el cielo de nubes. Lo que minutos antes parecía una situación realmente peliaguda en cuestión de nada se volvía lo

contrario. Llegamos al campo 2 a 7200 metros donde se encontraban algunos sherpas que ayudaron a Fernando a bajar con mayor seguridad.

A mi vuelta a casa el ambiente se hizo más polémico. En una entrevista para la revista *Desnivel* dije lo que pensaba de las expediciones al Himalaya en general. No sólo advertía de la falta de nivel que conlleva un peligro altísimo sino el cachondeo imperante que convertía aquello en una fiesta un poco exasperante. Por ello recibí una buena cantidad de críticas sin sentido, otra vez acompañadas de varias mentiras. En esas críticas escritas se dejaba entrever de un modo confuso el haber abandonado a alguien en la montaña cuando la realidad era toda la contraria. Me provocaba un daño muy grande pensar como se podía jugar o manipular cualquier cosa que uno hubiera hecho. Daba la sensación de una desprotección total en los medios. Me desmarqué completamente del caso en silencio. Era evidente que a la montaña también llegaban los intereses personales que siempre habían estado ajenos a un mundo tan romántico. *Desnivel* ha sido el referente absoluto como medio de comunicación especializado. Ha hecho una labor de recopilación ingente. Es la enciclopedia de la montaña. Todos los escaladores se han nutrido con sus noticias desde los años ochenta. Su trabajo, aportación y dedicación está fuera de toda duda. Pero los primeros interesados en las polémicas alpinas eran los medios como la revista *Desnivel* que había encontrado un filón de ventas sin importarle demasiado la verdad o los que se podían quedar por el camino. La decepción que todo esto me provocaba, acrecentaba, al mismo tiempo, la sensación de estar más cerca del camino correcto.

En poco tiempo y después de mis disputas con *Desnivel*, me vi en la coyuntura de tener que elegir qué camino profesional iba a desarrollar en un futuro. Y, desde luego, sin el apoyo del único medio de comunicación especializado. La inercia de mis escaladas me ha llevado siempre a mantener una vida entretenida, más que una vida organizada profesionalmente hablando.

Abandoné la posibilidad de seguir trabajando de guía de montaña, no por mi decepción personal reciente, sino por la responsabilidad tan arriesgada que ello conllevaba.

Me encontré por casualidad con Iñaki Ochoa de Olza en alguna conferencia, un gran alpinista con muchas expediciones comerciales a sus espaldas y que había coincidido con los miembros de mi expedición. Sus palabras de aliento y comprensión me hicieron entender la dimensión de Iñaki como persona y como alpinista. Iñaki perdió la vida a ocho mil metros, cerca de la cima del Annapurna, provocando en sus últimas horas un rescate de una gran colaboración sin precedentes en la historia del Himalaya. Sus escritos son de los mejores que ha dejado un alpinista de su talla; no en balde también era filósofo, como Alfonso Vizán.

Durante un tiempo comprobé que alrededor de muchas de las escaladas hechas por alpinistas pseudoprofesionales se generaba una serie de noticias que interesaban mucho para incrementar una actividad cada vez más mercantilizada. No importaba lo que llegaras a escalar, cualquier otro camino que eligieras en este nuevo mercado te reportaría mayores sustentos económicos. La sensación constante de estar abocado a una pasión incontrolable era ya una realidad.

La siguiente expedición que me llevaría al Himalaya pakistaní sería al K2, la montaña de las montañas. No podía decir que no a una oferta de este calibre, cansado como estaba de vagar solo en expediciones con gente que no conocía. Nada me hacía más ilusión que marchar con Carlos

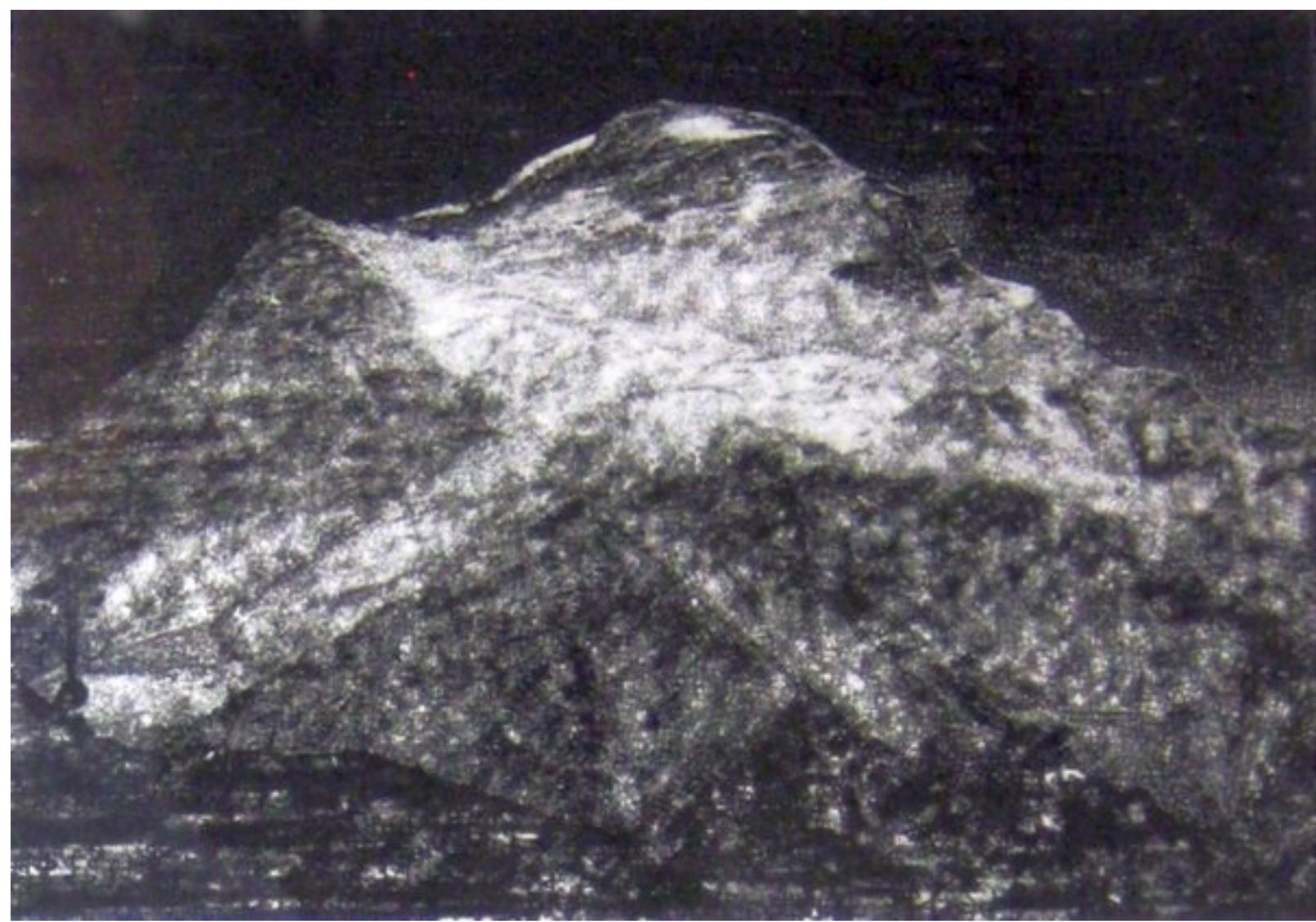
Soria, amigo del Peñalara y al que yo admiraba personalmente. Carlos cansado también de lo mismo, decidió organizar una expedición con gente exclusivamente de Madrid. El argumento era que en todas las ciudades de España, y especialmente en las del País Vasco, cualquiera conseguía patrocinio para ir de expedición excepto en Madrid. Con ese propósito, no falto de razón, Carlos consiguió el patrocinio para que pudiéramos ir un grupo de cuatro, junto a Jorge Palacios y Pepe Hurtado, entonces presidente del club Peñalara.

Aquella expedición resultó un naufragio a causa del mal tiempo constante. Pero, como en toda expedición, siempre hay tiempo para todo y pude ver las capacidades de un hombre cercano a los setenta. Merecía la pena estar con Carlos tanto como intentar la montaña. Eso me daría una referencia que se acrecentaría con los años. Como no podía ser de otra manera, Carlos despertaba la admiración de cualquiera que tuviera un mínimo de visión intergeneracional. Carlos no era respetado entre los pakistaníes solamente por ser un buen alpinista; se notaba que le admiraban por su gran familia y por venir de una generación que tuvo que trabajar duramente para sacar su vida adelante.

Eran como las cuatro de la mañana, dormía plácidamente en la tienda del campo base cuando alguien nos despertó sigilosamente para contarnos que una gran avalancha se había llevado por delante a un par de porteadores. Hablé con Jorge Palacios y juntos cogimos las cosas necesarias para unos primeros auxilios. Cuando llegamos al lugar, nos encontramos con lo inevitable: un muerto y un herido llorando. Después de un largo rescate con la colaboración de todas las expediciones, sufriría las consecuencias de otras avalanchas en la vía Cessen, que no era la ruta normal, sino una variante que habíamos elegido por tener fama de ser una vía menos transitada.

Al cabo de un mes, el mal tiempo nos desgastaría lo suficiente para plantearnos el desistir. Hubo un accidente mortal más en el glaciar y aquello fue la puntilla que nos faltaba para decidir en consecuencia. Era un aviso claro de que allí no había nada más que hacer. Tuve la sensación agrídulce de vivir un tiempo de falsos héroes en unas montañas desgastadas por su historia. No me parecía que fuera una actividad tan interesante como lo debió de ser en la época de las grandes exploraciones. Tampoco supe ver si me seguía apeteciendo mediar con los gigantes del Himalaya.

Me acordé de lo que pensaba Kurt Albert acerca del riesgo incontrolable. A Kurt, al ser matemático, no le interesaba lo que no dependiera de las capacidades de uno. Por lo tanto, el Himalaya de los ochomiles no entraba en sus planes por el momento. Yo, a decir verdad, empecé a valorar que el riesgo de mis escaladas sin cuerda estaba más controlado en este sentido. Pero ¿qué es lo que yo quería hacer en el futuro si ya había visto mis límites también en la escalada en roca? Necesitaba algo que estuviera relacionado con el deporte, pero también con la aventura. Era el momento de cambiar de aires.



En vez de poder analizar mi vida allí abajo, en la tierra de los mortales, pertenecía ahora a una tribu con su coma de pronóstico reservado.

10. Buscando nuevas aventuras

Durante varias temporadas me dediqué a abrir los itinerarios de competiciones de escalada para la empresa de rocódromos Top 30, una empresa joven con todo el futuro por delante. Su crecimiento casi estaba garantizado al no competir directamente con los fabricantes clásicos de material de montaña. Sólo hacía falta un buen trabajo y una buena gestión por parte de la dirección, como así ocurrió. Esto que parece una labor fácil no es sino todo lo contrario, pues las personas capaces de desarrollar una tarea así no abundan mucho normalmente.

Hoy en día Top 30 es una de las empresas líderes a nivel mundial en materia de construcción de rocódromos, algo difícil de imaginar hace tan solo unos años. Trabajar con Top 30 en las competiciones no era un trabajo sencillo. Todo el éxito del evento podía venirse abajo por un mínimo error sopesando la dificultad de los movimientos. Primeramente había que colocar las presas en una pared desde una grúa, después probar los movimientos que en muchos casos resultaban imposibles a falta de la presa de un pie o porque la distancia era inalcanzable. Era una labor concienzuda que requería de muchas horas de trabajo para que luego una vez hechas las clasificatorias tuviéramos que desmontarlo todo y vuelta a empezar. Quizá podía haber seguido trabajando como equipador de vías y representante de la empresa, pero, al igual que otras oportunidades que tuve con empresas del mercado, no encajaba en mí vagabundear errante por un camino desconocido. En cualquier caso, aquella etapa me llevó a profundizar en la esencia del deporte en sí, abandonando por cortos paréntesis el riesgo inherente al alpinismo. Era un descanso mental en todos los aspectos. Una especie de vacaciones ligeras con poco material que transportar y mucho que disfrutar de los movimientos de la escalada. Esos años de trabajar en competiciones me regalaron un buen recuerdo y varios amigos. Uno de ellos, el más influyente en la competición era Patxi Arocena, que combinaba el surf en aguas del Cantábrico con la escalada deportiva. Yo ya había probado el surf en California, por lo que sus aficiones encajaban con las mías con el mismo entusiasmo. El resultado de compaginar ambas actividades nos daba como resultado una forma física arrasadora. Solíamos madrugar para entrar en el agua a primera hora, después una buena sesión de escalada esforzándonos al máximo nivel, terminábamos el día volviendo al agua para disfrutar de los buenos atardeceres desde el mar. Había noches en que no tenía fuerzas ni para coger el tenedor y llevarme algo de comida a la boca.

Patxi Arocena era el clásico escalador deportivo pionero que llevaba el entrenamiento hasta sus máximas consecuencias. Es un tipo educado como pocos. Siempre era un placer convivir con Patxi y estar a rebufo de un nivel deportivo tan refinado. El surf me recordaba a la escalada por la sensación de libertad que da el mar. A otros escaladores también les ocurría algo parecido. Ivon Choinard, gran escalador de los sesenta y creador de la firma Patagonia, definía el surf como «uno de los deportes más puros que hay», más incluso que la escalada por ese aspecto de soledad cuando te encuentras enfrente de una gran ola. Muchos de los escaladores de su generación que vivían en California, cerca de Yosemite, practicaban el surf y la escalada al mismo tiempo.

He conocido a muy pocos deportistas que a lo largo de sus trayectorias no hayan probado otros deportes. Me atrevería a decir que es un sano ejercicio mental que depara grandes resultados, pues

a consecuencia de practicar una sola actividad puede llegar un momento en el que uno se encuentre estancado y perdido.

Al igual que la escalada, el surf requiere de un gran entrenamiento para sobrevivir en las grandes olas. En el mar, existen, como en la montaña, muchas variantes deportivas, pero en el surf que se practica en las olas más peligrosas también va implícito un riesgo de muerte.

Fueron varios los viajes en los que Patxi y yo combinábamos surf y escalada, como en Sudáfrica, Bali, o las islas Canarias, a las que apodan el Hawái europeo. En Lanzarote me cogió una ola grande que me retuvo durante bastante rato debajo del agua, un tiempo que a mí se me hacía interminable pero que en verdad serían segundos. Pocas veces Patxi había visto una enganchada de ese calibre al juzgar por su cara de preocupación desde el otro lado de la ola. Fueron segundos, pero lo suficiente para ver bien claras las orejas al lobo.

Sin olvidar la escalada, el surf me pareció una actividad con muchos puntos en común con la montaña. De todos modos, mi interés por la escalada nunca decayó a pesar de respirar muy buenos momentos en el mar.

Después de tragar unos cuantos litros de agua entre las olas, me animé a probar con el submarinismo. Uno de los pioneros de la escalada en grandes paredes en España fue Miguel Ángel Gallego. Con el tiempo también derivó a otros deportes, recalando en el submarinismo. Miguel Ángel fundó una escuela en el cabo de Palos y allí me encaminé a dar un curso de primeras inmersiones. Nada como aprender otra actividad de la mano de otros escaladores que te conocen bien. La primera sensación de respirar debajo del agua es algo que nunca se olvida. Un ejemplo de lo que el hombre es capaz de investigar y conseguir con tal de dominar la naturaleza. Los minutos que podía mantenerme debajo del agua eran apasionantes y relajaban el cuerpo. A veces quería estar mucho más tiempo de lo que la botella de aire comprimido me permitía. Estar cerca de bichos tan curiosos me dejaba embelesado. Pronto descubriría que aquello de ver peces podía resultar muy interesante, pero que no iba con mi personalidad. En vez de estudiar los peces empecé a interesarme por la apnea y los límites del cuerpo humano. Llegar a veinte metros debajo del agua sin respirar para algunos resultaría sencillo; para mí sería todo un mundo de nuevas sensaciones en mi reciente afición.

Llegar al fondo del mar volvía a estar en consonancia con aquello que siempre busqué en la montaña: tratar de subir al sitio más alto, pero en este caso al revés. De todos modos, el mar siempre me ha pillado demasiado lejos como para practicarlo de forma constante. Vagamente fue desapareciendo del horizonte mi nueva afición, reservándomela quizá para un futuro próximo.

Buscando entre mis inquietudes, me encontré leyendo un libro de golf en una librería. Había una imagen del famoso golfista Tiger Woods, la viva imagen de la perfección antes de sus famosos escándalos amorosos que le ocasionaron uno de los divorcios más caros de la historia. Yo simplemente sentía una cierta atracción por todo aquello que tuviera que ver con una gran concentración, un universo Zen simplificado por un palo y una pelota. No sé si sería por los genes de mi padre o lo que llevase en la sangre, pero simplemente creo que el cuerpo me pedía probarlo.

Me apunté también a un curso para aprender más deprisa, pero al poco descubrí que un profesor acostumbrado a dar todo el día clases a niños o a personas mayores me podía desmotivar

en vez de alentar en mi proceso de aprendizaje. Decidí soltarme poco a poco yo solo, con la rutina de pegarle a la bola unas mil veces cada día.

Al igual que en la escalada, sin ilusión o retos no hay una motivación fuerte para continuar en el tiempo, así que me puse manos a la obra hasta pegar cerca de cincuenta mil bolas en menos de un año contándolas cada día que iba a la cancha. Los resultados llegaron a los pocos meses y el juego de la perfección me dio muchas nuevas sorpresas. Toda la energía que no desplegaba en una montaña la soltaba ahora tratando de llevar la concentración hasta mi límite, sin riesgos de ningún tipo.

El mundo del golf es de lo más curioso. Por un lado, está el hecho de que un deporte inventado por pastores escoceses fuera apropiado posteriormente por las más altas clases inglesas dándole, de paso, un halo de distinción como ningún otro deporte ha tenido. Con el tiempo se hizo más popular, hasta llegar al alcance de todas las clases sociales. Y ahí, probablemente, radica su encanto. Un deporte aparentemente sencillo y que engancha a miles de personas, algunos buscando en él un estatus que no suele aportar más de lo que uno tiene por herencia, y otros buscando la naturaleza del deporte en sí. No es un deporte como muchas personas piensan. Si te lo tomas en serio, la concentración que exige puede llevarte a un cansancio físico impensable. Se hace en contacto con la naturaleza, reciclando agua, atrayendo turismo y ofreciendo muchos puestos de trabajo.

La comparación con el mercado de la montaña en términos económicos hace que las cifras en las que se mueve la montaña sean ridículas. No por este motivo una actividad deja de ser menos interesante, aunque personalmente sigo pensando que la montaña es históricamente mucho más importante en aspectos de aportación social, pero estas cifras dejan entrever las diferencias de desarrollo de un deporte y cómo trabaja la producción del marketing en este mercado.

La ausencia total de peligro en el golf, a menos que te den un pelotazo en la cara, es la principal diferencia con los deportes relacionados con la aventura. Me pregunto hasta qué punto la sociedad está o no preparada para deportes que tienen relación con el riesgo. Cuando pienso en la fórmula uno, la buena imagen que este deporte ofrece vuelve a jugar un papel esencial, aunque es cierto que el riesgo mortal en estos deportes de motor no es tan alto como en el alpinismo. La montaña se muestra en un mercado todavía imberbe, pero que avanza en términos mercantiles de la mano invisible de esa libertad de mercado que, se supone, hemos creado para nuestro bien.

Por alguna razón siempre he necesitado de esa aureola romántica, de ese lado primitivo e inseguro que reside en la montaña. No me ha interesado especialmente la notoriedad de mi actividad o del alpinismo en general, y mucho menos los avances del mercado. Nunca, a pesar del peligro que he visto en ello, me he sentido capaz de cortar por lo sano. El alpinismo forma parte del mundo de la exploración, la filosofía y el existencialismo que atrapó mi inquietud más profunda. No encuentro en el fondo una fórmula de existencia, como la de la montaña, capaz de llenarme del todo.

Por muchos deportes nuevos que probase, ahora sé que tendrían que estar en contacto con la naturaleza o la aventura. Es un cosquilleo que siento cada vez que me encuentro rodeado de montañas que es difícil transcribir.

Mi desarrollo juvenil, mi verdadera universidad, las pautas que debo escuchar en mi interior cuando lo necesito, están en correlación con todo lo que he aprendido en la montaña. Cuando me he arriesgado he visto cosas nuevas y, a la vez, he atisbado una amenaza que me acecha constantemente a pesar de todas mis virtudes. Aquellos *recuerdos brújula* de los que hablaba Alfonso tuvieron que llegar otra vez, no porque los hubiera buscado, sino porque aparecieron por energías imposibles de explicar. Quizá estaba predispuesto a encontrarlos. El golf caló en mí pero no como lo había hecho anteriormente el mundo de la montaña.

Estaba escalando en Yosemite cuando vi un cuerpo cayendo al vacío por la pared del Capitán. En unos segundos abría un paracaídas que lo dejaba en la pradera para después escabullirse por el bosque, ya que debía de ser algo ilegal. Tratándose de la vida que está en juego, no deja de ser extraño que arriesgar la vida sea algo prohibido. Eso era salto BASE, una modalidad del paracaidismo que empezaba a cuajar en las paredes más verticales en Estados Unidos. Una actividad nueva que tenía que probar y que me llevaba directo a los recuerdos de mi salto en el Naranjo de Bulnes junto a Laureano Casado.

Mi siguiente contacto con el salto BASE sería en Alemania, en la mesa de un bar. Me encontraba en una de esas ferias internacionales donde se exponen las últimas novedades de material. Berghaus, mi patrocinador, había organizado unas conferencias donde coincidí por primera vez con Tomas Huber y Leo Houlding. Allí estábamos tomando unas cervezas como si fuéramos amigos de toda la vida que conocen bien lo que hace cada uno. En un momento de la conversación ambos empezaron a hablar del salto BASE como el deporte más salvaje y con mucho más derroche de adrenalina que la escalada. Estaba claro que la nueva forma de bajar de las paredes había profundizado en la mentalidad de los más punteros escaladores que ya habían abordado su aprendizaje con el paracaidismo.

La siguiente vez que vi a Leo Houlding fue en unas conferencias que dio por España, en las que yo participé como traductor del inglés al español. Cada día que traducía su charla era inevitable asistir a una clase en directo acerca del salto BASE. Acabaríamos la semana bebiendo hasta la madrugada en un habitación de hotel en Asturias, donde Leo ejercía como mentor mío dándome las explicaciones oportunas. Me llamó la atención su consejo más incisivo: «Carlos, no saltes de una montaña hasta que no lleves más de cien saltos de un avión; sé que te gustaría saltar antes, pero lo malo del salto BASE es que parece muy fácil y ahí radica su peligro». Leo es una de esas personas que no dejan indiferentes a nadie. Es un auténtico líder que sabe ver hasta dónde quiere llegar. Como todo líder con carácter no es fácil convivir con él a todas horas, pero detrás de ese carácter necesario para liderar empresas está una persona con valores de verdad socavados en las entrañas del esfuerzo padecido en las grandes paredes. Leo, junto a unos pocos, es de los pioneros en la profesionalidad de la escalada. De los escaladores más conocidos en la esfera internacional. Muchas son las empresas que se pelean por un contrato con él y, sin embargo, siempre se ha mantenido fiel a una serie de patrocinadores independientemente del dinero que le hayan ofrecido.

Recién llegado de Asturias, nada más entrar en casa, me dispuse a recabar toda la información necesaria para apuntarme esta vez a un curso muy especial: mi instrucción al mundo de la caída

libre. Todas las caídas que había tenido anteriormente en una pared no habían frenado mis ganas de tener una caída más larga.

Para introducirte en el mundo del salto BASE en un tiempo relativamente corto hace falta bastante dinero, más del que yo podía recabar de patrocinadores, por más que vieran en ello una buena rentabilidad. Fue un momento en el que comprendí que no era lo mismo ser alemán que español o portugués, por mucho que todos estuviéramos viviendo juntos en Europa. Los patrocinios eran muy diferentes según los países.

Entrenando en un gimnasio conocí a un amigo de Jesús Calleja, un ingeniero que trabajaba como directivo en la recogida de basuras de Madrid.

Me ofreció la posibilidad de trabajar en verano en el entorno de los camiones a cambio de un buen saco de monedas. Acepté como un reto verme en ese submundo en el que, a menos que tengas un familiar ahí o mucha necesidad, jamás te plantearías ni por asomo entrar. Hasta aquí la idea funcionaba bien..., hasta que me pusieron el clásico uniforme verde chillón. Me preguntaba qué hacía yo para verme en aquella posición por voluntad propia. Lo increíble del asunto era la cantidad de gente que llegué a conocer que deseaba tener un trabajo seguro como ese. ¿Lo más deprimente? Personas con formación universitaria que no encontraban otra posibilidad de ganarse la vida. Un reflejo de cómo la sociedad española había cambiado. Lo positivo del trabajo era la cantidad de tiempo libre que me dejaba: al trabajar por las noches, podía seguir mi camino sin coartar mi libertad, cumplía mis cuatro horas y, a cambio, recibiría al final del verano la suma necesaria para introducirme en el salto BASE, una cifra cercana a los 10 000 euros.

Trabajé duro durante unos meses con tal de conseguir mi sueño. Quería volar desde alguna de las paredes más conocidas que anteriormente había escalado por diferentes rutas. No era solamente el sueño de volar lo que movilizó toda mi energía, era la sensación de redescubrir la montaña de otra forma y en un terreno en el que estaba todo por investigar.

Me encontraba en las zonas de paracaidismo como si ya hubiera estado antes ahí. Observaba cómo algunos de los paracaidistas con miles de saltos a sus espaldas se parecían en un perfil determinado a muchos escaladores. En el fondo, estaba en diferente escenario pero con la misma función. Tenía la percepción de que las aficiones humanas como el volar respondían a una ilusión y como resultado de una forma de trabajar con perseverancia. Pensaba que mucha de la gente que destacaba en este, para mí, nuevo mundo era por la combinación de esas actitudes en un grado mayor o menor.

Así pues, al igual que en la escalada, constataba que también aquí existía el clásico paracaidista que sabe mucho de material, el buen instructor, el deportista, el ambicioso, el receloso, el charlatán, etcétera. Todos estaban ahí pendientes de lo que hacía, ya que en las zonas de saltos impera un protocolo que hay que respetar aunque yo no lo quisiera. Cumplí con mi promesa a Leo Houlding de no hacer mi primer salto BASE a menos que tuviera algo más de ochenta saltos. Por ahí irían los números más o menos, antes de mi primer salto.

Objetivamente, cada especialidad del paracaidismo requiere de un entrenamiento específico para hacerlo en condiciones, lo que te convierte en un inepto en las demás disciplinas si las dejas de lado. Eso es lo que yo hice desde el primer salto de avión solo. Empecé por hacer precisión en

todos mis saltos. Posteriormente, trabajé intensivamente en la deriva, una postura que te permite separarte de una pared a distancia suficiente para abrir el paracaídas con seguridad. Cada vez que salía del avión atisbaba un punto y trataba de alcanzarlo sin perder un segundo de caída. Después de varios saltos, mi costumbre de lidiar con el riesgo durante tantos años se hacía notar y todo se volvía una rutina innecesaria a menos que variase los saltos haciendo otras disciplinas, como el vuelo relativo o el *free fly*, conocido como la caída libre con esas posturas que siempre se ven en los documentales de televisión.

Caer a más de doscientos kilómetros por hora cambió la percepción que tenía del parapente. Había algo más: te tirabas a un vacío como si las cosas no dependieran tanto de ti. En el aire no había presas donde agarrarse.

Uno de los mejores directores de cine de montaña que ha habido y practicante del paracaidismo y salto BASE, Leo Dickinson, se explicaba así: «Hay un momento en el que decides y no se puede entender por qué». Sus películas acerca del paracaidismo son de las más graciosas, con hombres que saltan con un paraguas y aquello no acaba de funcionar a cuatro mil metros del suelo. Una típica simpatía muy dada a convivir con el paracaidismo por el terreno en el que se desenvuelve, un espacio no apto a las capacidades del hombre por su naturaleza a no ser que esté bajo los efectos de sustancias psicotrópicas.

No me parecía a mí gracioso el asunto cuando estaba en el punto de mis primeras salidas del avión. Aprendí a apoyarme en el aire por pura necesidad más que por un uso de la técnica. A veces, me imaginaba como en las películas, confundiendo el tirador de mi paracaídas y dibujando en el suelo un socavón con la clásica figura del pato Lucas totalmente desparramado.

En contra de la opinión de los paracaidistas más clásicos, me sentía preparado para mi primer salto BASE en Noruega, el sitio perfecto para tirarse de una pared de mil metros.

11. El salto BASE

Plenamente convencido como estaba de practicar salto BASE, compré un billete de avión al paraíso de los fiordos: Noruega, el único sitio que existía donde te podían dar algo parecido a una instrucción. Leo estaba de viaje, así que me las tuve que componer solo una vez más. Aterricé en Stavanger, una ciudad al comienzo de uno de los fiordos más bonitos. Stavanger es un paraje de lo más romántico. Había casitas de madera cercanas al mar con sus veleros en la puerta como si fuera el coche esperando. Me imaginaba a los dueños yendo a pescar salmones y comiéndoselos al mediodía sin necesidad de ir a un supermercado. Se respiraba mucha tranquilidad y equilibrio en consonancia con la naturaleza. Asimilaba como tantas otras ocasiones que los viajes que tienen que ver con la montaña te llevan a sitios que, con el tiempo, se convierten en atracciones cada vez más turísticas. Demostración absoluta, según me parece, de que los paisajes en la naturaleza y, especialmente en la montaña atraen a todo el mundo: su belleza es universal.

Atestado como estaba aquello de parejas y familias, cogí un ferry que me condujo al final del fiordo, cerca de las paredes. Quería ir directamente al grano. Llevaba conmigo un libro que se suponía que registraba la cantidad de saltos que uno tiene. Para ganar un poco de credibilidad, multipliqué la cifra por tres, una treta que me hacía parecer un paracaidista más evolucionado. La consigna que llevaba en mente era la de transmitir mucha seguridad, ya que no se les ayudaba fácilmente a quienes aparecían por allí como venidos del planeta de las fantasías con ganas de volar.

Me presenté ante los saltadores bases en una caseta a modo de oficina donde me reservaron un espacio para una entrevista más bien psicológica. Salí airoso a pesar de la presión. Una vez acordadas unas pautas de cómo comportarme en la montaña, me asenté en un camping rodeado de montañas. Era el momento de una buena cerveza mirando el paisaje. Me dieron una información como de parque de atracciones. Se hablaba del riesgo del salto BASE, una serie de normas y se reseñaban las estadísticas. Había que respetar una serie de protocolos que evitasen accidentes, pues éstos podrían dar mala imagen, incluso provocar el cierre de la zona a los saltadores. Los números decían que habían muerto, al menos, 25 saltadores en los últimos veinte años, y, aunque la cifra anual se mantenía, la verdad es que el número de saltadores se iba duplicando cada año. Resumiendo: me encontraba listo para hacer mi primer salto BASE en Kjerag, la pared más alta del fiordo.

Se organizó un pequeño equipo y nos pusimos de acuerdo para levantarnos pronto a eso de seis de la mañana. Comenzamos a andar únicamente con el equipo de saltador BASE a la espalda. Acostumbrado como estaba a llevar grandes mochilas aquello me parecía una simple excursión, pero nos quedaban unas cuatro horas por delante antes de llegar a la zona de salto.

Era un efecto extraño el plantarse en la cima de una pared por la puerta de atrás, sirviéndome de un camino casi prefabricado para los senderistas noruegos. Poco a poco fue apareciendo una arista que nos situaba en un cortado perfectamente vertical. Se podía ver el fiordo más abajo. Había un sol espectacular, sin viento en el ambiente, y un silencio sólo interrumpido por los comentarios exaltados de algún turista incapaz de guardarse sus emociones ante el espectáculo

que ofrecían los saltadores. Me encontraba allí por fin, todo aplomo, ofreciendo una apariencia de control total de la situación.

Después de examinar a varios saltadores y ver cómo se manejaban por la zona de la cumbre, comprendí que tenía una gran ventaja respecto a la atmósfera circundante. No sentía el miedo de estar cerca del vacío o de aproximarme al borde, mirando lo que hacían otros saltadores. Podía estar seguro de que el vértigo era una asignatura que tenía más que aprobada.

Observé a varios paracaidistas volar, cortado abajo, antes de que llegara mi turno. Eché un vistazo al abismo. Había una piedra justo en el borde, a modo de rampa natural, que invitaba a asomarse. Parecía que la piedra estuviera a punto de caerse. Normalmente nunca me colocaría ahí, a no ser que tuviera la seguridad de que si aquella roca volcaba para el lado malo, yo al menos dispusiera de un paracaídas. Y como éste era el caso, me acerqué a la rampa con tranquilidad, con mi equipo a punto de estrenar. Sabía que en la espalda llevaba un solo paracaídas. No me quería olvidar de ello. Obligado a hacer bien todo el protocolo, traté de mostrar firmeza y naturalidad, aunque sin forzar demasiado las cosas. Mi corazón latía más fuerte de lo normal. A mi espalda estaba el suelo firme, delante de mis pies todo un vacío amenazante. Busqué la zona de aterrizaje entre los árboles mil metros más abajo. Respiré con fuerza. Conté, como hacían los demás saltadores BASE, para adaptarme mejor a la situación. *Ready, set,... go!!* Y en menos de un segundo estaba en el aire. Noté que el cuerpo se inclinaba demasiado hacia la vertical. No era momento de ponerse nervioso. Sabedor de que no me daría tiempo a hacer muchas cosas, aguanté menos de un segundo cuando empecé a sentir el aire en la cara. Corría todo tan deprisa que simplemente me concentré en adoptar la posición de deriva para separarme todo lo que pudiera de la pared. Al cabo de unos instantes, los árboles y las rocas empezaron a tomar forma, como si apareciesen de repente. Distinguí el suelo con tal claridad que sin llegar a pensarlo, comprendí que era el momento de abrir el paracaídas. Me desahugué soltando aire de mi boca como si me hubiera mantenido sin respirar todo el rato. Luego llegó el grito de alegría. Sentí una fuerza interior renovada. Volví a encontrar grandes sensaciones como las de mis escaladas más exigentes.

No me quería dejar llevar por la excitación, había mucho que aprender. Todavía me encontraba entre los principiantes sabiendo que saltaría mucho más. Se puede distinguir fácilmente un paracaidista novel por la cantidad de veces que prueba en tierra el movimiento de llevar la mano a la espalda, como si abriera el paracaídas. Les ves repetir el gesto hasta la saciedad, parece que estén practicando algún extraño baile. Es un movimiento elemental, pero que requiere de toda tu seguridad interior para ejecutarlo con precisión. Una vez que lo has repetido unas cincuenta veces, te das cuenta de que no vas a fallar; si se diera el caso, habría que deslizar la mano por la pierna hasta palpar el artilugio que permite la correcta apertura del contenedor donde se aloja el paracaídas. Una situación, sin duda, en la que no me quería encontrar nunca.

Otra de las materias sensibles con las que tendría que lidiar del salto BASE es el plegado del paracaídas. El mentor, esa figura que te apoya y te acompaña hasta el primer salto, también te enseña (se supone) a plegar en condiciones. Es una operación que requiere de mucha delicadeza, un proceso que debe hacerse durar lo suficiente para que uno conquiste su propia confianza. Se enseña y cada uno se lo pliega con sus pequeños trucos como cree pertinente. Es responsabilidad

de cada uno hacerlo una forma limpia y ordenada. Se trata de una especie de ritual o de código no escrito por el que pasan todos los saltadores.

Con ánimo crecido, de la meca del BASE me dirigí a las paredes más representativas de Europa, dispuesto a saltar. Eso sí, cómodamente, liberado de las preocupaciones de escalar. La información corría ágilmente entre los saltadores. Una serie de lugares, que hoy se han convertido en los más transitados, que había que visitar sí o sí: Brento, Lauterbrunnen, el Eiger, Riglos y Peñón de Ifach. Verdaderas escuelas de salto, con la particularidad de que cualquiera podía acceder andando a la cima.

Fui cogiendo experiencia con la ventaja de ahorrarme unos cuantos pasos por mi aprendizaje previo en la escalada. A estas alturas ya estaba más que preparado para saltar de la pared que había conquistado mi juventud: el Naranjo de Bulnes.

Hay momentos clave para cualquier saltador BASE. Uno de ellos es cuando ya sabes plegar tu propio paracaídas y te dispones a probarlo. Y otro, cuando te encuentras en la cima de una montaña, tú solo o rodeado de personas que, aunque sean amigas, son ajenas al mundo del paracaidismo. La tranquilidad que ofrece el tener otro compañero del gremio da alas para intentar lo que sea; pero cuando está uno solo y es el responsable absoluto, la cosa cambia bastante. Se tiene la sensación de estar rompiendo con todo lo establecido, se siente la inminencia de la aventura, una aventura que va contra natura. Uno se sabe como a punto de hacer una gran gamberrada, pero a costa de una responsabilidad y un riesgo elevado.

Minutos antes de llegar a la cumbre del Naranjo, notaba ya el nerviosismo propio del instante incomprensible que antecede al primer paso en el aire. Un ardor me roía el estómago. Nunca me había pasado en el Naranjo. En la muralla de la cara oeste me considero como en casa. Ya había escalado en dos ocasiones el pilar del cantábrico, una vía de lo más difícil, justo por la línea de caída donde me encontraba. Conocía cada tramo de esta zona que ahora iba a poder ver desde una posición privilegiada. Todo en el ambiente era de verdad, estaba a punto de explorar ese espacio que se amontonaba, constante y escurridizo, a la espalda de mis escaladas.

Esta vez no estaba con otros compañeros saltadores, me encontraba con mis amigos escaladores. Me concentré en abrir el paracaídas a la altura prefijada, justo un poco antes de la bóveda que dibuja el principio de la pared. Con una distancia de ciento cincuenta metros hasta el suelo, tendría suficiente espacio para buscar el aterrizaje de forma segura. Respiré con tranquilidad, tomándome mi tiempo. Entré en la rutina preparatoria, que ayuda a aislarse de otros pensamientos. Las nubes se acercaban hacia la pared, cada vez más deprisa. Era una niebla característica que sube del valle más abajo. Había llegado el momento. Un paso cercano al vacío, despegarse de la roca cayendo hasta el punto de no retorno. Miré al horizonte para levantar la cabeza y *Ready, set,... go!!* Ya en el aire, sólo un pequeño saliente algunos metros por debajo me preocupaba. Con la seguridad de que iba a pasar lo bastante separado, quise disfrutar un poco de la vista. Mirar para abajo cambió mi posición, colocándome demasiado vertical. Tenía la sensación de volcar descontroladamente en cualquier momento. Caía como sin la fuerza de la gravedad, me recordaba el primer instante que se siente cuando se salta de un trampolín. Una percepción en cámara lenta de lo que en realidad se transformaba rápidamente en la conocida velocidad

terminal, cerca de los doscientos kilómetros por hora. Ya podía apoyarme en el aire y aferrarme a las artimañas típicas del paracaidismo. Dirigí toda mi energía a orientar mi posición y a separarme cuanto pudiera de la pared. Sentía el aire corriendo en mi cara a toda velocidad. Volvían a aparecer las rocas y el suelo se hacía más visible. Tiré del pilotillo en el lugar exacto que me había marcado. Apertura perfecta. Con la campana del paracaídas abierta, volé tranquilamente hasta el refugio, escuchando los gritos de la gente cada vez más claros. Era reconfortante volver a la guarida que tantas veces me acogió cuando ya no podía dar un paso más. Allí estaba Tomás, testigo de muchas de mis escaladas desde bien jovencito.

Yo había presentido que nunca se me ofrecerían de nuevo paisajes de montaña como los de mis primeros años de andanzas, que una forma de estar en la montaña se me había agotado. Pero ahora no todo acababa en la cumbre. Con libros de fotografías en la mano, miraba el espacio alrededor de la montaña, ampliaba horizontes, prueba irrefutable de que mi visión y ambiciones habían cambiado.

Con la idea de trasladar el salto BASE a la escalada, seguí en contacto con Leo Houlding, la estrella de los patrocinados por Berghaus. Hablamos de ir a varios lugares donde simultaneáramos unas cuantas escaladas en ensamble (es decir, los dos escalando al mismo tiempo, los seguros entre ambos instalados y retirados sobre la marcha), con los correspondientes saltos posteriores desde la cima. Esta combinación nos haría comprender que juntos funcionábamos como si nos conociéramos de mucho antes (probablemente, nuestras vidas paralelas, en países diferentes, contribuían a ello).

Al poco tiempo, el destino nos llevaría a hacer realidad una actividad nada corriente. Con motivo de una nueva tienda de ropa que Berghaus iba a abrir en China, donde la empresa quería expandirse y conquistar nuevos mercados, Leo y yo tendríamos la oportunidad de conseguir un permiso para una montaña especial ¡con una pared que no tenía ninguna ascensión! Se llama el monte Huashan y pertenece a la ruta o a una de las rutas de peregrinación del taoísmo chino. Destacaba por el marcado perfil de un espolón vertical de alrededor de seiscientos metros. De paso que escalábamos esta pared, podríamos visitar las grandes ciudades chinas: Pekín, Hong Kong...

Era fascinante ver cómo todas las grandes firmas del mercado de montaña encontraban hueco allí para abrir sus propias tiendas, con la intención de que el futuro no les cogiera por sorpresa. La realidad era que las calles donde se apiñaban las tiendas parecían calles fantasmas, estaban vacías y allí no entraba un solo cliente. Evaluando la potencial demanda futura, si se quería estar en China y beneficiarse de aquel escenario virtual tan prometedor, había que estar así, costase lo que costase. Un camino curioso para observar cómo actúan las leyes del libre mercado.

Nosotros, aprovechando el viaje, nos preocupamos por lo nuestro. Pasamos un par de días examinando la ruta elegida con prismáticos. Para acceder a la pared contamos con la ayuda de unos guías que nos embarcaron en un bosque de lo más frondoso. Llegando a un collado me descuidé y resbalé por una rampa de roca de unos cinco metros. Cuando pensaba que me iba a empalar con las ramas de los arbustos éstas me sirvieron de protección para amortiguar la caída. Por suerte no pasó nada. Montamos un campamento a pie de pared. Hacía bastante calor. La cena

no me sentó muy bien y empezó un festival de ruidos extraños en mi estómago. Un mosquito se empeñó en fastidiarme la noche definitivamente. Abrimos dos tramos largos que nos dieron la información necesaria de lo que nos íbamos a encontrar. Volvimos a la base y ya con todo el material de escalada no dispusimos a subir la pared sin material de vivac. A mitad de pared una lluvia monzónica nos amenazaba constantemente. No estaba tan claro que fuéramos a encontrar bien el camino hasta la cumbre. Era la prueba de que cualquier pared siempre te sorprende cuando menos te lo imaginas. Finalmente pudimos hacer resumen de la aventura. Nos ventilamos un muro de seiscientos metros en un par de días de escalada severa que hubo que gestionar entre las ramas y hierbas en las fisuras, en condiciones peliagudas de lluvia, de calor, de considerables incomodidades para lo que parecía en un principio.

Resultó una ruta exigente, no habríamos sido capaces de escalarla de no contar con el bagaje de las paredes y experiencias parecidas con que contábamos. En la cima nos esperaban unos cuantos periodistas venidos de varios medios del país. Jamás en la cima de una montaña habíamos encontrado un *show* parecido. Había que adaptarse al asunto concediendo entrevistas en el momento.

Dormimos de bajada en un pequeño templo donde disfrutamos de auténticos manjares chinos. Ya en el pueblo aledaño, en la provincia de Xian, nos agasajaron y nos dieron varios regalos (una espada centenaria incluida), nos nombraron héroes de Huashan, picaron en la roca nuestros nombres (en mandarín, claro), nos ofrecieron buenas comidas y la polivalente sonrisa china como soporte y medio de comunicación. Fue nuestro verdadero *momento Andy Warhol*, los famosos quince minutos de gloria a los que todo el mundo tiene derecho en la vida.

La pared del monte Huashan quedaría en nuestro recuerdo como lo que fue, una escalada bonita, no nuestra escalada más difícil, pero en términos generales bastante exigente y todo lo exótica que uno pueda imaginar. La publicidad de nuestra escalada corrió de tal manera por las páginas *web* de toda China que las acciones del grupo distribuidor de la marca en Hong Kong subieron como la espuma. Contando con que alguien tuvo que ganar mucho dinero a nuestra costa, preferimos no darle vueltas al tema.

Por nuestra parte nos alegramos de no haber saltado en BASE, recelosos de un posible accidente. En breve nos iríamos a otras paredes y queríamos preservarnos intactos. La espesura del bosque en la base de la pared nos habría puesto el aterrizaje muy difícil y peligroso. Y estábamos demasiado lejos de casa como para visitar un buen hospital.

En el *lobby* del hotel empezamos a diseñar proyectos que tenían que ver siempre con el salto después de escalar. La combinación de la escalada y el salto BASE nos hacía ricos, más completos. Nos tomamos nuestras buenas cervezas en Hong Kong y disfrutamos de una cultura que se adaptaba a esta nueva forma de vivir en calidad de simples turistas. Nos sentíamos como si fuéramos soldados americanos en Asia después del combate. Si se beneficiaba alguien de nuestro esfuerzo, eso hacía que lo mereciésemos todo, aunque fuera por un escaso momento en nuestras vidas.



Sobre todo la pared del monte Huashan fue una escalada bonita, no nuestra escalada más difícil, pero en términos generales bastante exigente y todo lo exótica que uno pueda imaginar.

12. The Asgard Project

A mi vuelta de China, me encontré en una situación extraña. Mi mente volaba en una dirección y parecía perseguido por un destino que no podía controlar. Empecé el año 2009 con mi economía maltrecha y con todos los proyectos que ocupaban mi mente por los suelos. Mis posibilidades como escalador profesional se empezaban a tambalear. Durante este año tuve ocasión de rozar por un instante las mieles del éxito en televisión.

Me llamaron de una productora para grabar un salto BASE del Peñón de Ifach. Lo grabamos sin ningún tipo de contratiempos. Abrí el paracaídas pronto para un mayor margen de seguridad. A la hora de editar la pieza les planteé un nuevo programa para captar mayor audiencia que incluyera más deportes de aventura y más deportistas. Unos meses después, me ofrecieron un contrato y la presentación del mismo cada fin de semana. Pero el experimento duró poco. Una experiencia rápida. Me despidieron al poco tiempo de pasar medio año de un programa de televisión que prácticamente yo había inventado. Trabajaba para un productor que no sabía de montaña, pero que tenía una buena inspiración para fomentar proyectos interesantes. Pronto descubriría cómo las presiones en televisión iban más lejos de lo bien o mal que hicieras un programa. Conocí a Sara Carbonero, con quién copresentaba el programa y que posteriormente se postularía como el icono femenino más conocido en los medios de comunicación al empezar a salir con el mejor guardameta de España, Iker Casillas, que a la vez ganaría el Mundial de Fútbol. Sara me pareció una chica con mucho mérito más allá de sus encantos obvios. Estudiaba la carrera de periodismo al mismo tiempo que trabajaba en la radio. Por desgracia su condición de mujer guapa le deparaba todo tipo de envidias totalmente infundadas.

Después de darlo todo por el canal, que parecía ser mi futuro a medio plazo, me encontré primero con un recorte de salario y después con una patada en el culo.

Además de otros proyectos de grabación en el aire, en este frágil equilibrio por vivir de la escalada sólo me quedaba agarrarme una vez más a la montaña y a mi relación con los patrocinadores, como si fueran la última rama antes del abismo.

Mi realidad era que después de unos cuantos años viviendo por entero para la montaña, todavía tenía un futuro incierto en el horizonte. Todo lo que había conseguido era una riqueza interior incalculable, pero en términos económicos mi progreso no había ido muy lejos.

Tampoco este parecía un buen momento para los patrocinadores. La crisis económica mundial me estaba haciendo ver imágenes en mi mente; aparecía constantemente en mi cabeza la película de Russell Crowe en *Cinderella man: el hombre que no se dejó tumbar*; durante la gran depresión americana.

Se me ocurrió enviar un mensaje a Leo Houlding, que seguía trabajando principalmente patrocinado por Berghaus, para proponerle un viejo proyecto (y eso a pesar de que quizá yo no siguiese patrocinado por otro año por la misma empresa): escalar en Riglos varias rutas en el día y combinarlo con el salto BASE. Esta vez para establecer una clase de récord. Su respuesta fue inmediata y me dio cuenta del Proyecto Asgard, en el que andaba metido. Se trataba de vender un plan con antelación para adelantarse a los presupuestos de la empresa, en este caso, Berghaus, y, a

su vez, ir haciendo unos viajes de entrenamiento con el objetivo de sentirse fuerte y motivado para ir a la casa de los dioses: el monte Asgard, en la isla de Baffin, una de esas islas rotas que hay al norte de Canadá y ya metidas en el Ártico.

Escalando en Riglos vimos nuestros progresos. Perfeccionábamos nuestra técnica hasta volar literalmente por las paredes como antaño nunca se habría podido imaginar. Nosotros mismos nos sorprendíamos de que eso fuera posible acostumbrados a pasar horas en una pared. Cada vez bajábamos más los tiempos de nuestras escaladas y rápidamente nos dimos cuenta de que ambos encajábamos perfectamente en el proyecto junto a Stanley, uno de los *yosemiteiros* de la nueva escuela, capaz de subir el Capitán en cuatro horas y que ya había hablado antes con Leo, pues era un buen amigo suyo.

Aunque originariamente la idea de Baffin no fue mía, era lógico que el sueño de un escalador como yo, que también hacía salto BASE, se identificara totalmente con el proyecto, máxime cuando yo también estaba patrocinado por la misma empresa que Leo. Una forma de aprovechar los intereses comunes a través de nuestra amistad. Leo me explicó sus principios personales igualmente, primero volver sanos y salvos, después volver amigos y finalmente volver con la cumbre.

En Riglos conocí a Alastair Lee, un director de cine de lo más autoexigente. Me encantó su filosofía desde el primer momento. Viéndole traer una buena cantidad de trípodes y máquinas, lo primero que pensé es que quería conquistar España al estilo del viejo imperio británico. Me parecieron un poco exagerados toda la parafernalia y el volumen que ocupaba todo su material, eso hasta que le vi trabajar y pude comprender el porqué de todo su equipo pesado. Hay veces en que la diferencia de un encuadre o de un trabajo bien hecho en una filmación reside en un esfuerzo que nunca contemplará el espectador, pero que se nota en el resultado final.

Yo, que ya había trabajado con una buena cantidad de fotógrafos, pude observar algunas diferencias. Alastair no se dejaba influenciar fácilmente, traía una idea muy clara de los planos que quería conseguir. Yo había trabajado ya en unos cuantos anuncios y con varios directores. La realidad es que las cosas funcionan de manera muy diferente en el norte de Europa. Siempre he tenido la impresión de que el nivel de exigencia personal en los países del norte de Europa no es el mismo que en España. Alastair conocía el medio en el que se movía a la perfección, prefiriendo la calidad de algunas máquinas más antiguas pero que aún cumplían su función.

La verdad es que ver cómo trabajaban los ingleses, con una mirada hacia sí mismos, sin la idea perenne de copiar a otros y con objetivos a escala internacional, especialmente por todo lo que he vivido con Berghaus como patrocinado, es algo que me ha impresionado de manera incesante. Por otra parte, por mucho que parezca que evoluciona el mercado de la escalada en general, me ha costado mucho asimilar que la mentalidad en España es otra muy diferente. Mi impresión constante siempre ha estado en función de los adelantos de material de montaña que veía en otros países y cómo eso sigue igual hoy en día como si fuéramos a remolque de los países más desarrollados.

Trabajamos duro durante unos días de sol a sol. Por las noches redescubríamos el vino Don Simón que tan mala fama tenía pero que mis amigos habían comprado pensando que era una

buena marca de vinos. Lo disfrutábamos a falta de otra cosa mejor y cumplía su función de alegrar la noche después de un largo día. La cosa era que después de varios encadenamientos de vías en Riglos con sus respectivos saltos BASE, todo empezaba a verse de otra manera. Todos coincidíamos en ver la belleza de la montaña transmitida de la misma forma. La coordinación del equipo encajaba bien, pero no estaba claro si yo podría al final unirme al grupo por asuntos de fechas, mientras pasaríamos juntos por otro viaje.

Cogí un avión a Inglaterra para ir a una reunión del equipo internacional de escaladores y de allí directamente a Italia. Brento, en las Dolomitas, fue uno de los sitios escogidos para realizar los saltos de entrenamiento con traje de alas. Brento es una pared de ochocientos metros con un talud de otros doscientos metros si eres capaz de librarlo por los aires. Allí conviviríamos con varios saltadores BASE. Algunos contaban historias de lo más curiosas sobre el paracaidismo tradicional. Robert Pecnik un saltador BASE profesional con quien Leo acordaría un trabajo para hacer unas grabaciones desde el aire nos resumía así la forma como él diferenciaba a los buenos paracaidistas: «Hay gente que puede volar y gente que no; los que saben volar llegan más lejos». Una frase que si sacáramos de contexto sería difícil de explicar.

Por suerte, con eso de ser escalador, algunos saltadores BASE te incluyen en su club de distinguidos y el cielo se atraviesa de otra forma. Digamos que te saltas algunos pasos para llegar a tener más información. Para mí, volar seguro y volver sin una lesión ya era todo un logro en sí mismo, porque por mucha seguridad y experiencia que uno tenga, tirarse al vacío no es algo que se acabe asimilando con total tranquilidad. Hicimos unos cuantos saltos desde el punto más alto y quedó patente que yo necesitaba más experiencia si quería saltar en otros sitios con un traje de alas. La sensibilidad que hace falta para volar un traje de estas características sólo se afianza con muchos saltos previos de avión. Volví a Madrid y eso hice, saltar en las diferentes zonas de paracaidismo con todo el coste económico que ello suponía. Me sentía mucho más preparado para los futuros objetivos.

Después de solventar mi vida con unos cuantos trabajos aquí y allá, pude adherirme al viaje soñado en Canadá. En esta expedición reuniría como reto un compromiso total de todo mi conocimiento acumulado en la montaña. Durante el trayecto habría que saltar de un avión para aterrizar en un glaciar, escalar una pared y hacer un salto BASE desde la cima. Baffin es la quinta isla más grande del mundo por territorio, donde todavía se pueden ver los restos de una civilización nómada que vivió en los hielos con los osos polares en contra de toda ley natural de supervivencia. Los esquimales de hoy recuerdan un poco a los indios de Estados Unidos, perdidos en una sociedad que no les corresponde.

Nos juntamos siete personas entre escaladores, ayudantes y cámaras. Allí, el equipo escaló dos vías, una la Doug Scott, abierta en el año 1974, y otra, una vía de escalada artificial llamada Inusuk. En esta última, yo me dedicaría a ayudar al cámara de la película para conseguir mejores planos. Era de todo menos un trabajo fácil. Yo aprendí que una cosa era ir a escalar, hacer unas cuantas fotos y quizá una grabación, y otra muy diferente escalar y hacer una película. Lo primero es que, al igual que en Riglos, algunos tramos los repetimos varias veces. Alastair se estaba empezando a parecer a alguno de esos directores de Hollywood que no descansan hasta que sus

actores han plasmado la escena a la perfección. Leo cumplía su trabajo a la perfección llevando la profesionalidad de la escalada en un escenario nada propicio para ello. Haciendo un trabajo tan descomunal, las noches y los días se confundían por igual. Si había que rodar un plano una y otra vez, para que quedase bien, se hacía y nadie lo discutía, demostrando la buena disposición de un equipo dispuesto a dar lo mejor de sí mismo. Trabajamos hasta llegar a la extenuación sin saber que fuera a tener algún tipo de éxito la película. Si a eso le sumabas las condiciones extremas del Ártico, las consecuencias eran devastadoras: pérdida de kilos, barbas de cuarenta días, higiene brillando por su ausencia, etcétera. Con todo y con ello, para mí fue, como se dice tantas veces, un sueño hecho realidad.

Del resultado de todo aquello saldrían unas imágenes espectaculares y varios saltos BASE de la cima del monte Asgard, tres saltos de la ruta Scott y dos con traje de alas de la ruta Inusuk por la cara norte, estos últimos por parte de Leo y Stanley, ya que yo sólo saltaría una vez con la idea de preservarme de un posible accidente. Escalada en libre y en un día la ruta Scott, una ruta que más bien parecía una vía de calentamiento a pesar de ser una de las vías más largas que había hecho hasta entonces. Y finalmente se necesitaron diez días para grabar y escalar en la vía Inusuk donde tanto Leo como Stanley se debatieron en largos de bastante dificultad. Como consecuencia de nuestros saltos prohibidos en el parque natural recibiríamos una carta para presentarnos ante un tribunal canadiense con su multa correspondiente. Todavía hoy es un asunto sin resolver.

La cima del monte Asgard fue un lugar peculiar, un miniplató con una pequeña protuberancia, que es lo que te situaba en el punto más alto, un recuerdo de que la vida en otros lugares está siempre tranquila, sin ruido, con paisajes como lo fueron antes de que existiésemos y que, probablemente, continuarán mucho después. La expedición nos regaló una noche de auroras boreales de colores increíbles. El equipo liderado por Leo lo dio todo en una pared que iba encontrándose cada vez en condiciones más árticas. En una situación a cada segundo más comprometida, Stanley liberó alguno de los largos más difíciles como prueba de su alto nivel cosechado en Yosemite.

Sin duda, cuando pienso en los momentos clave de aquella expedición, vuelven los recuerdos de las cosas que nos llenan de verdad y forman parte de esos instantes que Walter Bonatti llamaba *los grandes días*. Gracias a la película, ahora puedo recordar algunos de mis mejores días. Vuelvo a verme en el avión DC3 saltando en medio de un glaciar solitario, recordando su silencio como si se lo hubiese robado.

Llegando a Ottawa, me vino a la mente el recuerdo de Alfonso Vizán por su búsqueda constante de escaladas interesantes. La expedición a Baffin despertó en mí un ansia por conocer lugares más remotos.

La película editada por Alastair me permitiría compartir experiencias con escaladores de todo el mundo en los festivales internacionales, ese mundo de aventuras *en coma y con pronóstico reservado*. Un *coma* al que me estaba acercando mucho y que, explicado de algún modo, sería algo así como que detrás de los riesgos tan grandes que hemos afrontado los alpinistas también hay una parte incontrolable, inútil, que no trata de un ideal de libertad o de lo que se esté buscando, sino que responde a un impulso ciego que todo el mundo lleva dentro. El resultado de asumir esos

riesgos incontrolados es entrar en coma...

Terminaba el año; mi relación con Berghaus se reforzó, volvieron a llamarme de la productora que trabajaba para el canal de televisión y colaboré en el programa, amén de otros proyectos que estaban en el aire como algunas conferencias que tenía pactadas.

La crisis económica hizo que las productoras de varios canales se vieran afectadas. No duró muchos más días mi experiencia en televisión, pero pude entrar en contacto con algunos personajes conocidos del mundo de la farándula. Siempre acababa yo contando anécdotas, como si mi mundo tuviera algo que ver con el planeta Júpiter y no con el de ellos.

Tantos avatares juntos en tan poco tiempo me hacían pensar si daba igual lo que hiciera, lo que supiera. La vida iba a una velocidad y yo a otra. La sensación de que era un pasajero espontáneo en un tren a la deriva, sabía ya que me acompañaría para siempre. Desde luego que escalaba cimas y recorría valles porque lo elegía, pero tendría que estar preparado en adelante, como en una escalada difícil, donde la combinación entre mi instinto y el destino me pudiese llevar.

13. Al encuentro con el *free* BASE

Marché a los Picos de Europa con la intención de descubrir nuevos saltos. Me fui con Darío Barrio, un cocinero de la nueva ola conocido en televisión por hacer un programa de alta cocina. Darío no había escalado nada aunque le bastó un día para explicarse en tono de humor «nosotros los escaladores»... Darío destaca por ser un buen profesional que se mantiene en forma y en sus ratos libres se dedica a los deportes extremos como el salto BASE o el parapente. En Picos necesitaría escalar para poder acceder a todos los saltos, lo que hacía mucho más interesante la excursión antes de lanzarme al vacío. Las montañas en Picos son más inaccesibles por terrenos que a priori se entienden como rutas de acceso normal a la cima. Allí constataba que el salto BASE o el parapente estaría en un futuro irremediamente asociado a la idea de bajar rápido y, de paso, más entretenidamente de una montaña.

Estaba en el ambiente que tenía que ocurrir tarde o temprano. Me iba acercando a retos cada día más complicados donde la experiencia de años jugaría su baza. Además de la roca necesitaría conocer las corrientes de aire por las laderas más verticales. La montaña seguía poniéndome a prueba y me llevaba al misterio de la existencia. Además del riesgo implícito en una escalada añadía ahora el de bajar de la montaña volando. ¿Para qué seguir arriesgando una vez más? Esto era lo que me preguntaba. No necesitaba justificar ante nadie mi valor o compromiso. ¿Entonces? Lejos de apagarse mis expectativas sobre lo que podía seguir haciendo en las paredes, se me acumulaban muchos más proyectos. Ya no era el niño que tan sólo pretendía reflexionar en las montañas para encontrar el camino adecuado. Ahora sabía que en las montañas se es feliz pero que éstas también podían matarte.

Personalmente no quería pasar a ser uno más de la lista de accidentados pero tampoco podía quedarme en casa o pasarme la vida haciendo una actividad que por naturaleza no me correspondía.

La evolución de la aventura seguía su curso presentando nuevas alternativas para seguir disfrutando de las cimas. Muchos de los peligros asumidos anteriormente se me volvían un tanto ridículos habida cuenta de lo que yo como escalador y el material habíamos evolucionado. Algunos de esos peligros ahora estarían mucho más controlados por mi propia experiencia. Todo ello tenía que ver con un razonamiento lógico de que los impulsos fuertes de la motivación a una edad más temprana se superponían a la seguridad. ¿Hasta qué punto no se repetiría ese proceso en un nivel mayor de conocimiento? Quizás en esta pregunta residía la clave para actuar de una forma más conservadora que me acercase a la seguridad de mis actos, pero también sin ese impulso ciego que nos lleva a aventurarnos tampoco se harían muchas de las cosas que permiten la evolución del deporte. Estos razonamientos eran los que me invadían antes de lanzarme por nuevos sitios.

Más cerca de la lógica se encontraba la idea de que la escalada y el salto BASE se unieran indefinidamente para aumentar las posibilidades de la aventura en montaña. Me lo estaba imaginando todo hasta que Dean Potter lanzó la primera piedra. Sus escaladas sin cuerda con un equipo de BASE en la espalda formaban parte de un entramado que se tenía que fusionar en

cualquier momento. El Eiger fue el escenario perfecto. Dean se convirtió en el pionero de una nueva forma de subir en solitario por una pared.

Recibí una llamada de Ramón Portilla que me proponía acompañar a Dean Potter, que había sido contratado por él durante su estancia en España. Haríamos un pequeño tour de conferencias donde Dean presentaría entre otras cosas su *free BASE*.

No nos hizo falta hablar mucho en torno al *free BASE* que acababa de realizar, nos dedicamos a escalar en algunos sitios como la Pedriza y más bien a recordar viejos tiempos cuando coincidíamos en la Patagonia o Yosemite. Del tema del *free BASE* ya había hablado yo con Leo Houlding cuando le vi las primeras veces, fantaseando sobre las locuras que se podrían hacer en un futuro próximo. Ahora todo era diferente, ya que conocía los pormenores del salto BASE desde dentro.

Cuando conocí a Dean Potter en Yosemite acababa de hacerse famoso por su escalada en solitario en el Half Dome sin ayuda de la cuerda. Le vi en una típica cafetería americana que solían frecuentar los escaladores del Valle. Allí me aficioné al famoso café de Wolfgang Güllich. «Uno no se va a tomar un café después de escalar; tomarse un café es parte de la escalada» solía decir...

Después de cuatro cafés no podía hablar más, había que moverse, Dean me invitó amablemente a hacer un poco de *slackline* en una zona cercana al campo 4. Entonces era cuando pensaba que se trataba tan sólo de una cuerdecita puesta entre dos árboles, eso, hasta que vi el invento de más de cincuenta metros de largo que habían colocado. Estaba a una altura de unos 4 metros del suelo, lo que impedía que tocaras el mismo cuando te encontrabas por la mitad del recorrido. Aquello se quedó en intento fallido por más que traté de atravesar de árbol a árbol.

Entre varias conversaciones con Dean le comenté la posibilidad de hacer el Cerro Torre en solitario, algo que yo había intentado y que para alguien de su perfil sería seguramente muy factible. Me escuchó con atención pero noté enseguida que todavía no entraba en sus planes a corto plazo. Eso hasta que viera *in situ* la mítica montaña.

La siguiente vez que vi a Dean fue en plena Patagonia, en el clásico bosque patagónico donde se organizaban los campos base antes de que prohibieran hacer fuego. Ahora los escaladores se organizan mejor en Chaltén, el pueblo más cercano donde la vida es más placentera y se pueden comer los exquisitos asados de cordero argentino.

Cuando Dean estaba en su tienda, la cuerda para hacer equilibrio que tenía preparada entre los árboles emitía un sonido particular en su roce con el viento. Se sabía que Dean estaba encima porque ese ruido paraba de golpe. A menudo, Dean estaba en trance con sus auriculares escuchando música intentando encontrar su paz espiritual, supongo. Y Dean escaló el Cerro Torre en solitario y de paso el Fitz Roy.

En mis conversaciones con Dean por España podía ver cómo coincidíamos en una especie de evolución personal que tiene que ver con una trayectoria que elegimos en una época parecida. Fue curioso cómo empleábamos términos iguales como el de explorar ese espacio que siempre está detrás de nuestras escaladas...

Dean ha llevado el riesgo hasta un punto difícil de valorar, no parecía dispuesto a abandonar

en un breve espacio de tiempo o a tumbarse al sol. Quería pensar que no tenía un coma de pronóstico reservado peor que el mío. No se trataba de grados o cimas, sino de vidas paralelas. Estábamos simplemente en un juego parecido en diferentes continentes. Los viajes en coche entre conferencia y conferencia eran un cúmulo de charlas donde siempre encontrábamos una comprensión mutua de nuestros estilos de vida. Hablábamos, cómo no, de volar y de cómo había evolucionado todo respecto a la forma de bajar de una montaña. El *speed flying* sería el siguiente paso: una nueva modalidad de parapente pequeño que te permite despegarte de la montaña siempre que haya un viento relativamente fuerte. Hablábamos también de política y concretamente de las leyes con respecto a la naturaleza en el parque de Yosemite donde casi todo está prohibido y especialmente el salto BASE. Dean tiene una reflexión interior de lo más interesante, sus riesgos afrontados al extremo le llevaban a tener una cierta autoridad a la hora de hablar de determinados temas. Por ejemplo, cuando tocabas el tema de la empresa o la política nunca se limitaba a encasillarse pero sí a defender el alto nivel de compromiso que debería tener cualquier persona en cualquier ámbito o estrato de la escala social. Demandaba un compromiso como el suyo con la montaña marcado en su piel a fuego lento. Su opinión tenía peso pues se basaba en años de concentrarse a fondo en los retos más peligrosos. Definitivamente andar con Dean por la calle, me hacía sentirme con uno más de mi misma estirpe.

Después de mi periplo por los Picos de Europa, donde descubrí nuevas paredes para saltar, llegó mi hora de plantearme dónde podría probar el *free* BASE. Riglos, cerca de los Pirineos era sin lugar a dudas el sitio adecuado. Estudié varias vías y sus diferentes posibilidades. No era fácil elegir acertadamente. Si cuando entré de lleno en el salto BASE me di cuenta que no había tantas paredes verticales o desplomadas como había pensado en mi anterior visión como escalador, ahora tampoco veía muchas más posibilidades para la práctica del *free* BASE.

No son muchos los sitios donde se podría practicar hoy en día esta actividad. Las paredes no son todo lo desplomadas que se desearía, ni los equipos son tan ligeros o fiables como para pensar que una apertura del paracaídas cerca de la pared fuera a realizarse con absoluta seguridad. Lo complejo del asunto rizaba el rizo hasta llevarme a la contrariedad. ¿Qué debería hacer o cómo podría resolver los primeros metros de una pared con un paracaídas en la espalda que no me iba a servir de nada? Había dos soluciones, autoasegurarse con cuerda o escalar sin cuerda para los primeros noventa metros como mínimo antes de que el paracaídas llegara a hacer algo de efecto. La escalada en solitario volvía a mí sin yo pretenderlo del todo.

Pensé en la historia de la escalada y sus principales protagonistas. Desde que casi se inventase el montañismo hubo escaladores con un sentimiento de pureza o ética personal que les llevaba a escalar sin cuerda, como fue el caso de Paul Preuss, quien decía que cualquier alpinista tenía que ser capaz de subir lo mismo que bajar sin ayuda de medios artificiales, incluyendo, claro está, el uso de la cuerda. La escalada en solitario jamás se ha dejado de hacer desde los comienzos de la historia del alpinismo. Una lucha interior titánica que evidencia la inquietud de muchas personas. Una gran mayoría de los escaladores históricos más representativos han probado en más de una ocasión este tipo de escalada y, como ha revelado su historial posterior, tampoco ello les llevó a ningún tipo de aislamiento personal o cosas parecidas. Contrasta también la prueba de que no son

muchos los accidentes que han ocurrido en escaladas difíciles en solitario, quizás la causa podría ser debido a un alto nivel de concentración.

En cuanto a la influencia que puede provocar enseñar este tipo de escaladas, personalmente siempre he querido creer en la inteligencia humana al igual que explicaba el escalador solitario John Bachar, «tú no vas al circo y porque veas a uno meterse un sable por la boca vas tú y lo repites». Y lo digo por el eterno debate de si se deben o no mostrar estas actividades en los medios de comunicación. La revista *Desnivel* publicó hace años en portada la escalada en solitario de Carlos García en la Visera y con los años parece que se cuestionase de forma insistente este tipo de informaciones. Sin embargo, yo aprendí mucho leyendo a Bonatti y a otros que trasmitían lo mismo años después y que vivían de manera más extrema, como fue el caso de Reinhold Messner. ¿No es acaso el alpinismo en general una invitación constante a las fronteras del riesgo? ¿Dónde están los límites de lo razonablemente seguro? Desde luego, que desde mi opinión, no están las respuestas en la referencia de una sola generación. Nadie tiene la respuesta más acertada para estas preguntas. La evolución constante del alpinismo y la escalada hace que nos planteemos cosas incomprensibles. Una espiral de búsqueda de la perfección es el juego en el que algunos aspiran a elevarse. Aunque muchos se queden por el camino, siempre aparece alguno con más valor y conocimiento para poner las barreras de lo imposible un poco más humanas. Sin duda no hablaba de mí, aunque decidí soltar la cuerda y enfrentarme a todos mis miedos en Riglos...

Llamé a varios amigos para grabar mi escalada. Viajaba un poco tenso pero con la conciencia tranquila de haber hecho bien los deberes. Estaba entrenado y además llevaba unos cuantos días saltando en diferentes tipos de paredes, lo que aumentaba mi confianza en los vuelos con el paracaídas. Nada más llegar al refugio, plegué mi paracaídas para el salto más fácil en la Visera. A la mañana siguiente probaría a caer de espaldas y tratar de darme la vuelta lo antes posible igual que un gato cuando cae descontroladamente.

Al igual que me ocurría cuando escalaba las vías de octavo grado sin cuerda, me preocupaba mi verdadero estado de salud mental. Quizás los años me habían vuelto un poco menos cuerdo y seguía sin darme cuenta. Me encontré dominando mi plegado del paracaídas de manera muy limpia comprendiendo muy bien cada paso que daba. Pensé que la salud mental dependía de un grado de tensión que existía entre lo que ya había logrado y lo que todavía no había conseguido; o el vacío entre lo que se es y lo que se debería ser. Me daba cuenta de que esa tensión era algo inherente al ser humano y por consiguiente, indispensable para el bienestar mental. Me conforté pensando que podía aportar cosas interesantes gracias a las consecuencias de mi próximo reto.

Amaneció sin viento, condiciones perfectas para el salto de calentamiento. Volvía a estar en una cima en la que había estado muchas veces. Todo me resultaba familiar. Me tiré de lado, casi de espaldas para afianzar el paso previo a la caída en caso de ir escalando. Al momento me di cuenta que tenía suficiente margen de actuación, y a menos que cayese demasiado incontroladamente, no tendría grandes problemas para abrir el paracaídas en una posición estable. Escalé varias vías con el paracaídas en la espalda para ir practicando.

Finalmente, después de estudiar todas las vías decidí meterme en la vía Murciana al Mallo Pisón. Me pareció que conocía la vía lo suficiente como para no tener que repetir los tramos con

anterioridad. Escalé los primeros metros con los cámaras antes de pensar en quitarme la cuerda y quedarme solo con mi paracaídas en la espalda. Llegué a un punto con algo de altura y me quedé solo, sujeto a un único seguro. Normalmente nunca te quedarías en una pared dependiendo de un solo seguro pero pensando en lo que iba a hacer, aquello era como un oasis en medio del desierto. Me até sólo con el arnés que llevaba debajo del paracaídas. Me impregné bien las manos de magnesio y apreté bien mis pies de gato. Tomé la última respiración profunda para dejar el cuerpo relajado. Abrí el mosquetón y me quedé colgando de un brazo con los pies en unos cantos un poco incómodos. Subí los primeros metros con algo de nerviosismo. La impresión del vacío era potente sin cuerda de ningún tipo. Unos segundos antes había estado de bromas con los cámaras y ahora me encontraba en silencio total intentando controlar la situación en otro universo. Quise disfrutar del paisaje sabiendo que tenía un paracaídas en mi espalda y que aquello me salvaría ante cualquier imprevisto. Pasó algún buitre cercano, quizás estaba vigilando mis pasos. Me tranquilicé un poco a medida que ganaba altura. Con todos los sentidos agudizados pasaban los metros y notaba que se me iban cargando los brazos. Tenía que subir a un ritmo más reposado que al hacerlo asegurado. Me acerqué a la zona donde sabía que me iba a tirar para abrir el paracaídas en plena caída. Visualicé todos los movimientos antes de hacerlos como en una competición. Me separé de la pared y a los pocos metros se asomó la visión del vacío con toda su fuerza. Dejé que aguantara un poco mi caída para separarme más de la pared a riesgo de acercarme al suelo. Tiré del pilotillo que abriría el paracaídas de golpe. En cuestión de segundos tuve que decidir la zona de aterrizaje. Me fui en dirección hacia la iglesia del pueblo a por una ligera explanada. Aterricé sin problemas con los pies de gato, que era algo que me preocupaba al no llevar unas buenas botas que protegieran mi impacto contra el suelo. Ya en tierra firme, guardé el material todavía rebosante de adrenalina, me tumbé un rato en el suelo para ver la pared y rápidamente me di cuenta de que a pesar de la excitación estaba totalmente vaciado de energía. Me quedé en una especie de duermevela que asocié a toda la tensión acumulada. Nunca antes me había venido esa sensación con tanta fuerza.

Vivir unos instantes en Riglos el *free BASE* me llevó a pensamientos fuera de toda lógica. La experiencia jugaba un papel fundamental, tenía que confiar en mi instinto, tenía que verme que subía tranquilo después de «habituarme al nuevo escenario desconocido». Sólo así sabría que lo estaba haciendo correctamente, que todo era producto de todas mis anteriores escaladas juntas. Tenía un factor nuevo, el peso del paracaídas que era un hándicap, pues no sabía hasta qué punto me iba a reventar los antebrazos con ocho kilos de más en el cuerpo. Probablemente escalar en tantas ocasiones con mochila en la espalda para hacer alpinismo me ayudó a no amedrentarme.

En realidad, no era la fuerza física sino la fortaleza interior la que pudiera elevarme de un adverso destino. Ya no debía dudar en desafiarme a cumplir mi sentido potencial. Empecé a ser consciente de que seguía en pleno proceso de aprendizaje que duraría toda mi vida. Hasta donde llegase ya no me importaba tanto sino que los días que me quedasen fueran interesantes, unidos o no al riesgo. Mi seguridad interior se afianzaba sabiendo que tenía tareas nuevas por realizar. Solamente el tiempo y la edad podrían conspirar para que perdiese mis sujeciones como escalador. También una familia numerosa podría poner límites a mis retos... La responsabilidad que se

asume por la cercanía de los seres queridos adquiere el peso de un sufrimiento extra que no ayuda a las mejores escaladas. Pero vivir tiene parte de sufrimiento. La verdadera inquietud es sufrir; sobrevivir es hallarle sentido al sufrimiento. Si la vida tiene algún objeto, éste no puede ser otro que el de sufrir y morir.

Pero nadie puede decirle a otros en qué consiste este objeto: cada uno debe hallarlo por sí mismo a través de lo padecido en las cimas y aceptar la responsabilidad que su respuesta le dicta.



Después de cuatro cafés no podía hablar más y había que moverse, Dean me invitó amablemente a hacer un poco de slackline en una zona cercana al campo 4.

14. Un futuro sin el riesgo

La montaña me ha enseñado a no hacer trampas, a ser honesto conmigo mismo y con lo que hago. Afrontada de cierta manera, la montaña es una escuela indudablemente dura, a veces incluso cruel, pero sincera, lo que no siempre sucede en la vida diaria. Así pues, si traslado estos principios al mundo de los hombres, me veré considerado como un tonto. Es verdaderamente difícil conciliar estas diferencias. De ahí la importancia de fortalecer el espíritu, de elegir lo que se quiere ser. Y, una vez elegida la dirección, se debe ser lo suficientemente fuerte para no sucumbir a la tentación de tomar otra. Walter Bonatti.

Durante los días que escribía este libro pensaba en la salvación que suponía para mí el hecho de escribir, una actividad segura, imperecedera, infinita y rica. Estar concentrado en la escritura me hizo descubrir el potencial que uno puede llevar dentro, más allá de una actividad deportiva. Entre el caos de pensamientos no había tiempo suficiente para leer, investigar y escribir todo lo que se me iba ocurriendo para obtener un resultado mejor. A pesar de ello, fui llegando a la conclusión de que me convertí en un escalador por encima de todas las cosas, con todo lo que ello conlleva, y es que necesitaba la acción como el respirar. Sin ella no hubiera sido capaz de escribir una sola línea.

Escalar forma parte de mí, de una manera irrenunciable por todo lo que me atrae del contacto con lo físico, con lo ancestral que reside en el espíritu del hombre cazador que afronta penurias y peligros. Necesito imaginar que todavía existen mamuts como los que hicieron al hombre desarrollar su valor. Sé que son pensamientos, que pertenecen a una forma de soñar que llevo dentro y, a la vez, a un sentimiento de arraigo por aquello que simplifica el quehacer humano.

Pienso que fue el valor de salir de las cuevas lo que hizo que el hombre evolucionase. Las montañas están ahí afuera esperando. El alpinismo plantea un reto a cualquier generación y saca lo mejor y lo peor de uno. El hombre es el único animal evolucionado que plantea el alpinismo. El mejor alpinista de la historia, Reinhold Messner, dice en esta misma línea: «El miedo hizo al hombre de alguna manera y ayudó a desarrollar su intelecto».

El alpinismo consiste en valorar si se quiere ver más allá de lo cotidiano. El riesgo que se afronta en la montaña no tiene ninguna justificación racional hoy en día, al menos en aportes concretos propios de la época de la exploración, como eran los mapas o las cotas de altura. Si lo comparásemos en este sentido el alpinismo podría ser hoy día un simple entretenimiento.

Para mí, el desafío del alpinismo tiene una justificación por un sentimiento personal y el valor que le quiera dar cada uno para sí mismo. En muchas ocasiones, las sensaciones en torno a la montaña varían con el tiempo o con la edad. Por eso, es difícil dar una sola razón al sentimiento alpino. Lo más sencillo sería decir que el alpinismo viene a identificarse con todo lo que hay de homérico en el hombre. Pero hay mucho más: el afán de investigación, la incertidumbre necesaria, la felicidad...

En la mayoría de los países desarrollados la vida es segura. La gente está liberada de los peligros más básicos en comparación a los que tuvieron que enfrentarse nuestros ancestros. Hay

personas que echan de menos en sus vidas un componente de riesgo como el que se encuentra en las paredes más altas. No les hace falta, pero ahí van. Algunos escaladores buscan sus auténticos límites a través del riesgo, remueven su inquietud por una forma de ser. Muchos de los escaladores franceses, italianos y británicos del siglo pasado eran gente adinerada, nobles que tenían todo lo que necesitaban para una vida tranquila. No hay razón para pensar que sólo es el egoísmo lo que les llevaba a pelear en grandes paredes, una vez que las primeras cimas habían sido conquistadas. Luchaban por demostrar algo más. Morían por la cima. Muchos eran los que podrían haberse quedado en casa y disfrutar de una vida cómoda. Algo les empujaba a abandonar la seguridad del hogar y explorar. Este tipo de personas cuentan con un instinto que les dice que esa comodidad no es suficiente para un sentimiento total de realización.

La necesidad de aventura, cree Conrad Anker, un gran alpinista americano, forma parte de algunas personas, está unida a nuestra evolución natural. Por eso, los que aceptan riesgos tienen que salir a la caza. Ahora ya no se cazan mamuts, no se necesita cazar comida tanto como antes, se participa en una expedición, se ataca una pared, o se pone uno a prueba ante cualquier reto similar. En el caso de los alpinistas ese reto es la montaña. Y claro, también tiene que ver con el ego del hombre, con dejar una huella inmortal en algún lugar. Mark Twight, un gran alpinista, luchaba contra su yo más endemoniado hasta que logró superarlo a base de escaladas en solitario, en sus propias palabras. Dean Potter prefiere verse como un artista que quiere enseñar su obra a los demás. Ambos han arriesgado al máximo y han logrado sobrevivir. Son como gladiadores que han conseguido ganarse su propia libertad.

De esta misma manera se puede hacer una correlación entre el alpinismo y el arte que justifica al hombre como creador de otra forma de entender la vida, aun en las circunstancias menos propicias o más ancestrales, como en las cuevas de Altamira. El mismo sentimiento de conmoción ante lo artístico no ha cambiado con el tiempo. Permanece estable, volando en el ambiente, como un mensaje invisible que se pasa de generación a generación.

Muchos son los alpinistas con los que he convivido que no han sobrevivido a su arte. Tomaz Humar, el alpinista más valiente o arriesgado, según se quiera ver, nos dejó una bonita frase antes de escalar la cara sur del Dhaulagiri en solitario: «todo lo que hagas, hazlo con pasión». Él sabía que la pasión no está bien vista por todo lo que enajena la fuerza de los hombres, pero que va indisolublemente unida al éxito y a la ilusión.

Alfonso Vizán transmitió como nadie una forma elegante de pasar por el mundo. Kurt Albert, parafraseando a Reinhard Karl, decía «cómo los caminos desviados en la montaña le llevaban más lejos que los caminos rectos». La huella y el impulso patentado por todos ellos ayuda a otros a moverse y orientarse.

A veces, pienso como si todos o el mismo alpinista necesitase hilvanar montañas de ilusión innecesarias. Creo que a pesar del coste que suponen estos sueños en términos económicos, de producción artística o de vidas humanas en definitiva, la sociedad necesita personas que arriesguen, que se lancen a dar grandes saltos a lo desconocido, que guíen los límites de la creatividad de cada alpinista más allá de lo contemporáneo. Se trata de repartir parte de ese talento innato para algunos. No son los héroes, como normalmente los entendemos. En este

sentido, los alpinistas no son más que un eslabón muy pequeño de la idea.

Grandes soñadores como Lawrence de Arabia, Roald Amundsen o Neil Armstrong son algunas de las personas que han llevado a mejorar la vida de los demás. Parte de lo que nos enseñan estos grandes aventureros podría ser esencial para la educación de la sociedad en su conjunto. Y aquí es donde el alpinismo se vuelve siempre necesario.

«Sin arriesgar la vida y el cuerpo, no hay aventura», dijo Yvon Chouinard, empresario, alpinista y surfista. Nadie arriesgaría en la montaña si supiera que le iba a pasar algo. Pero ésta es la única reflexión que se tiene que plantear el alpinista. Ésta es la principal diferencia con el deporte en general: el vínculo con el riesgo.

El alpinismo también ha dado luz a muchos deportes relacionados con la montaña carentes de peligro. De convertirse en un deporte de masas, cosa bastante difícil, podría caer en la prostitución que habita en los deportes rey, como el fútbol o el tenis que acaparan todo el protagonismo. En mi opinión, todo el deporte de masas está sobrevalorado y pertenece a un escaparate de entretenimiento, que quizá tenga como principal mérito amansar a las fieras aventureras, lo cual podría ser importante desde un punto de vista de la clase política. Pero me cuesta creer que la relevancia que tiene hoy el deporte sea parte de una manipulación desde las instancias más altas como una forma de darle opio al pueblo.

Lo que es indudable es la propia tendencia económica o social en la que cae la sociedad, volviendo a demandar como en la época del Imperio Romano, un coliseo y unos ídolos de barro. Una corriente invisible que se retroalimenta sin mayor reflexión hacia el interés general. Es curioso que deportes como el motociclismo, la fórmula uno o la navegación, que son deportes arriesgados, gocen de un prestigio social diferente al de las actividades que tienen que ver con la montaña. También hay otras artes que tienen su parte deportiva con algo de parecido.

La afición a los toros parece también un reflejo del comportamiento humano, muy similar al alpinismo por su cercanía al riesgo. La clave está en la sensibilidad para mostrar un arte peculiar que ahonda en lo tradicional de la lucha con el animal y todo lo bueno que podamos sacar de esa lucha. La tendencia parece ir hacia la desaparición de tal afición, entendiendo que el daño real que se le provoca al animal no tiene ninguna aceptación en una sociedad cada vez más civilizada. Pero de su estudio se pueden sacar muchas conclusiones.

El alpinismo, sin embargo, crece en número de aficionados a la vez que se consolidan los deportes llamados de aventura. Y con ellos, aumenta otro peligro por probabilidad estadística. No existe ningún riesgo totalmente controlado en el deporte ni fuera de él. Ni siquiera todo el conocimiento universal acumulado a lo largo de los años puede garantizar un pronóstico acertado frente al riesgo. Sólo hay una serie de elegidos que aceptan entrar en el juego de la aventura más extrema y sobreviven con los años.

Yo elegí la aventura como el juego más interesante. Sentía la necesidad constante de querer escapar al mismo tiempo que me aventuraba, quizá por instinto porque, para mí, extremo ha sido todo lo que ha estado en mi límite físico y psicológico, como el alpinismo o el salto BASE. Y eso se ha repetido en muchas ocasiones. A veces, encontré una satisfacción interior y un rastro de mi intuición que me llevó en otra dirección. Pero como en un círculo infinito, siempre vuelvo a lo

mismo. Siempre me siento enriquecido cuando vengo de una situación comprometida. El simple contacto con la montaña o el olor de las jaras en la Pedriza me devuelve la atracción por la aventura, la que sea. ¿Qué podría hacer entonces, si dejando el alpinismo sólo atisbo una especie de empobrecimiento personal? El juego extremo con el riesgo me ha enseñado todas mis debilidades. Me ha enseñado a respetar la montaña, a ver mucho más lejos y a dar vigencia a mis valores. A medir mi entorno con una perspectiva más amplia.

Para ciertas personas, probablemente, el compromiso con el que he llevado mis ideas en torno a la montaña es inútil y vacío. El riesgo no merece la pena, dicen. No podría aceptar esa opinión de quien no sabe lo que es gobernar su propia vida. Lo inútil para mí es querer comprender la dejadez en la que se mueven algunos y aceptar veredictos faltos de argumentación. «Años de riesgo cambian a un hombre», como escribió Lionel Terray en *Los conquistadores de lo inútil*.

Yo también he cambiado y pienso en mis futuras escaladas, en conciliar un equilibrio entre paseos y paredes verticales. Me siento mucho más libre para elegir. He calibrado muchas emociones tomando parte en el juego. He completado parte de un largo proceso. Aprendiendo a volar es difícil encajar que la soñada libertad interior de uno pueda tener que pagar un alto coste personal.

Mi imaginación empieza a llevarme a otras montañas. ¿Por qué otra vez? Sé que en el camino a la montaña estaré solo. Arriba no encontraré nada. En algún paso volverán las nubes de la incertidumbre. Sin riesgo no habrá cima... ni todo lo que venga detrás.

Agradecimientos

El fin último de este trabajo ha sido el de tratar de ahondar en la cordura que reside en los alpinistas, por mucho que parezca a veces lo contrario. He intentado huir de egocentrismos tediosos tratando de utilizarme a mí mismo como un hilo conductor para expresar sentimientos o simplemente reflexiones.

Todavía pienso que hay un riesgo útil y necesario que reside en el alpinismo. Y el alpinismo tiene que quedar escrito. Desde un punto de vista más apacible que el de la escalada extrema, escribir es un pequeño riesgo ya que todo queda plasmado en el papel con la conciencia clara de que siempre se puede hacer mejor. No me habría lanzado a ello sin el apoyo de algunos amigos. Tampoco sin la influencia de mis lecturas a otros autores, a los que probablemente sin mala intención habré desvalijado las buenas ideas.

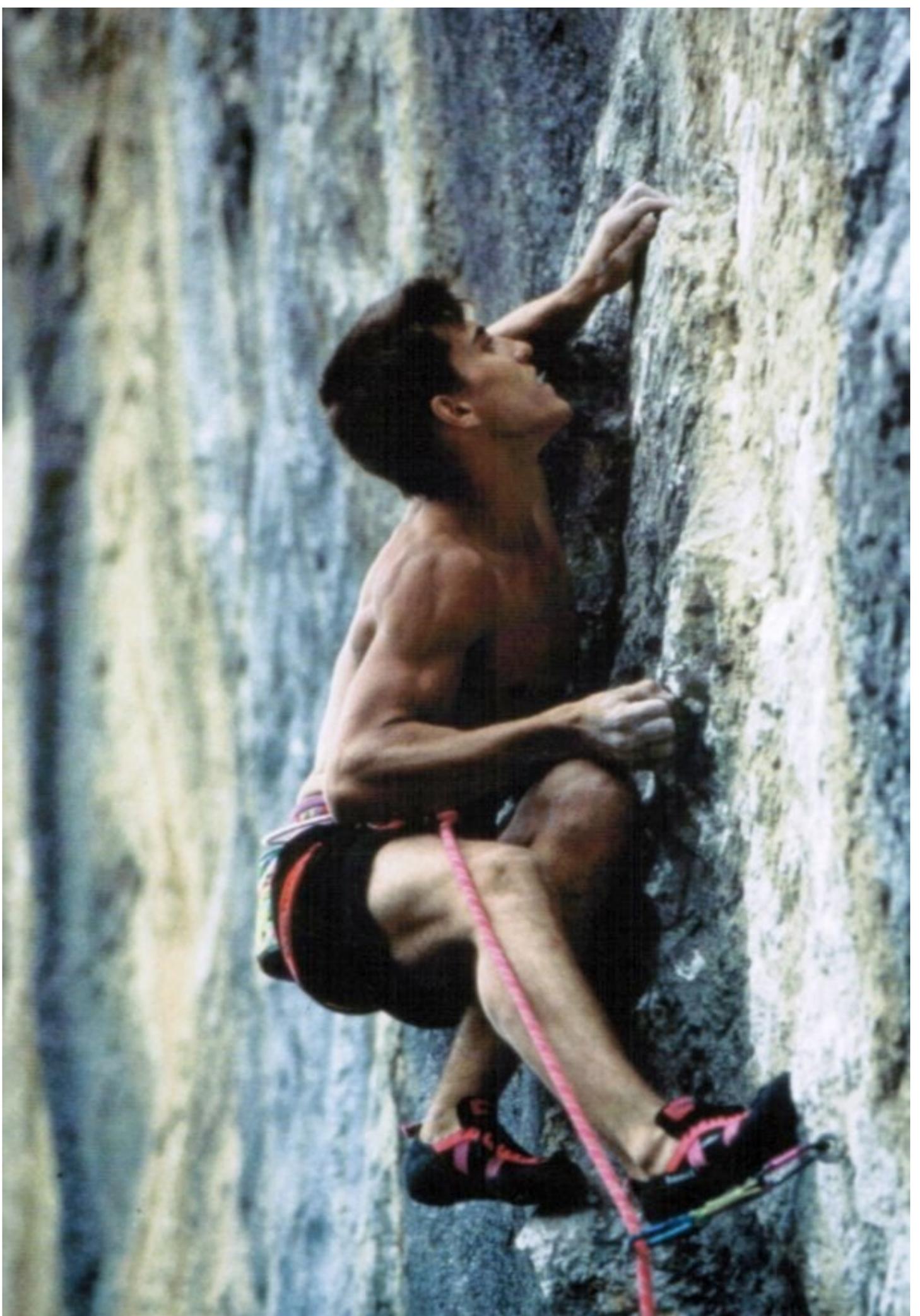
Gracias a fotógrafos como, Jonathan Griffith, Darío Rodríguez, Angel Tomás, Sara Janini, Alastair lee, Manu Prats se puede enseñar alguna aventura, pero sobre todo me hicieron ver la montaña con otra sensibilidad.

Al amigo a quién más debo el atreverme a escribir es al filósofo desconocido Rolando Fenellosa, quien me ha alentado constantemente con sus críticas elegantes para que no cayera en mi falta de autoconfianza. Escribe y mata, era su saludo de guerra mientras le enviaba algún escrito.

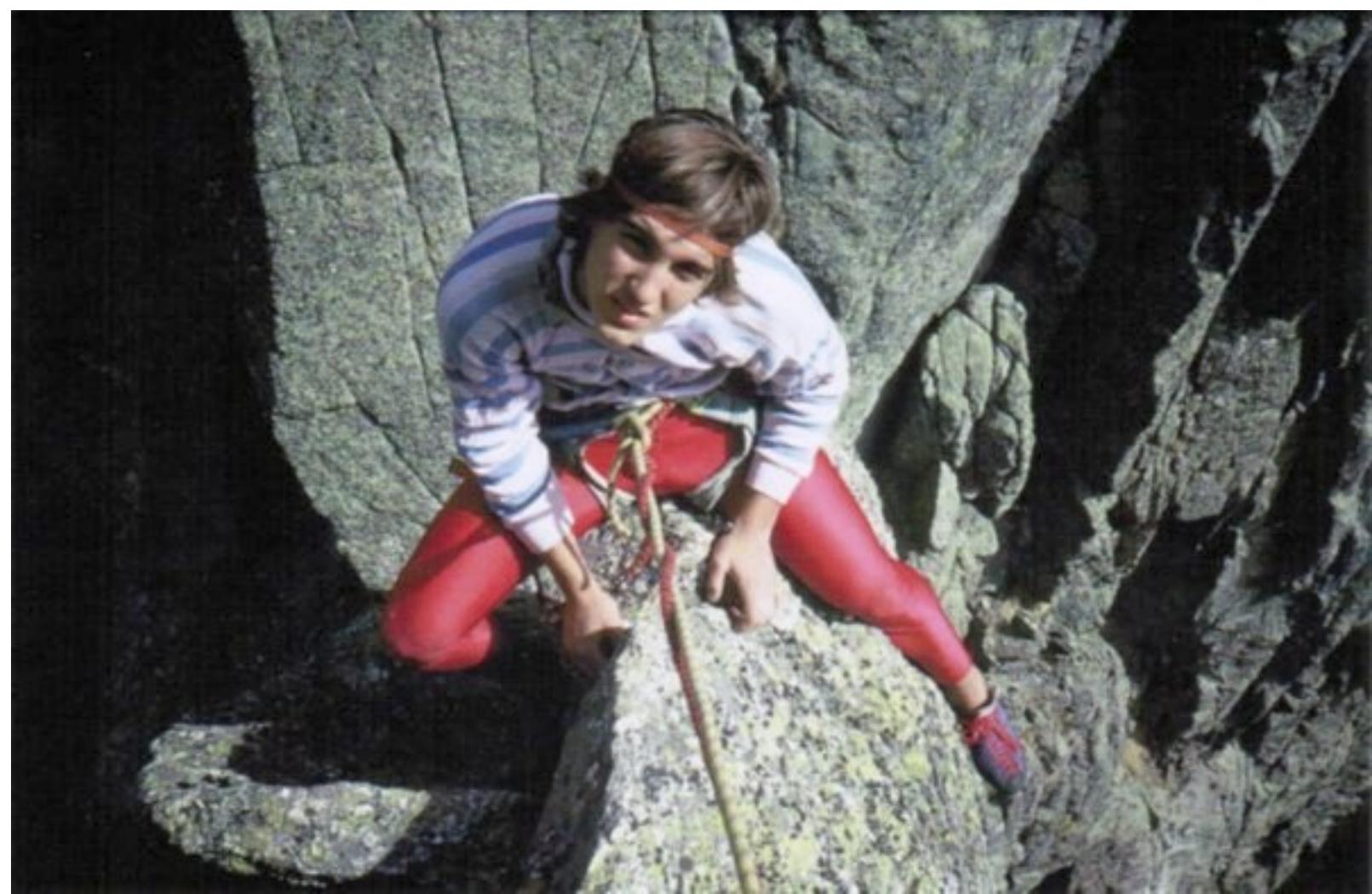
A Zoilo Martín, Javier Escolano, María López, Miguel Herrera, Aniceto Setién y Antonio Castán por sus comentarios y correcciones. A los patrocinadores con los que he compartido tantos años de aventuras como Boreal, Top 30, Petzl y Berghaus.

Todos teníais razón, siempre se puede alargar y contar algo más, pero es que tenía que irme a escalar.

Fotos



A los diecinueve años escalé mi primer 8b. Entonces no había más de diez realizados en España.



En la punta Don Servando en los Galayos a los quince años.



Detrás el Torreón de los Galayos. Escalar en Gredos fue una inmejorable escuela para aprender a manejarse por una pared

colocando tus propios seguros.



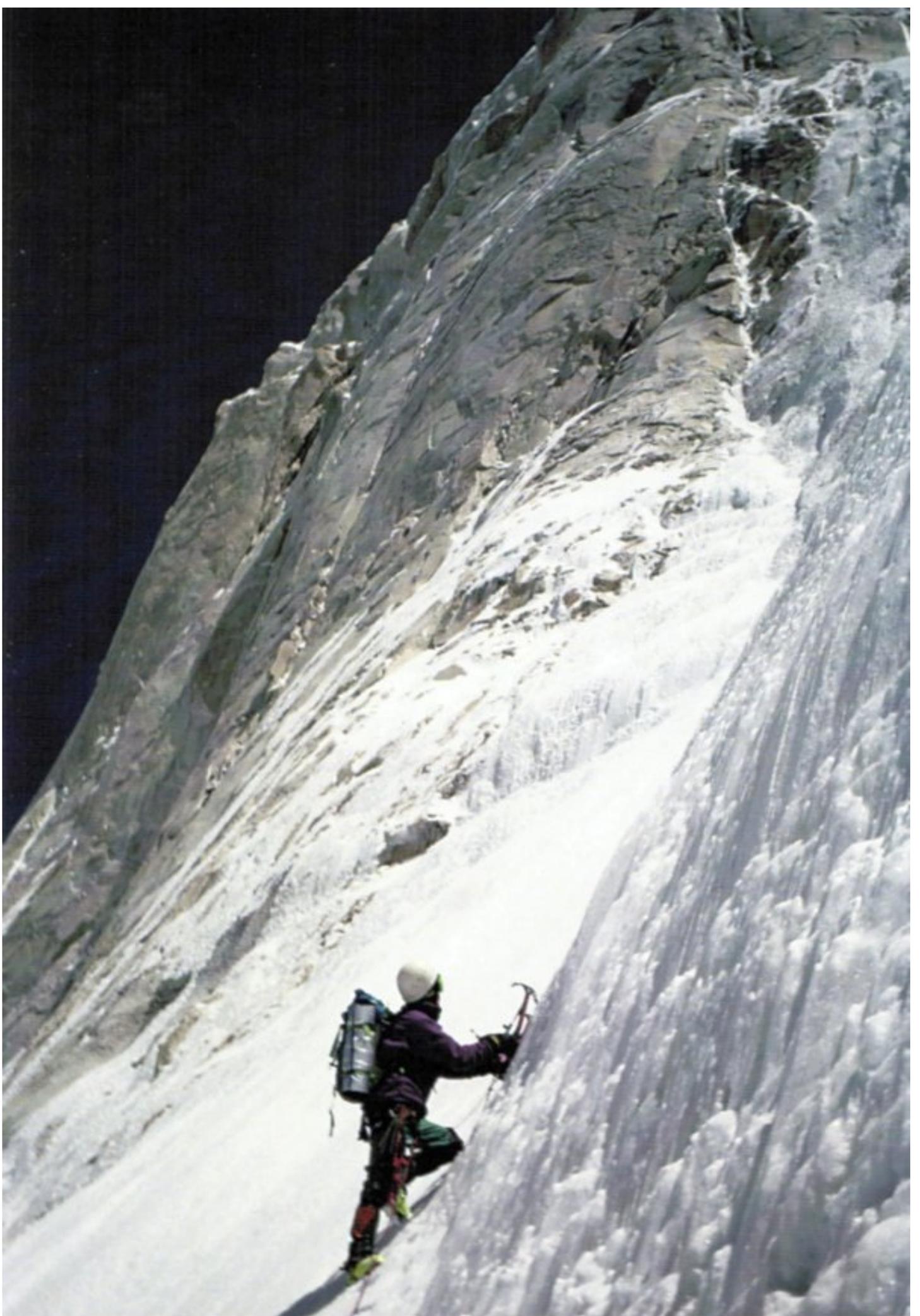
Con Jesús Gálvez, un escalador mítico de Madrid, escalando en Cancho Amarillo, la Pedriza.



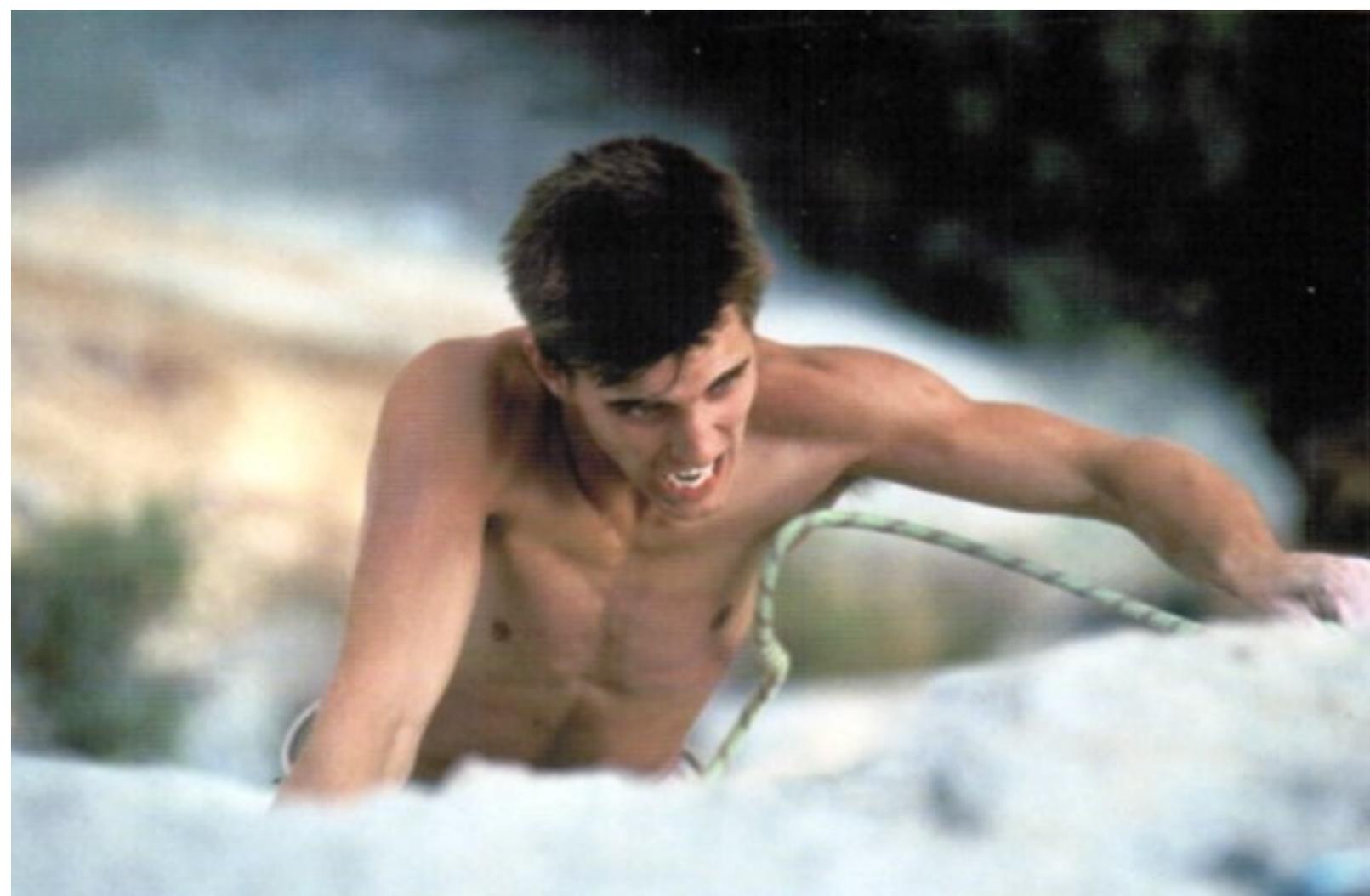
En las primeras competiciones que se celebraban en España destacaba una generación de escaladores con mucha personalidad como Carlos García, Patxi Arocena, Carles Brasco o Txema Gómez.



Abrí con Alfonso Vizán esta cascada de hielo en Formigal a la que Alfonso llamó Colmillo Blanco.



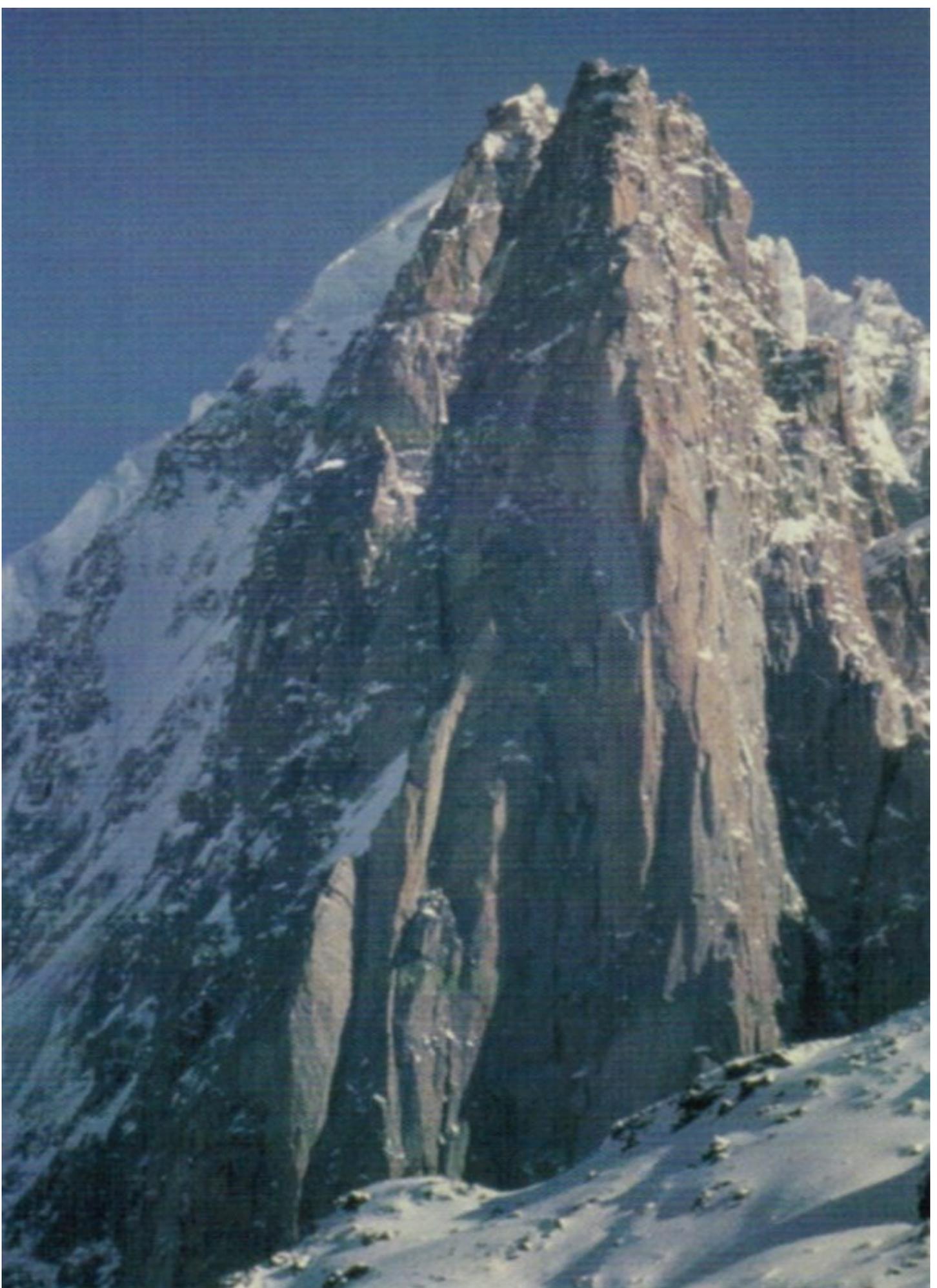
Alfonso Vizán en la cara norte del Thalay Sagar, en el Himalaya Indio, una montaña de siete mil metros con una pared que todavía estaba inescalada; hoy cuenta con más de cinco vías.



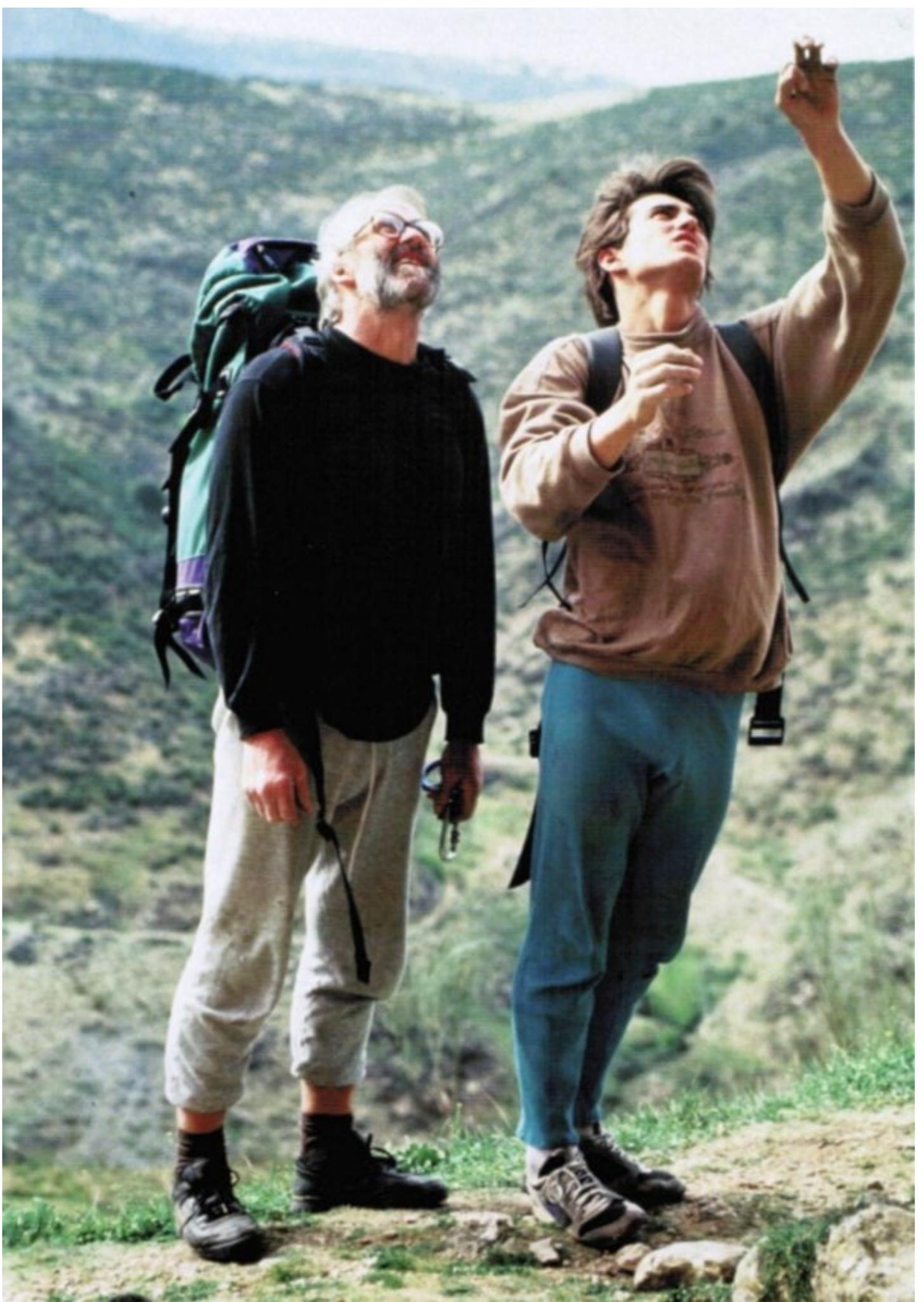
Escalando El sentido de la Vida, 8°, en Etxauri (Navarra).



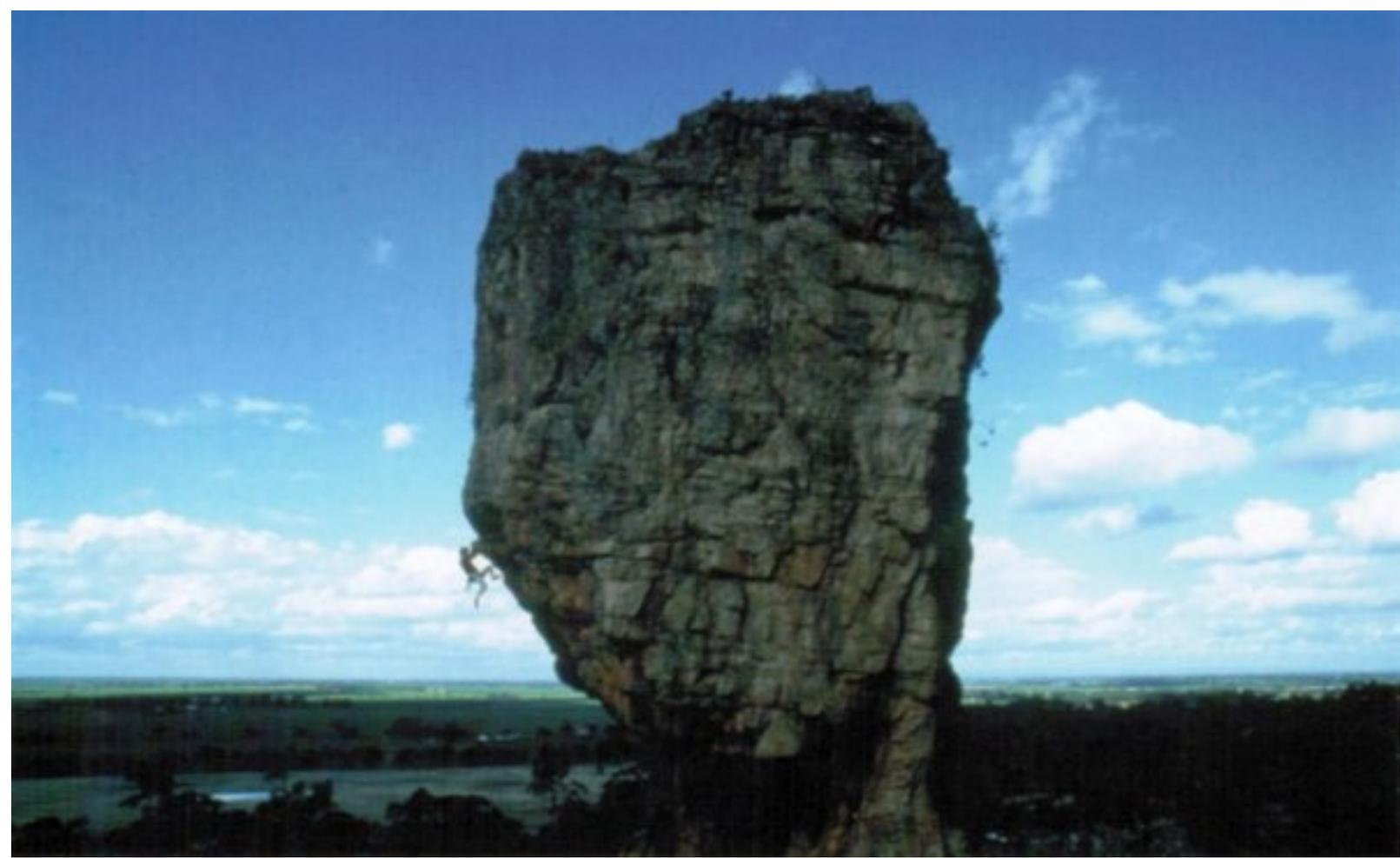
La inmensa pared norte de las Grandes Jorasses en el macizo del Mont Blanc.



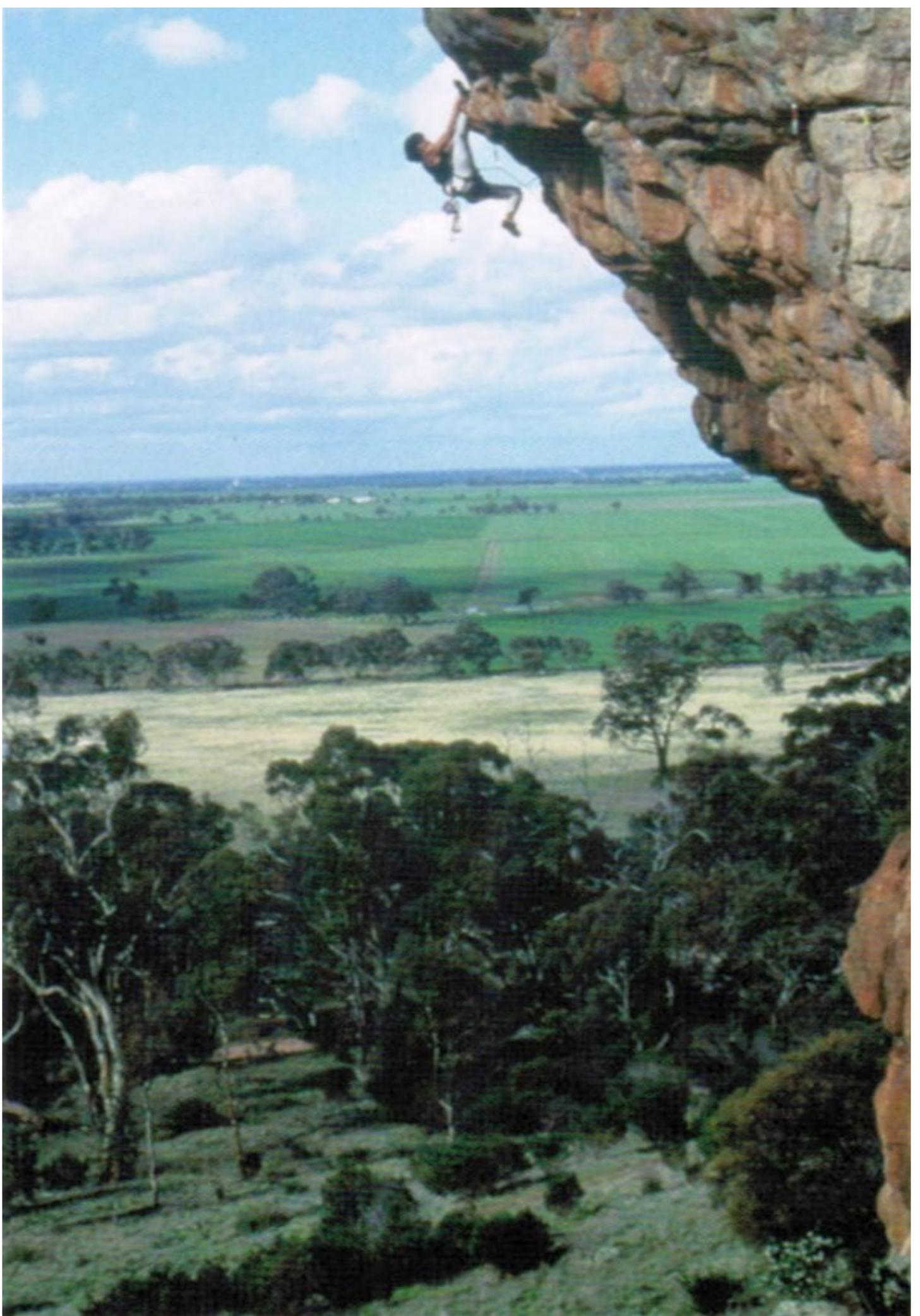
El Pilar Bonatti al Dru. Hoy en día este espolón no se puede escalar debido a una gran avalancha que lo barrió con todas sus vías.



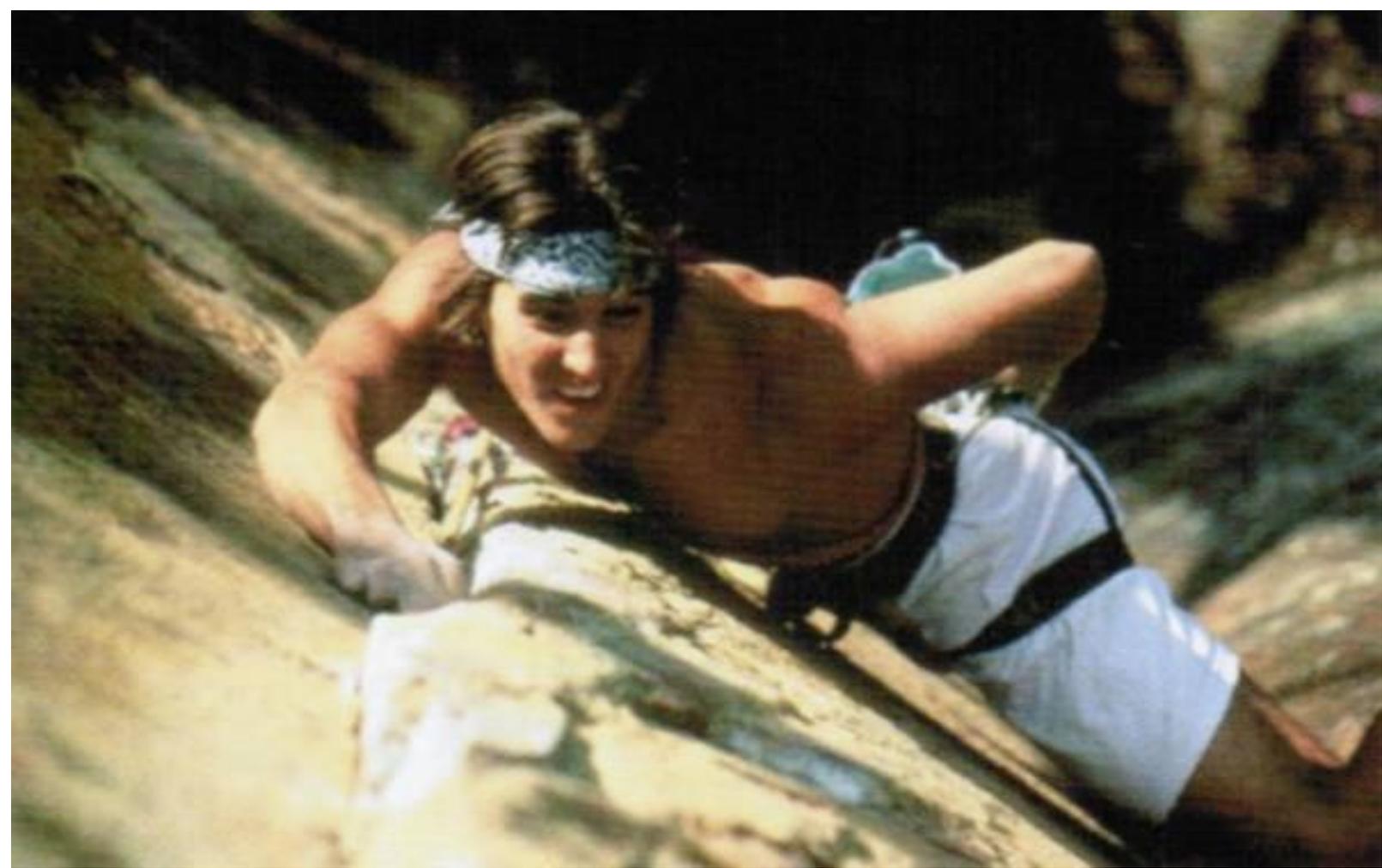
junto a Doug Scott hablando de mi primer octavo sin cuerda en la zona de escalada de Patones. Doug fue un de los mayores aventureros pioneros en el Himalaya, la primera persona en dormir en el Everest por encima de 8500 metros.



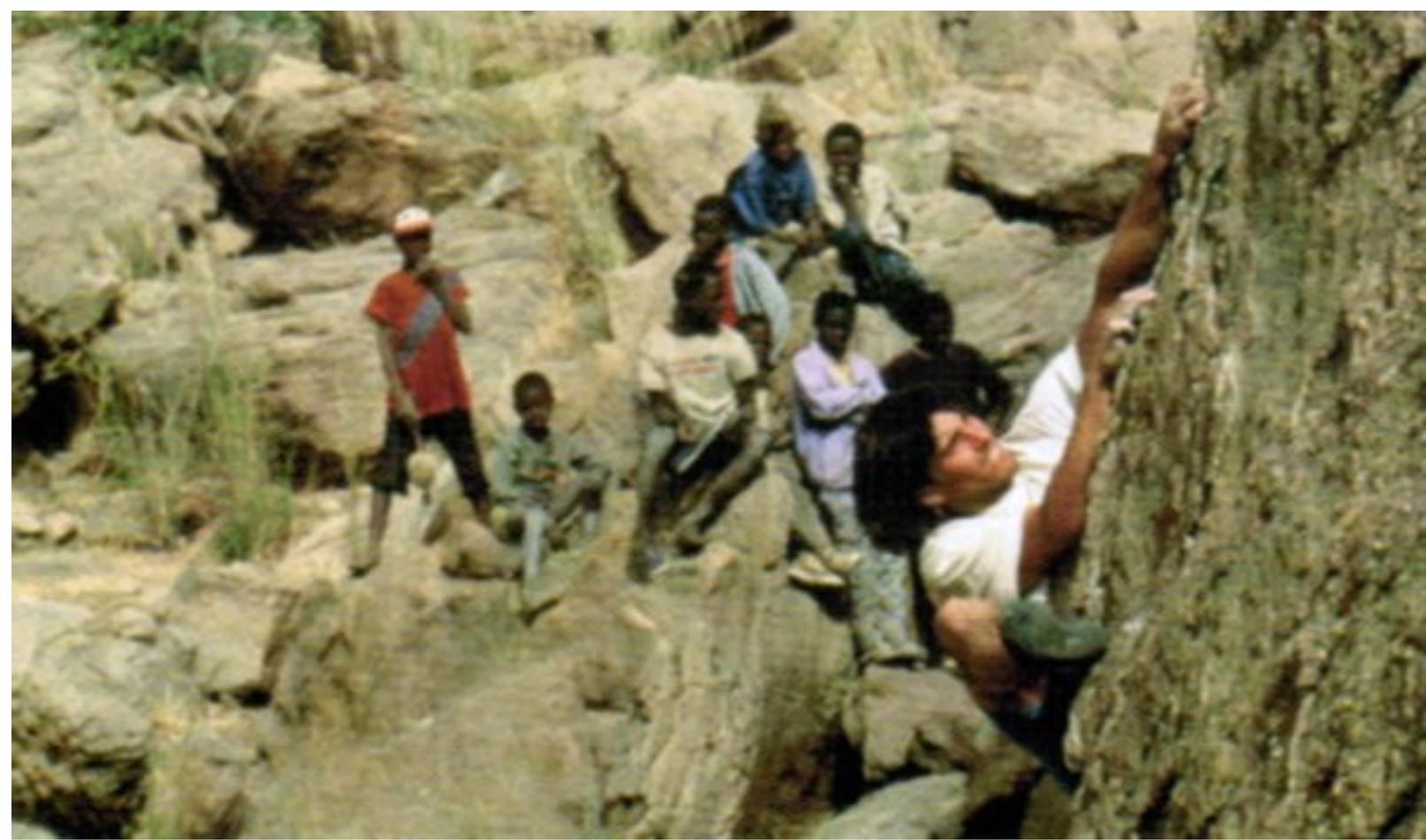
Escalando Procol Harum en Arapiles (Australia), una vía cotada de 7c a la que había que proteger mientras subías escalando.



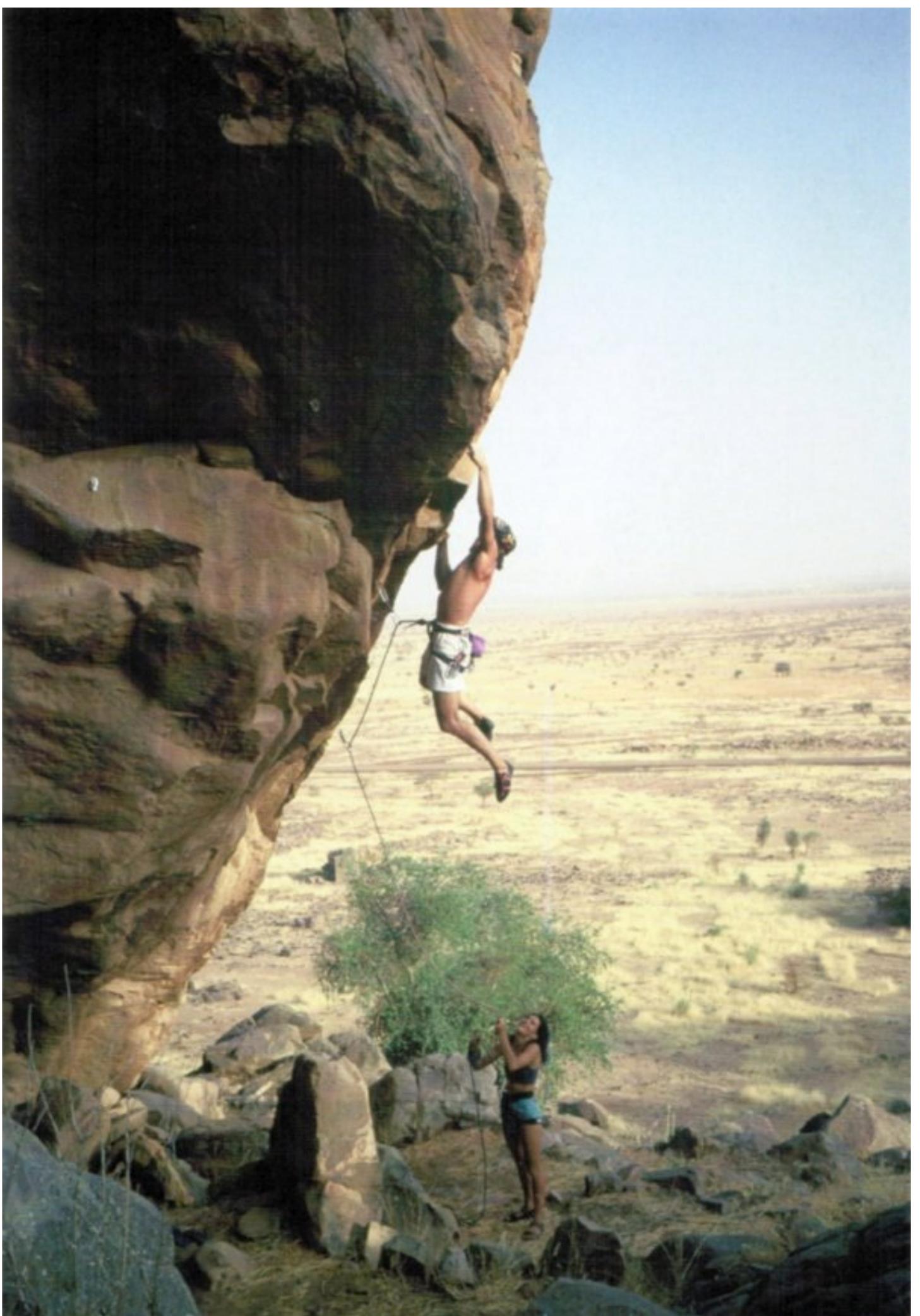
Escalar en Australia me dio una visión de cómo se podía hacer escalada deportiva con un poco de aventura.



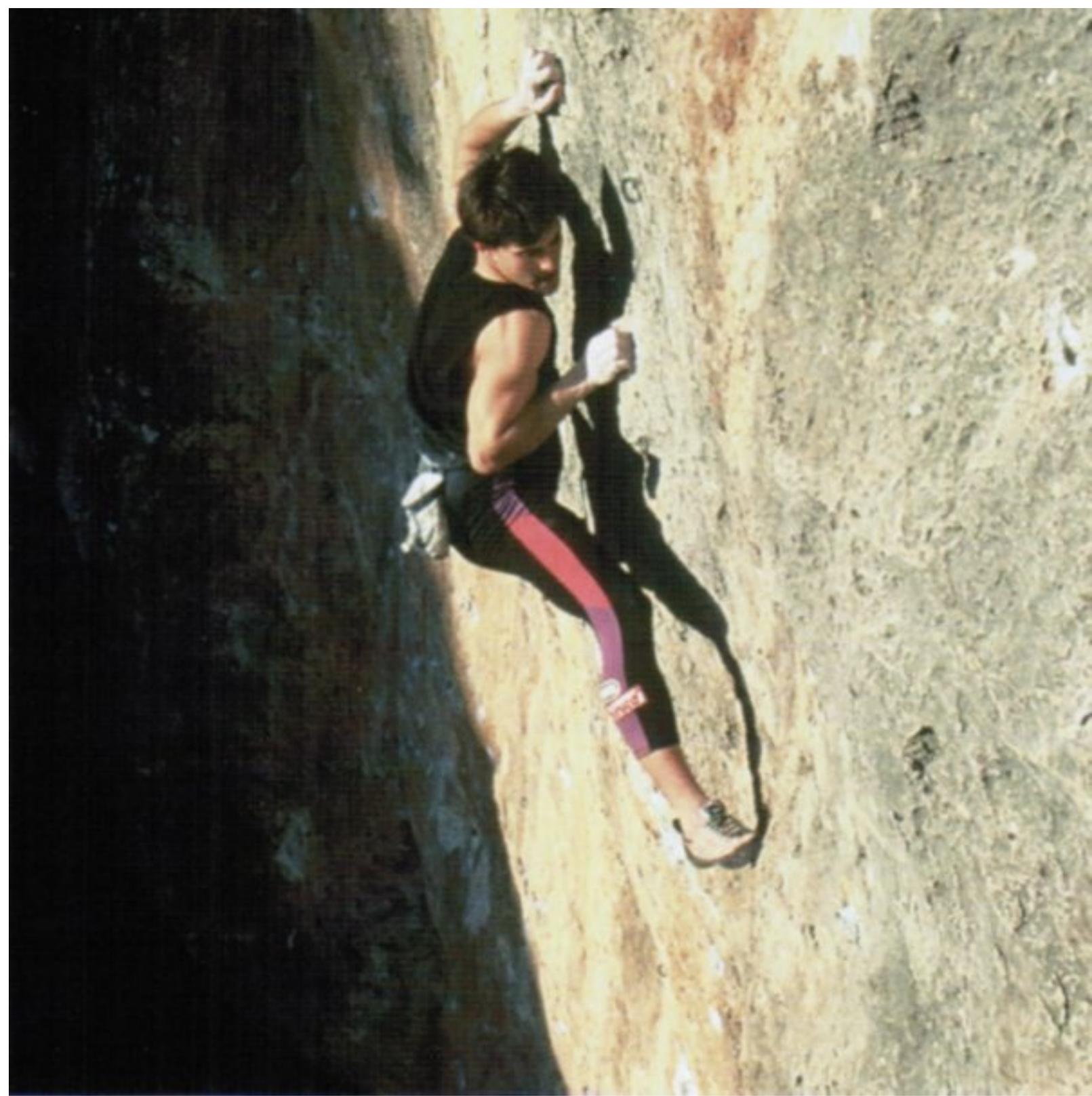
Escalé esta ruta en Sydney, de 8º, con fisureros y friends, abierta por Kim Carrigan, uno de los promotores de la escalada en Australia en los años ochenta.



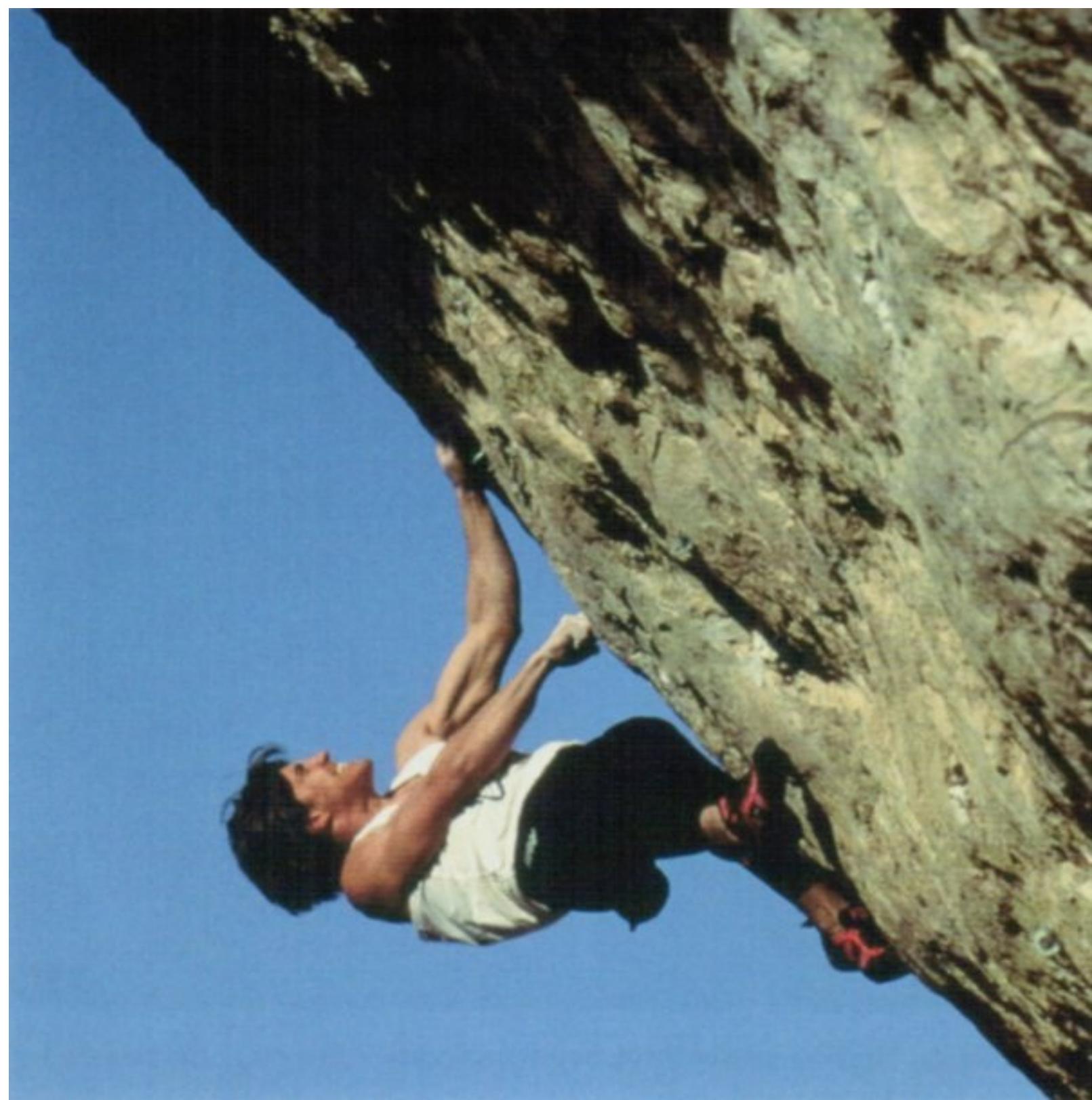
Haciendo escalada deportiva en los bloques de Mali, en pleno desierto.



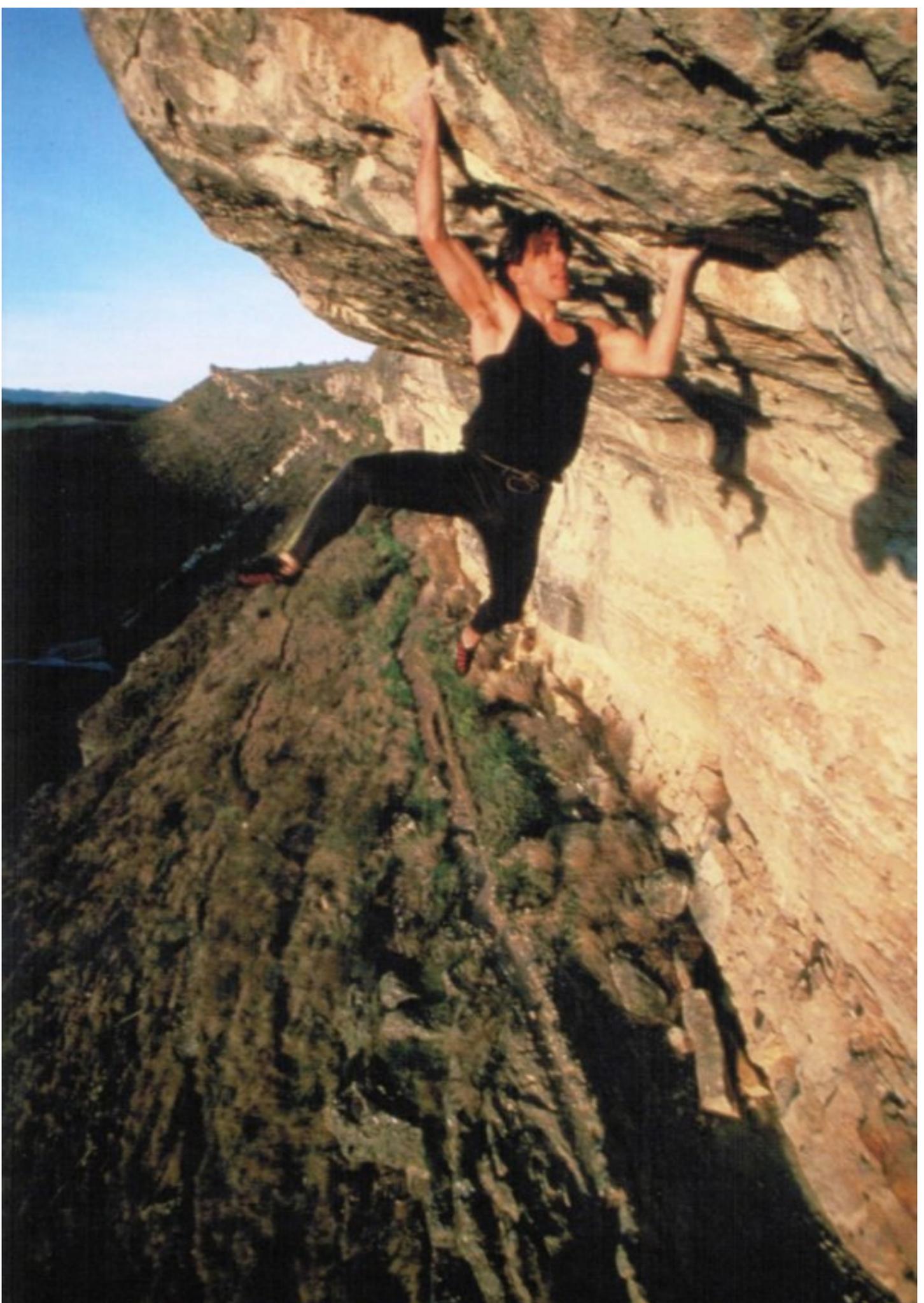
Escalando con Anna Ibáñez, una de las mejores escaladoras deportivas españolas en la década de los noventa, cuando las competiciones eran ya una realidad.



Escalar en Cuenca Cazaprimeras, 8°, sin cuerda fue acceder a otra realidad. Una búsqueda de la perfección y la máxima pureza. Ensayé muchas veces esta vía antes de lanzarme a por ella.

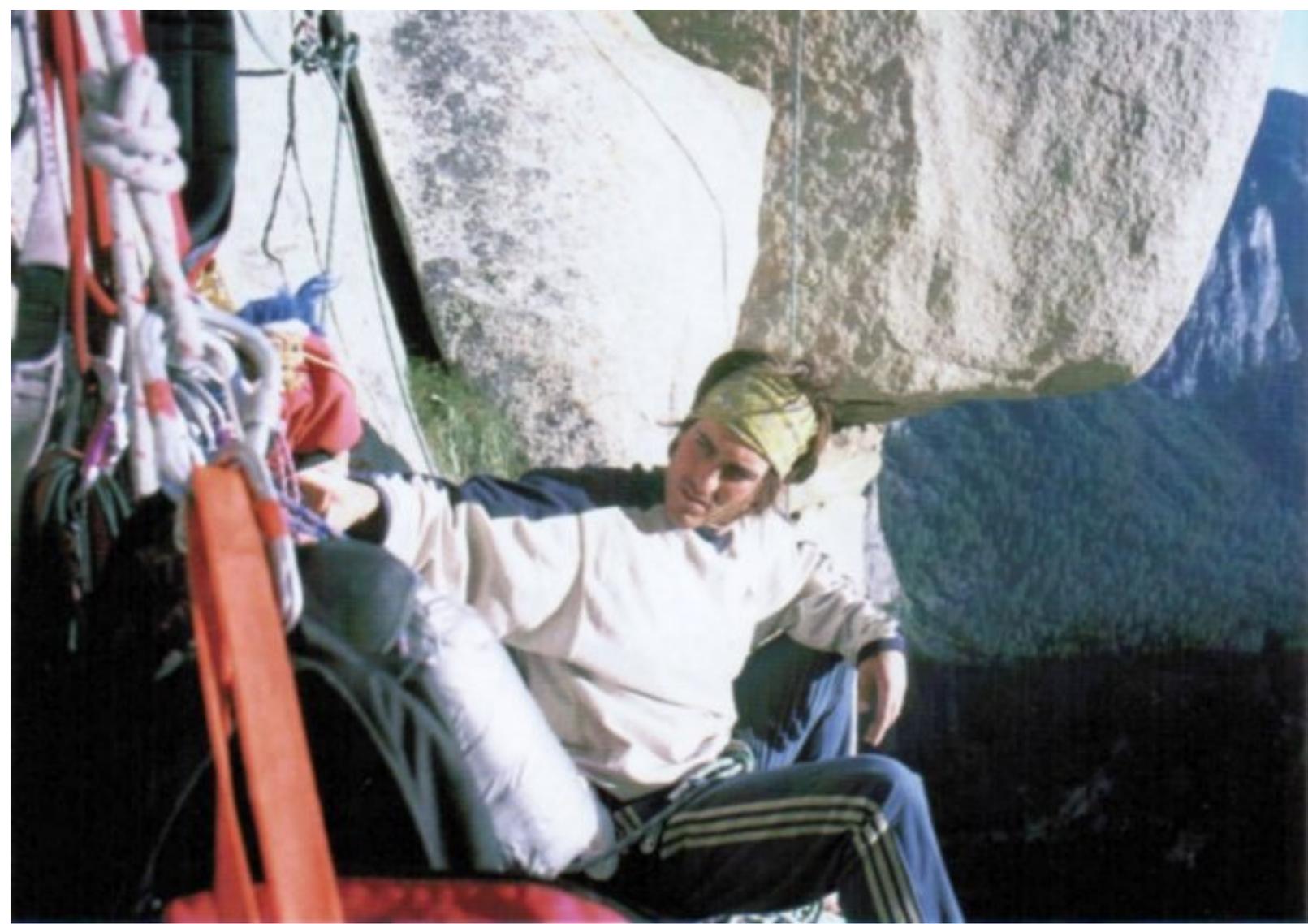


Mi primer octavo sin cuerda en la escuela de escalada madrileña de Patones: Posible Mission. Según qué zonas hoy bien podría ser un bloque alto; entonces no se usaban colchonetas grandes para amortiguar una caída de cierta altura.



Desmond Tutu en Patones me hizo ver que no podría escalar algo más difícil en este tipo de terreno; 8° era el límite

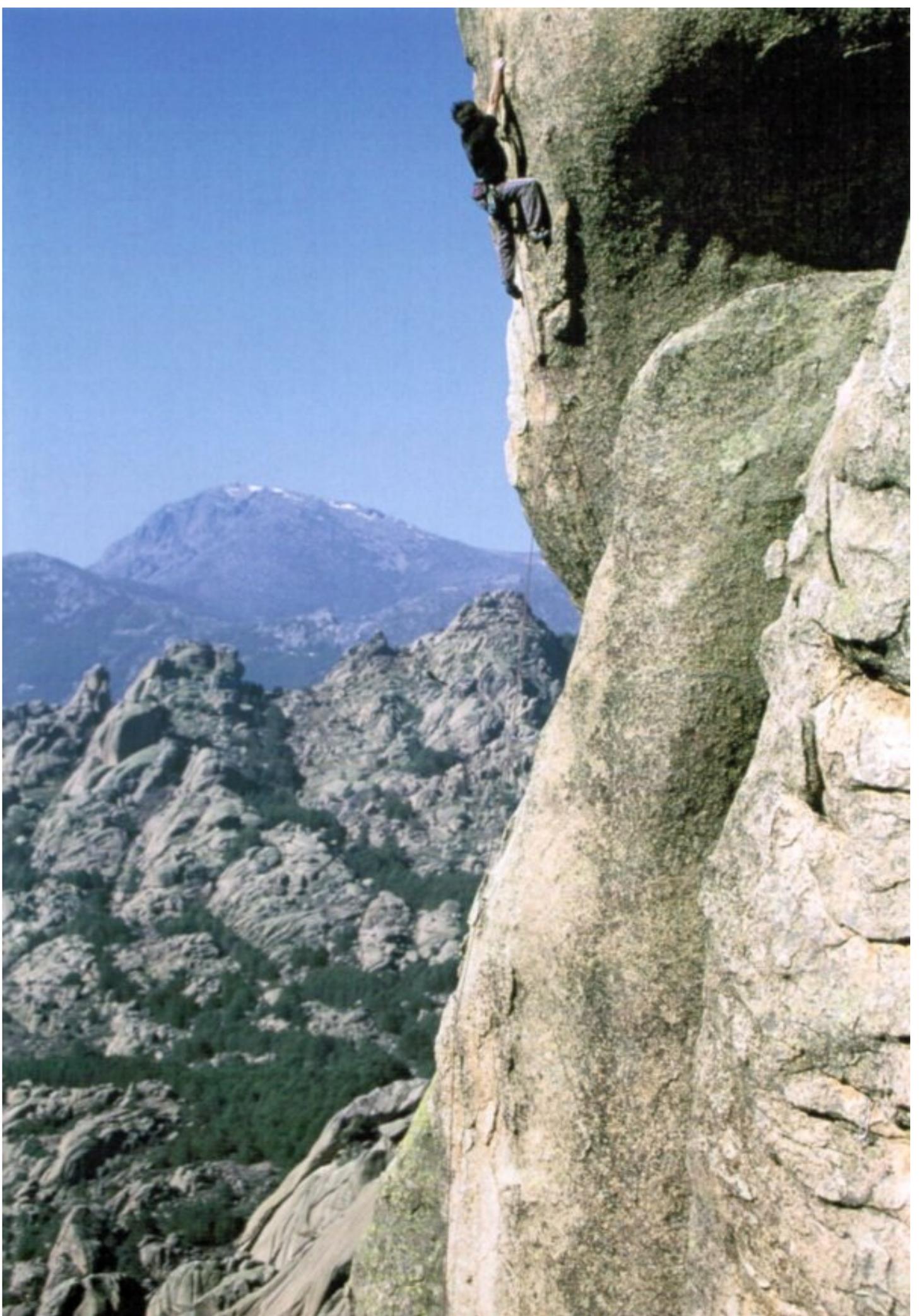
para escalar sin cuerda sin arriesgar de una forma descontrolada.



En los últimos metros del Capitán, en la vía Salathé Wall, después de cinco días en la pared tratando de forzar en libre toda la pared.



El mítico techo de Yosemite, Separate Reality, y que no me atreví a escalar sin ayuda de la cuerda.



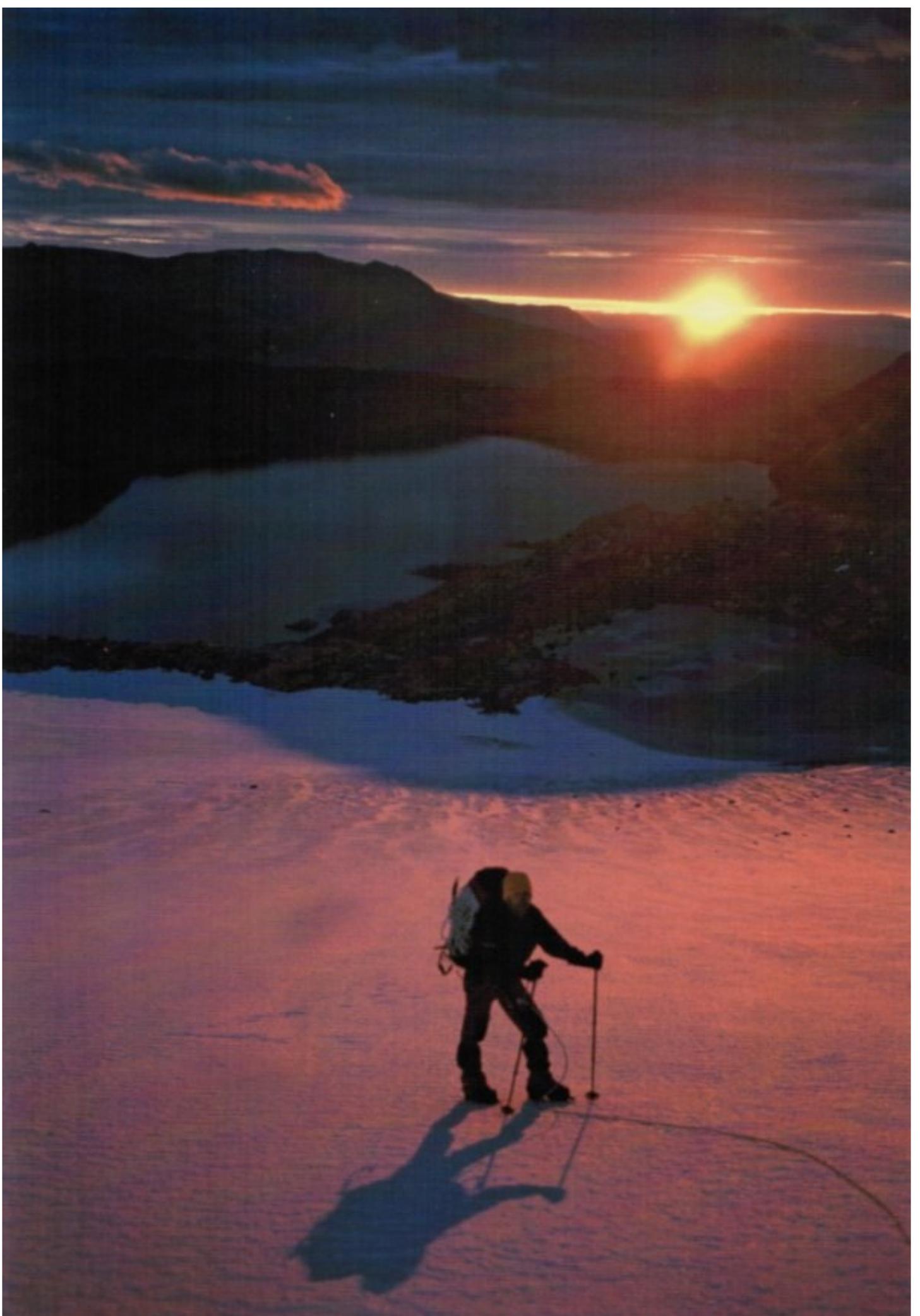
Una de las vías más bonitas de la Pedriza, abierta por Jesús Gálvez: Mococlimbing de Famobil en Cancho
Amarillo.



Al pie de la laguna Torre con el Cerro Torre al fondo. Se puede observar la clásica nube de viento detrás de la montaña.



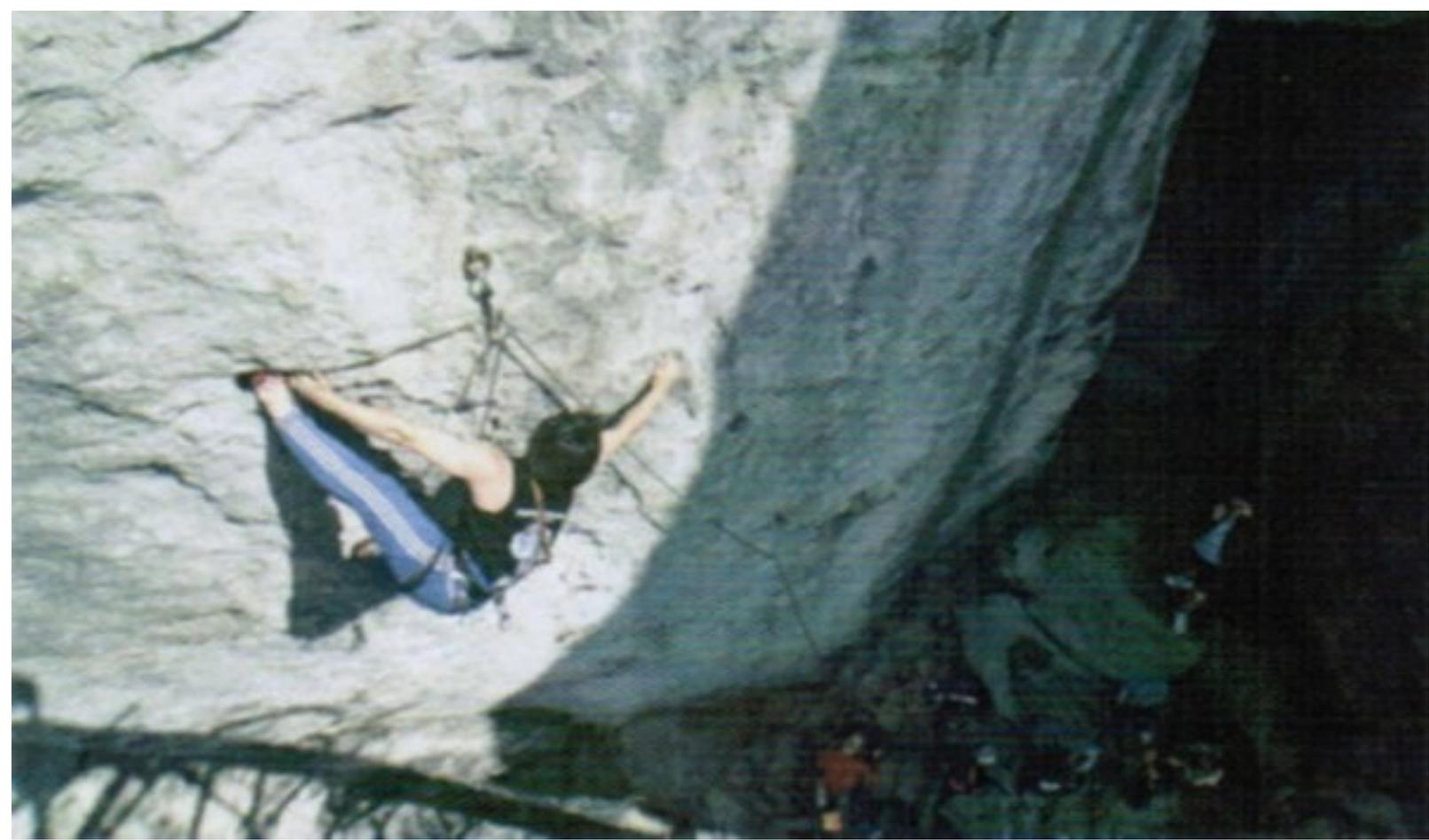
En la vía Royal flush al Fitz Roy, una de las vías más largas de la Patagonia, mil cuatrocientos metros de pared abiertos por Kurt Albert y Bernd Arnold.



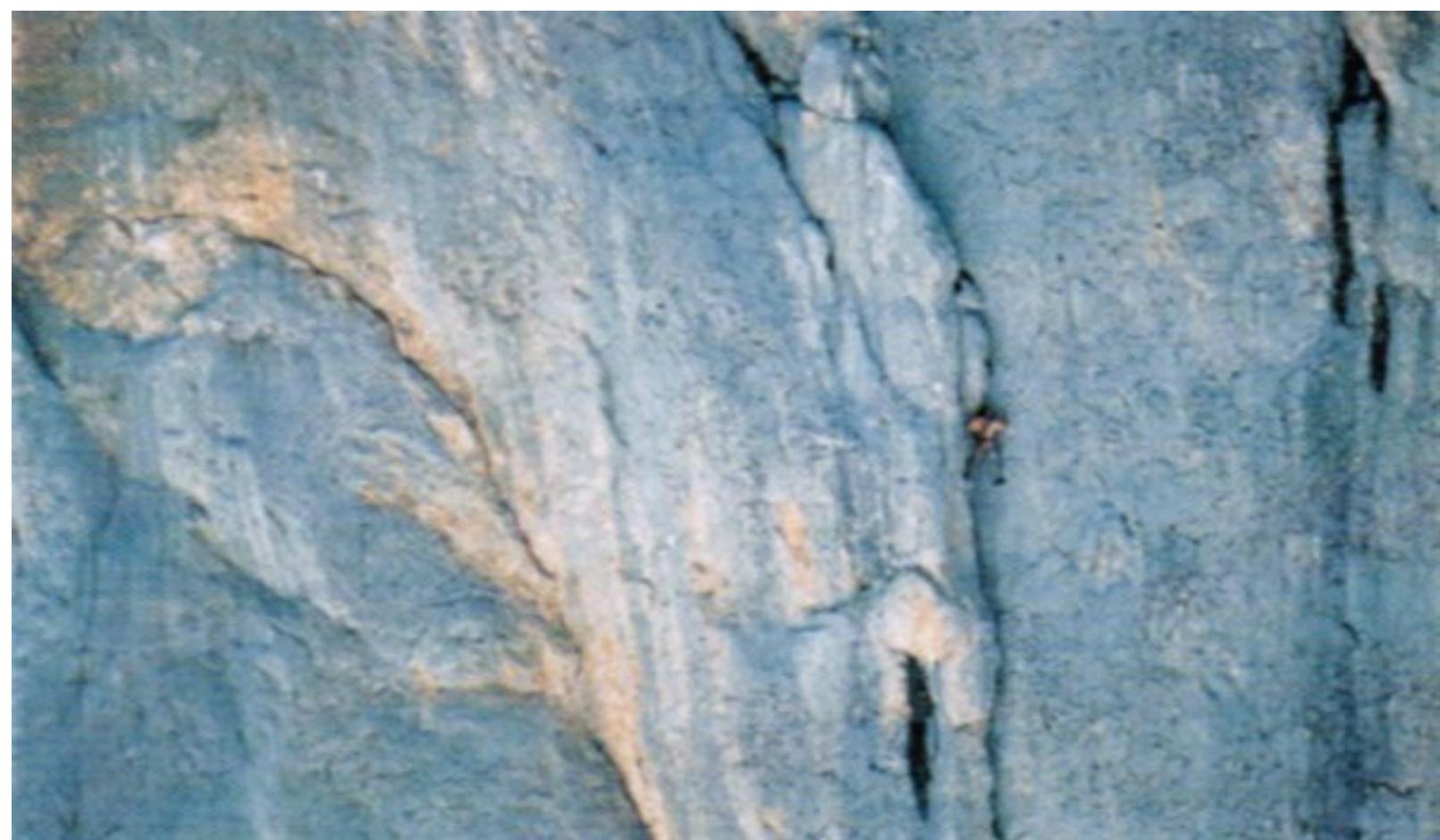
Amanecer en la aproximación a la aguja Poincenot en la Patagonia, la montaña vecina del Fitz Roy.



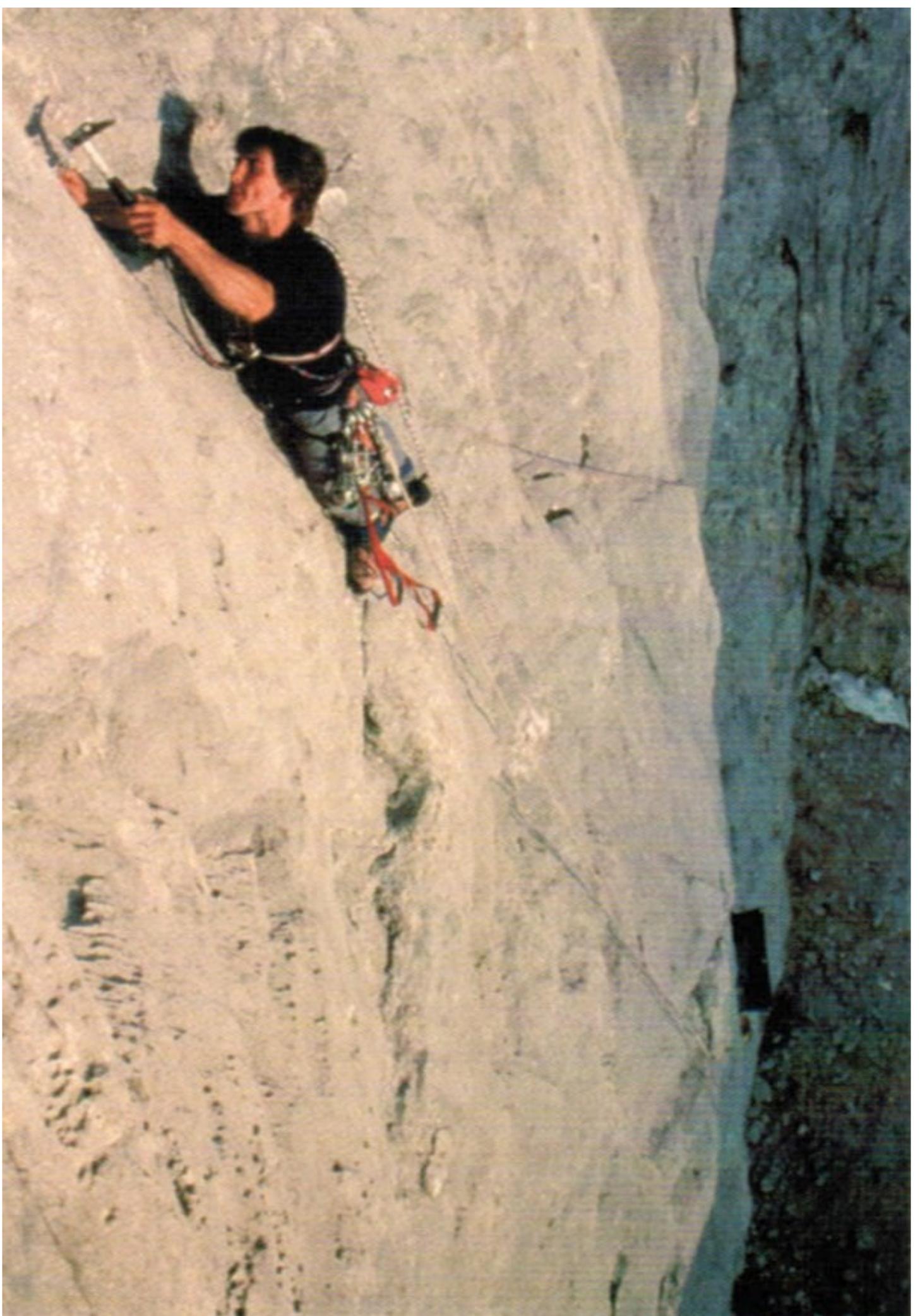
Fui a escalar en Elbastein en Alemania del Este para descubrir la esencia de la escalada libre, donde todo empezó de la mano de Bernd Arnold.



En Elbastein no se puede usar magnesio para secarse las manos y solo trozos de cuerda a modo de fisureros para autoasegurarse. Escalé algunas vías de octavo grado muy expuestas.



En el diedro que conduce a la cima del Naranjo de Bulnes, después de escalar en solitario la cara oeste por la vía Rabadá-Navarro.



Abriendo la vía Solo al Viento en la cara oeste del Naranjo de Bulnes.



Junto a Kurt Albert en los Galayos (Gredos) en la vía Cabo Luna, 8a. Ser amigo personal de Kurt Albert, el inventor del Rotpunkt o la manera de escalar en libre que todos los escaladores utilizan, me marcó mucho por unos años.



Escalando un 8b en el circo de Taghia en Marruecos, un desplome de 40 metros en un entorno precioso.



En la arista Mittellegui a la cima del Eiger. Escalé esta vía solo en tres horas después de varios intentos a la cara norte.



Últimos metros en el Mont Blanc de Tacul.



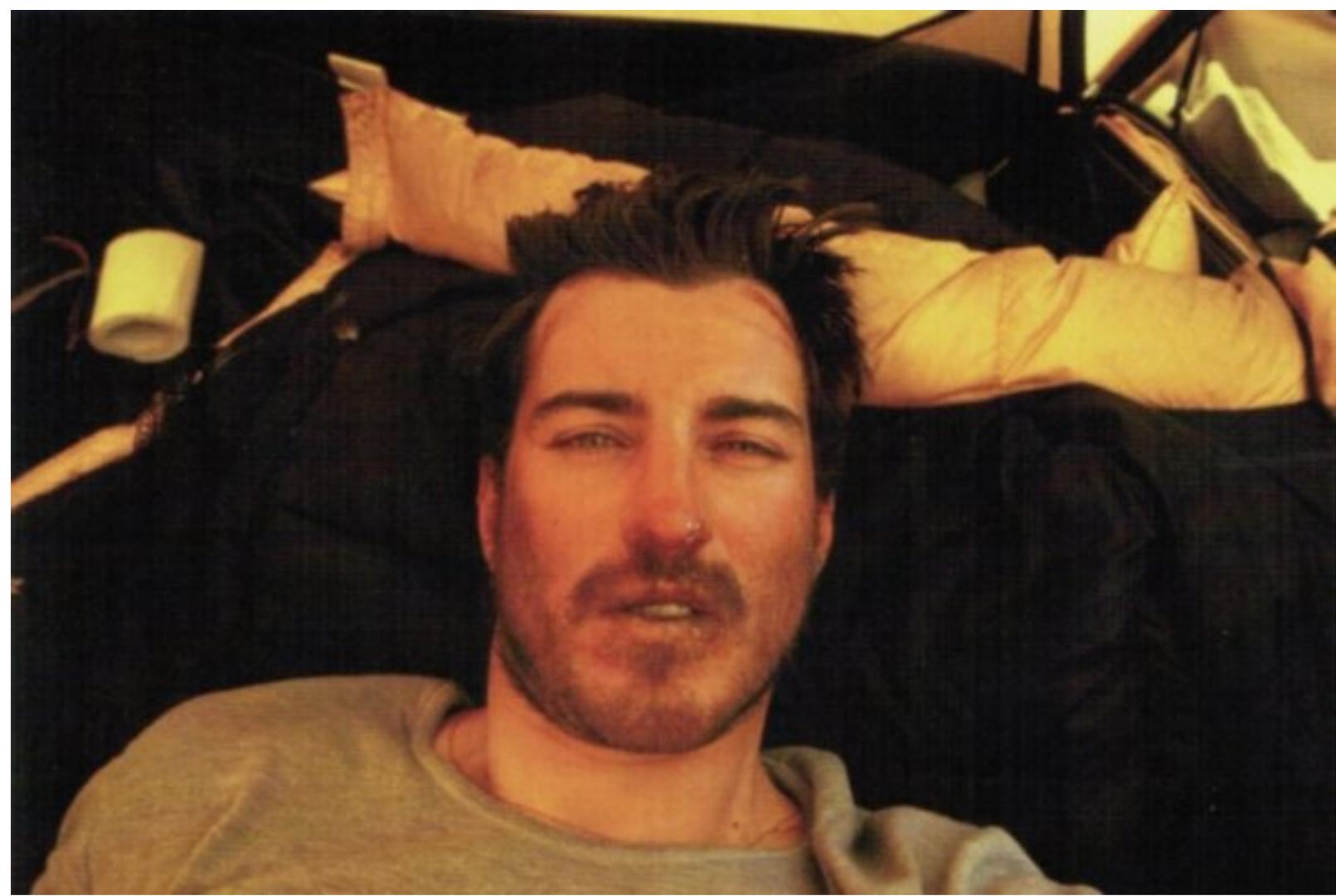
Junto a dos de las leyendas del alpinismo británico, Chris Bonington y Mick Fowler, ambos del equipo internacional Berghaus, con los que he compartido algunas experiencias.



Es normal encontrarse tibetanos con los que establecer algún tipo de negocio en los campos base del Himalaya Chino.



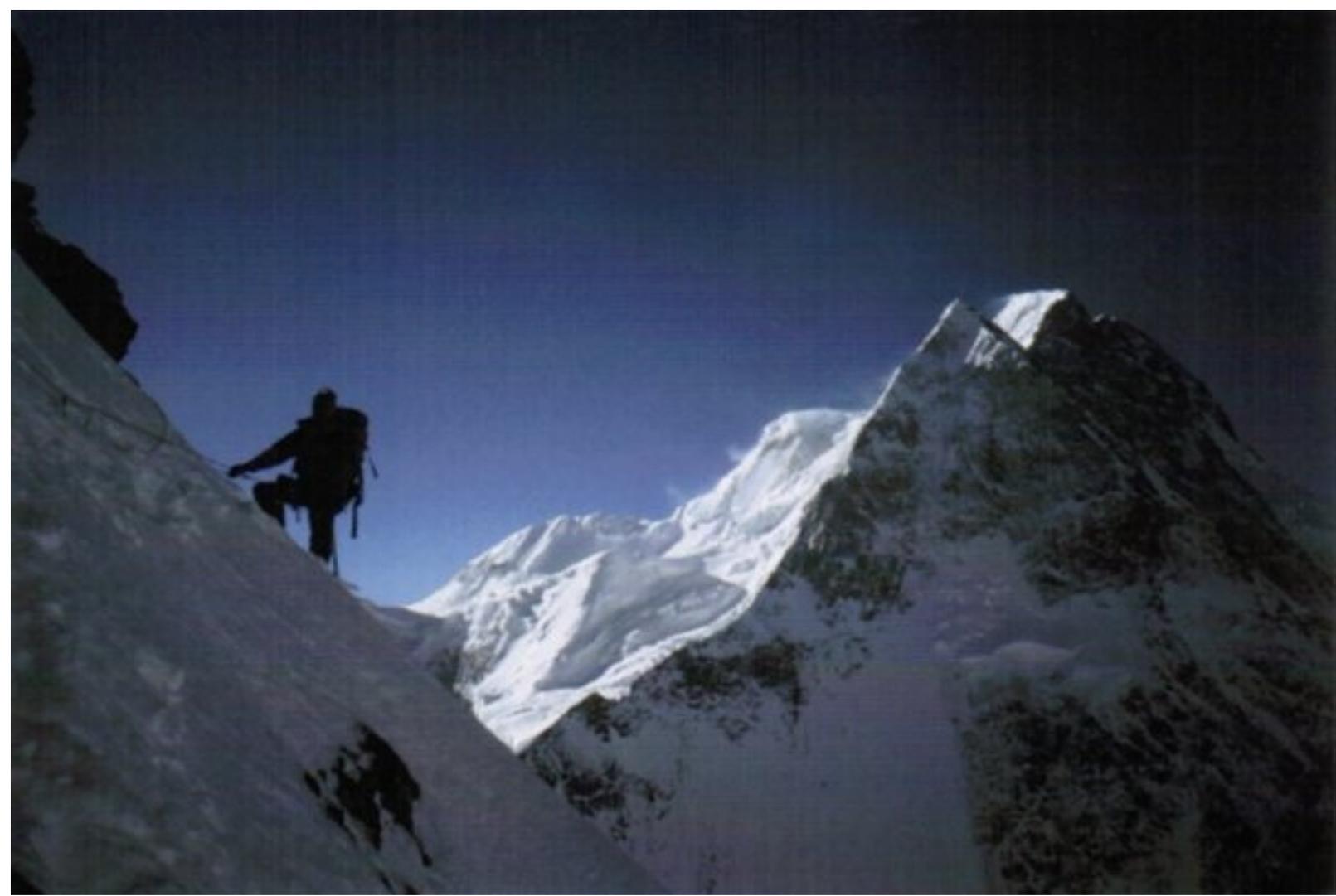
En la cima del Cho-Oyu. A la derecha se puede ver el Everest, lo que indica que se está en la verdadera cima de la montaña, pues es un plató muy amplio.



Las consecuencias tras de la cima del Cho-Oyu: quemaduras y principios de congelación.



La diosa turquesa, o Cho-Oyu, al atardecer desde el campo base (8251 m).



En la vía Tomo Cessen al K2 por encima de siete mil metros. Al fondo se puede ver el Broad Peak.



Estaba en la base del K2 con Carlos Soria, Jorge Palacios, la fotógrafa Sara Janini y unos porteadores, cuando nos cayó una buena avalancha.



Años después de conocer al americano Dean Potter, vino a España a dar unas conferencias. Juntos escalamos unas vías sin cuerda en la Pedriza como la este del Pájaro.



En Piedras Blancas (El Escorial). Dean Potter fue el verdadero pionero del *Highline*.



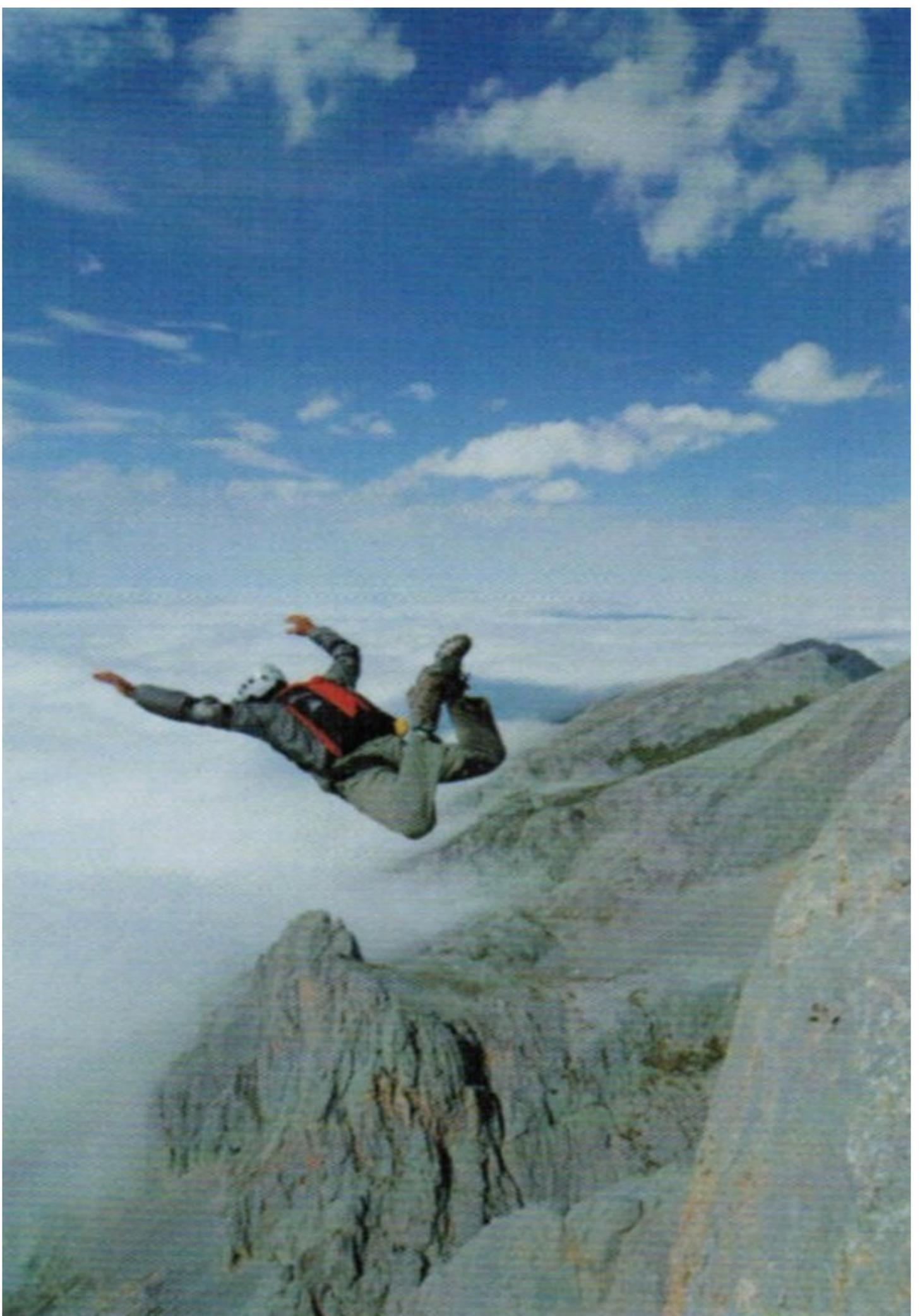
Varios saltadores en Noruega haciendo malabarismos en el aire.



Mi primer salto BASE en los fiordos de Noruega, emoción asegurada.



He saltado junto a Leo Houlding desde varios sitios, como en la Visera y el Pisón en Riglos (Huesca).



Saltando del Pilar Cantábrico en el Naranjo de Bulnes. Todo un sueño cumplido.



Junto a Leo Houlding en un templo Taoísta, después de escalar el Monte Huashan en China.



Las auroras boreales en la isla de Baffin (Canadá). Un espectáculo increíble en la cima del monte Asgard.



A menudo en las expediciones hay que hacer grandes porteos de material. En Asgard tuvimos que llevar mucho peso para poder salir de allí con tiempo y comida suficiente.



Stanley se las ve con una de las placas que suben al monte Asgard, una pared que por algunos lados llega hasta los mil trescientos metros.



Nos pasamos varias horas hasta que por fin pudimos encontrar el sitio más adecuado para saltar desde la cima con los equipos de BASE.



Aproximación a la base del monte Asgard.



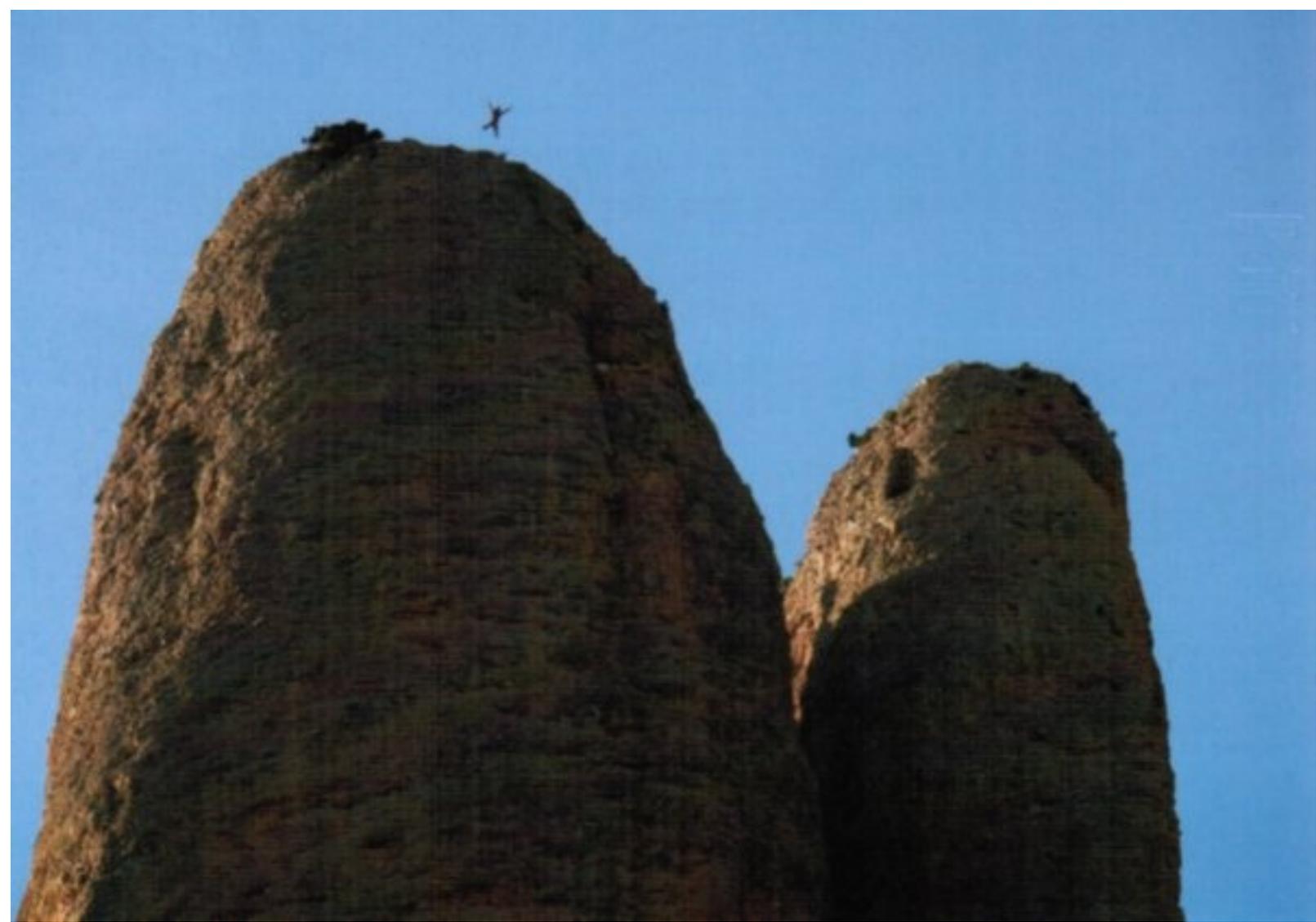
La escalada y el BASE se unen. Momento de darse la vuelta en pleno *free* BASE, en la vía Murciana al Pisón en Riglos.



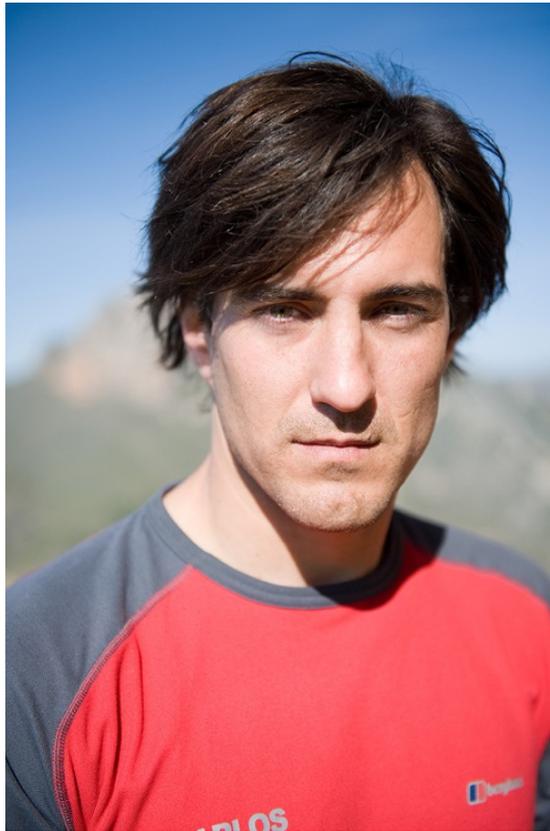
En la Murciana al Pisón. Antes de saltar en BASE escalé unos cuantos metros sin cuerda sin sentir una verdadera seguridad, a pesar de llevar un paracaídas en la espalda.



Salté junto a Darío Barrio del Naranjo de Bulnes, pasando a escasos metros de unos escaladores que se encontraban en el Pilar Cantábrico.



Salto del Mallo Firé, en Riglos.



CARLOS SUÁREZ (Madrid) se inició a una edad muy temprana en el mundo de la montaña.

A los 17 años empezó a destacar con escaladas en solitario como el pilar Bonatti o las Grandes Jorasses en los Alpes. También sobresalió ganando competiciones de esquí de travesía y escalada. Con el tiempo, se convirtió en alpinista profesional y trabajó con diversos fabricantes de material de montaña.

Es escalador, alpinista, saltador BASE y conferenciante. Ha escalado vías de octavo grado sin cuerda, un ochomil y ha saltado con paracaídas en los principales macizos montañosos, es además pionero en la combinación del salto BASE con la escalada.

Ha cursado estudios de Ciencias Políticas y un máster en Dirección de Empresas Deportivas.

Ha colaborado con artículos en revistas como Desnivel, Escalar, Sportlife, Oxígeno o Peñalara.

Es autor de tres libros, Solo, Citas alpinas y Marejada alpina, y ha trabajado en el rodaje de dos películas, Tras las huellas y The Asgard Project (galardonada con más de veinte premios en festivales internacionales).